

Bernard Malamud

Los inquilinos

Sinopsis

La lucha por la supervivencia de un escritor judío y otro afroamericano en Estados Unidos en la década de 1950. Un retrato de la sociedad estadounidense.

Esta obra muestra la relación de dos escritores, uno judío, de cierto éxito, y otro negro, inédito todavía, en la sociedad norteamericana de los años 1950. Es además de un canto a los valores y a la tenacidad, el talento y la firmeza, una de las obras más apasionadas de Malamud. Un retrato descarnado y ácido de un modo de vida: la sociedad de Estados Unidos.

Título Original: *The tenants*

Traductor: Velloso Coca, José Miguel

©1971, Malamud, Bernard

©1988, Ediciones Destino

Colección: Destinolibro, 274

ISBN: 9788423316410

Generado con: QualityEbook v0.71

A Janna

Vivo y con los ojos abiertos nos llama sus asesinos. Antifonte, Tetralogía

Tenía que hacerlo, tenía que encontrar el final...Bessie Smith

1

Lesser se despierta dispuesto a terminar su libro mientras ve su imagen reflejada en el espejo solitario. Perfume de tierra viva en lo más hondo del invierno. A lo lejos los tristes resoplidos de un vapor que sale del puerto. ¡Si uno pudiera partir con él! Lesser, inquieto, intenta dormir de nuevo, pero es en vano, se diría que tiene las cuatro piernas atadas a un caballo y que éste tira de ellas para arrojarlo de la cama. «Debo levantarme y escribir, de lo contrario no me quedaré tranquilo. En eso no tengo elección. Dios mío, los años!». Lesser aparta la manta y de pie, inseguro, cerca de la silla coja donde está su ropa, se pone los pantalones que están fríos. Otro día empieza.

Lesser se viste sin ganas, con una sensación desagradable de sorpresa, porque se había metido en cama ardiendo en deseos de escribir por la mañana. Se había ido a dormir expectante y se levanta reluctantemente, afligido. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Qué inútiles sueños han intervenido? A pesar de que no recuerda ninguno, aunque sus noches están llenas de sueños, Lesser siente el influjo de uno tocado por el miedo: he aquí al extraño que encontré en la escalera.

— ¿A quién buscas, hermano?

— ¿A quién llamas hermano, madre?

Mutis del extraño. ¿Es el merodeador de ayer o el de hoy? ¿Acaso se trata de Levenspiel disfrazado? ¿O de un matón que ha alquilado para quemar o hacer saltar el edificio?

«Eso no es más que mi imaginación hiperactiva que trabaja a contrapelo». Lesser se complica las cosas por varias razones. Sería largo de contar, pero el hecho es que no sabe cómo terminar el libro. Ni sabe por qué esta vez le resulta tan difícil, cuando tenía pensados todos los pasos que le conducirían al final, algunos de los cuales se desmoronan si los considera con atención. «¿Se trata acaso de un tipo de trampa escatológica? ¿Como si un final fuera algo que no puedo soportar? ¿Como si cada libro me advirtiera que estoy más cerca de la muerte?». En cuanto termina uno empieza otro.

Ahora que la imaginación está imaginando, Lesser imagina que ya lo ha terminado, que aquella larga fatiga acabó finalmente. Descanso, calma, todo un mes de quedarse en cama por la mañana. Amanecer en el mar, una luz rosada que ilumina las inquietas olas que lamen una isla, despertarse, respirar la fresca brisa de sus árboles, sus flores, sus laureles, sus conchas marinas. Ah, los renovados olores sensuales de la tierra rodeada de la mar femenina. Pájaros que se levantan de la orilla, giran, vuelan sobre las palmeras parecidas a mástiles hechos jirones hacia el cielo brillante. Gaviotas que graznan, repentinas bandadas de mirlos que pasan chillando por encima del agua violeta. Ah, esa tierra viva, esa isla majestuosa en medio de la mar de plata, esa calle Treinta y uno y esa Tercera Avenida. Esa maldita casa. Ese Lesser feliz infeliz que debe escribir.

En esta fría mañana de invierno, mientras el mohoso radiador alborotaba como un huésped cordial, aunque el calor que producía era muy escaso, con la nieve caída el día anterior cubriendo la calle emblanquecida con una capa de más de un palmo por la que se escurría el hollín local, Harry Lesser, un hombre serio, se ajustaba su medidor de tiempo a la muñeca —el tiempo estaba también presente y vivo sobre sus espaldas— y bajaba los seis sucios tramos de escalera del edificio de apartamentos de desvaídos ladrillos, casi abandonado, construido en 1900, donde vivía y escribía. Treinta y cinco familias lo habían evacuado durante los nueve meses después del aviso de demolición enviado por correo, pero no Lesser. Él resistía. Cruzó la Tercera a contraluz. El fango de la calle le hizo caer en la cuenta de que se había olvidado los chanclos debajo del fregadero y con los zapatos playeros empapados entró en la tienda para comprar pan, leche y media docena de manzanas. Al volver a casa miraba periféricamente a derecha e izquierda y después, furtivamente a sus espaldas, por ver si su casero o alguno de sus abogados a sueldo estaban agazapados en algún húmedo portal o detrás de algún automóvil cubierto

de nieve, esperándole. Preocupación inútil porque otra cosa no podían hacer sino intentar persuadirlo y a este respecto él era impersuadible. Levenspiel quiere que se vaya de la casa para poder derribarla y levantar otra, pero está fresco. El edificio era de renta limitada y en el District Rent Office —donde le conocían muy bien— habían dicho a Harry que él era un inquilino con los papeles en regla y determinados derechos.

Los demás habían aceptado el dinero que les ofrecía el casero para marcharse, pero Lesser no se iba ni pensaba irse todavía hasta que terminara el libro allí donde éste había nacido. No era sentimentalismo, sino rutina, que ahorra tiempo. Prescindiendo del jodido Levenspiel, Harry corría hacia su casa caminando por la nieve.

«Mi hogar está donde está mi libro».

Frente al edificio de color marrón y en plena decadencia, que en tiempos había sido una casa decente y ahora era la cúpula del placer de Lesser que le insuflaba espíritu, había un solitario cubo de la basura que contenía casi únicamente sus desechos, millares de palabras vociferantes arrugadas, y podridos corazones de manzanas, café usado y cáscaras de huevo; un cubo de basura literaria. Los desechos del lenguaje se convertían en el lenguaje de los desechos. Lo vaciaban dos veces por semana, sin solicitarlo; Lesser lo agradecía. A lo largo de la calle, delante de la casa, corría un sendero para peatones a través de la nieve inmaculada. Desde hacía meses no había portero, esfumado como un fantasma. La calefacción funcionaba automáticamente a bajo rendimiento para el solitario habitante del último piso, Robinson Crusoe de las alturas durante los últimos tres meses y medio, y había sido el propio Levenspiel quien había colocado el termostato en las tripas del sótano. Si se estropeaba, cosa que ocurría con frecuencia —la caldera había celebrado su cincuenta aniversario— uno llamaba al servicio de reparaciones de la Oficina de la Vivienda que maldecía a sí misma, y al cabo de unas horas, si no más, volvía a funcionar de mala gana, gracias al guarda del gris y picado de viruelas caserón en falso estilo Reforma que estaba allí enfrente, el cual acudía a echar una ojeada si Levenspiel se lo pedía por teléfono. El calor suficiente para sentir frío. Se congelaba el aliento. Harry tenía una estufa en el estudio para mantener la movilidad de los dedos durante el invierno, y esa estufa no funcionaba mal, pero era ruidosa y consumía mucha electricidad. Las cosas podían ir peor y de hecho habían ido peor, pero Lesser seguía siendo un escritor que escribía. Reescribía. Éste era su fuerte, cambiar muchas cosas. Y en su vida también lo hacía, por supuesto. El edificio de la izquierda hacía tiempo que había desaparecido para dejar paso a un aparcamiento, sus restos de arte pop, las cicatrices de las habitaciones y los tenaces

colores de su esqueleto que atestiguaban una existencia anterior incolora, estaban grabados como jeroglíficos en la pared de ladrillos de la casa de Levenspiel; y corría el rumor de que la descarnada casa de la derecha, diez estrechos pisos del 1880 (¿había vivido allí Mark Twain?), con un restaurante italiano abandonado en el sótano y un portal de hierro forjado, seguiría el mismo camino. Detrás había una vieja escuela pública de tres pisos en ladrillo rojo, cosecha del 1903, con las cifras historiadas puestas como un camafeo en la fachada llena de ventanas rotas. También estaba condenada a desaparecer. ¿Qué necesidad hay de una bomba atómica en Nueva York? En cuanto uno se va de un sitio en seguida lo derriban.

En el sucio vestíbulo, Harry se detuvo obsesivamente ante los buzones, algunos rotos, hundidos a martillazos, otros arrancados; dejó en el suelo la bolsa de la tienda, el ojo derecho con un tic nervioso por la espera de una carta del editor que sin duda no podía llegar hasta que él hubiera acabado y enviado aquel largo y sufrido manuscrito. Sueño: «Hemos leído su novela y consideramos que es una obra de mérito excepcional. Nos sentimos muy honrados en publicarla». Elogios por el libro, no por haber resistido.

Lesser, treinta y seis años, soltero, escritor profesional, había resistido. «Mi propósito, seguir siendo escritor. A los veinticuatro y a los veintisiete años publiqué mi primera y mi segunda novelas, la primera buena, la segunda mala, la primera fue un éxito de crítica, cuya venta no bastó para cubrir el pequeño anticipo; la mala, más afortunada, comprada para sacar de ella una película, me ha dado lo suficiente para vivir. Poco basta si uno lo que pretende es terminar un libro. Mi mayor deseo es que el tercero sea el mejor. Quiero que los demás opinen que soy alguien consciente y no un frívolo que ha disparado todos sus cartuchos».

Por la ranura de su buzón extrajo un sobre. No sentía ninguna curiosidad porque conocía el tipo de letra y por tanto el remitente y el contenido: Irving Levenspiel, BBA, CCNY, quinta del 41, un hombre desafortunado en la forma y en el fondo. Una súplica en una sola frase sobre papel fino: «Lesser, reflexione un momento sobre la realidad y tenga piedad, por favor». Con una risita nerviosa, el escritor rompió la carta. Las que guardaba eran de las raras mujeres que aparecían en su vida, flores de primavera marchitas en verano; y las de su agente literario, un tipo de cabellos grises que ya no le escribía casi nunca. ¿Para qué tenía que escribirle? Nueve años y medio viviendo de un libro son suficientes para ser olvidado. En los últimos tres años, una carta casi humorística en que se interesaba por él y que empezaba: «¿Vives aún?».

«No sé si estoy vivo, pero sí que sigo escribiendo».

Subió los seis pisos mordisqueando una manzana helada, con la leche, el pan y la fruta. El pequeño ascensor automático de color verde, construido para cuatro personas, había pasado a mejor vida no hacía mucho. El funcionario de la Vivienda había dicho que el casero tenía la obligación de mantener en funcionamiento los servicios esenciales mientras Lesser no se mudara o de lo contrario ordenaría una reducción del alquiler, pero como Lesser sabía que estaba fastidiando a Levenspiel impidiéndole derribar el edificio, le concedía la merced de no quejarse. Muchas gracias por la merced. De todos modos, subir a pie las escaleras era un buen ejercicio para una persona que no realizaba ninguno. Contribuía a mantener la línea de un hombre ya de por sí delgado. La escalera olía que apestaba, un olor sucio, sucísimo, de varias cosas: orines, vómitos, vaciedad. Subió corriendo los seis tramos en penumbra, iluminados donde Lesser había reemplazado las bombillas muertas o moribundas, las bombillas morían como moscas, y llegado a su piso, jadeando, abrió la ruidosa puerta antiincendio que daba a un rellano viejo, oscuro, de paredes grises con grandes remiendos de yeso y algunos agujeros que dejaban al descubierto la estructura. Había seis apartamentos en el piso, tres a cada lado, vacíos, a excepción del habitado por Lesser, a la izquierda, entrando; como esqueletos de pavo después de un alegre Día de Acción de Gracias, las puertas sin tiradores ni cerraduras, arrancados en su mayoría por huéspedes no deseados: vagabundos, borrachos meones, drogados sin rostro... extraños que entraban para huir del frío de la nieve y se encaramaban hasta aquellas alturas porque el sexto piso está encima del quinto. Pobre Everest humano, al que aspiraban hasta los lisiados, un zoo de seres sin hogar. ¿En busca de qué? No de gloria, sino de un lecho sin cama para las altas y débiles horas de la madrugada; los cuales por la mañana rompían los vidrios de las ventanas como pago del no logrado reposo nocturno, y después el viento y la lluvia entraban en el piso desalquilado hasta que alguien sustituía con una tabla el vidrio roto, y arramblaban con todo lo que podían: cables, clavos, puertas de alacenas sacándolas de sus bisagras o dejándolas colgadas de una bisagra sola; y se meaban y cagaban en el suelo en lugar de hacerlo en el retrete, donde lo había. Porque faltaban incluso algunas tazas o habían arrancado los asientos; ¿para qué? ¿Sombreros? ¿Leña para el fuego? ¿Piezas de arte pop? ¿Cómo burla del destino humano? Y por la mañana salían dando traspiés, escapaban a la calle antes de correr el riesgo de que Levenspiel los descubriera, el cual acudía para echar un vistazo o para hacer una visita a su recalcitrante escritor-inquilino, y les amenazaba con hacerlos detener por ocupación ilegal. Desaparecían. Quedaba el olor.

En la azotea había antes un jardincillo atrayente donde el escritor gustaba de sentarse después de un día de trabajo para respirar, así creía, mientras contemplaba el cielo manchado, las nubes cambiantes, y pensaba en Wordsworth. A veces un

retazo de azul saltaba por alguna parte. Todo desaparecido, el jardín, descompuesto, raptado, robado, las macetas de plantas floridas, los cajones con pensamientos y geranios, las sillas de mimbre, incluso la empalizada blanca, alta quince centímetros, que un civilizado inquilino había imaginativamente construido para aquéllos que como él gustaban de un momento de reposo en aquella altura sobre el país. Herr Holzheimer, un caballero de origen alemán, nacido en Karlsruhe, uno de los que recientemente habían sido requeridos para marcharse, cuyo apartamento de seis habitaciones era el de la puerta de al lado del de tres de Lesser, profanado ahora, con las paredes del dormitorio desfiguradas, llenas de dibujos a lápiz, manchadas de cerveza, vino, pintura, de manchas sin nombre, borrones, una caricatura a lápiz de A. Hitler con dos órganos sexuales completos, machohembra; en otro dormitorio brotaba una selva, corpulentos árboles misteriosos de tronco blando que emergían de una tupida espesura y llenaban las cuatro paredes de la habitación y se introducían en un tercer dormitorio, entre helechos lujuriantes, hojas afiladas como cuchillas de afeitar, gigantescos cardos peludos, palmeras enanas con hojas putrescentes semejantes a sierras, secas enredaderas parecidas a cuerdas alrededor de espinosos cactus que exudaban pus, deslumbrantes orquídeas —violeta, rojo, dorado— que se comían viva a una atónita cabra mientras un gorila, sosteniéndose con la mano el pene erecto, y dos atentas serpientes contemplaban la escena. Una selva mortal. «Y Herr Holzheimer tan amable, tan limpio, tan ordenado. Espero que vuelva y atrape a esos bastardos y que por una vez lo limpio pisotee a lo que no lo es». Lesser intentaba asustar a los merodeadores nocturnos que se arriesgaban hasta su piso —Dios sabe qué zarabandas se organizaban debajo— poniendo a todo volumen su instalación de alta fidelidad, y si salía de noche dejaba todas las luces encendidas. Cuando lo pensaba sentía miedo de la sonora soledad de aquel edificio donde familias enteras habían vivido y desaparecido, y al que llegaban extraños, no para quedarse, sino para no quedarse, triste destino para una vieja casa.

Una sensación desolada lo entorpeció —algo perdido en el pasado, ¿qué pasado?— al entrar en su apartamento, fuertemente protegido por dos cerraduras patentadas más un pesado candado. Sólo cuando se encontraba en sus sanas y salvas habitaciones Lesser se sentía protegido del mundo y se relajaba. Allí olvidaba todo cuanto debía olvidar para trabajar. Olvidaba entre libros amontonados a lo largo de paredes de estanterías que laboriosamente había construido y pintado hacía años, manuscritos de dos novelas publicadas y de una en elaboración, próxima al final, conservados en una gran caja de cartón en la alacena; el equipo de alta fidelidad, montones de discos y carpetas en las estanterías inferiores de la librería, y otras cosas necesarias guardadas en armarios, en los cajones del escritorio, en el armarito de las medicinas. Su cuarto de dormir-estudio

era una habitación grande y ordenada: diván, pequeño tocador, viejo sillón junto a la ventana, lámpara de pie, mesa de escribir y silla, todo evidenciaba el orden de la vida vivida. No quería pensar en cuánta parte de la vida no intentaba siquiera usar. Ésta estaba fuera y él dentro.

Harry, en su pequeña cocina, puso la leche en el frigorífico y consideró la posibilidad de desayunar, pero sólo de pensarlo le entraron náuseas. Era de aquellos a quienes basta una taza de café. Para después tenía el pan y la fruta. En realidad era sólo para tomarse el tiempo de pensar que debía escribir. La cosa irresistible —pensar que todavía no trabajaba le hacía estremecerse— era sentarse inmediatamente a la mesa, áncora, giroscopio, montaña mágica: está allí pero se mueve. Largo viaje por una habitación. Hay un largo libro que es preciso terminar. El café se lo haría más tarde, cuando hubiera llenado de palabras una página. Las palabras no se comen, pero calman la sed.

Entró en su estudio de tres ventanas, levantó las persianas verdes cuarteadas, sin mirar a la calle, y se sentó a la mesa. Del cajón de arriba sacó parte del manuscrito. Harry experimentó una momentánea sensación de extravío, de lamentar el haber dedicado su vida a escribir, seguida de una oleada de afecto por su yo creativo mientras releía la página y media del día anterior y la encontraba válida, sólida, buena. El libro le redimía. Dos o tres meses más y lo terminaría. Después, una rápida reelaboración de lo hecho —digamos tres cuartas partes del original—, que le tomaría otros tres meses o a lo mejor cuatro, y la novela estaría lista, terminada. El triunfo después de diez años. El peso de una década gravitaba sobre su cabeza, pero ni la aplastaba ni la hacía crujir. Su pobre cabeza. Harry sintió el impulso de inspeccionarse la cara en el espejo del baño, grises ojos cansados, las más de las veces inyectados en sangre, labios utilitarios, falsos, cada vez más delgados, pensó, con el paso de los años, nariz interesada y observadora; pero lo resistió con éxito. Una cara es una cara: cambia cuando se le encara. Las palabras que escribe en el papel cambian. Él ya no es el joven de veintisiete años que empezó el libro, ni deseaba serlo. El tiempo pasado es tiempo ganado a menos que el libro estuviera mal concebido, mal construido, un limón sin jugo; entonces es tiempo muerto. Fuera esa idea.

Lesser, cuando escribía, era a veces como una ruidosa locomotora, con todos los vagones enganchados, a excepción del furgón del maquinista, que chirriaba a lo largo de las vías retintinantes hacia una región cuya topografía sospechaba pero no conocía hasta llegar a ella. Lesser explorador. Lesser y Clark, por tierra, para Revelar el Destino. O acaso un vapor en el Mississippi con una rueda de paletas resonante y salpicante, una aguda sirena para la niebla y otras maravillosas

invenciones. No está mal como metáfora una barca. Lesser en un alud, con un soplo de viento en la vela surcando el lago de Galilea, intentando descubrir qué sucedía en la apostólica orilla. Lesser remando en el Hudson, en busca de Hendrik, escuchando las tonantes bochas en las metafísicas colinas; o remando al compás de la música por el Támesis de mansa corriente: le gustaban las aguas corrientes inglesas. Mejor aún, el artista como un ancho río impetuoso que fluía libremente entre islas de experiencia, algunas de un verde intenso, lujuriente, llenas de árboles; otras yermas, de arena blanda con huellas húmedas; corriente que abrazaba islas e islotes multiformes, a los que cubría cuando la marea estaba alta y abarcaba las dos fangosas orillas de la vida y de la muerte.

«Y así mis vísceras sonarán como un arpa» —Isaías.

Sin levantar los ojos hacia las ventanas que tenía al lado, el escritor imaginaba la jornada invernal exterior, luminosa como un cristal, viva belleza fría; contento de que existiera, pero sin desear estar en ella o formar parte de ella, de inspirar su hiriente esplendor en sus pulmones en retirada, de vivirla. Hacía tiempo que había sofocado dentro de sí esa especie de movimiento de vaivén, porque de lo contrario nunca habría escrito seriamente. Mientras escribía ardía en deseos de abrir el armario y contemplar su cajón lleno de manuscritos. Tuvo incluso una semierección... un efecto de la creatividad. Harry garrapateaba con una creciente sensación de placer a medida que las palabras fluían fructuosamente en la página. Saboreaba ya la satisfacción de una buena mañana de trabajo. Por la tarde pasaría a máquina lo que ahora escribía a mano con su pluma estilográfica. ¿Quién había dicho que él pensaba con la mano derecha? Después de trabajar se reharía en la cama, se ducharía con agua caliente y fría —bueno, caliente no— y más tarde escucharía algunos discos bebiendo algo. Aquella noche, una reunión inesperada, y con un poco de suerte, un polvo; con una migaja de amor humano en un mundo furioso. Debes usar palabras pero debes usar más que palabras. Lesser sabía que el timbre estaba sonando, pero siguió escribiendo. Sonaba con insistencia.

Suena por siempre.

Levenspiel toca el timbre.

El escritor está sentado ante el escritorio y habla a través de dos habitaciones. Sabe la canción, la han cantado juntos varias veces. Empieza con afirmaciones de mutua consideración. Cada uno proclama la estima en que tiene al otro. Lesser promete marcharse en cuanto pueda, para que el casero tenga posibilidad de derribar su casa. Levenspiel, un tipo de ancho pecho cuya voz reside en la barriga,

jura que desea que el otro escriba el mejor de los libros; él respeta a los escritores serios. «Sirena de piel de cabra, deja de cantarle a mi corazón». Ahora a los negocios: El casero regresaba del funeral de un pariente próximo en Queens y ha pensado subir un momento a saludarle.

—Tenga un poco de piedad, Lesser, márchese para que yo pueda destruir esta casa podrida que me pesa como una joroba.

Lesser dice que no puede irse a la mitad del libro. Si lo hiciera, en su estado de ánimo actual, necesitaría seis meses para superar el trauma y volver a trabajar, eso sin contar el esfuerzo que requeriría enfrentarse con una materia cuya sensación habría perdido.

—No tiene usted idea de cómo cambian las cosas cuando uno las deja. Temo lo que pasaría si sólo cambiara un poco mi concepto. Usted no sabe lo que me pide, Mr. Levenspiel.

—Le buscaremos un bonito apartamento por ahí cerca, donde se encontrará mucho mejor que en este agujero pestilente. Y si dejara de escribir una semana o dos, no se hundiría el mundo. Suponga que cae enfermo y tiene que internarse durante un tiempo en el hospital. Está usted más pálido que una gallina muerta, Lesser. Necesita moverse, cambiar. No entiendo cómo es capaz de estar todo el santo día en este asqueroso apartamento. Piénselo y hágame caso, lo digo por su bien.

—Le escucho. He trabajado mucho, Levenspiel. Soy yo quien se sacrifica más que usted. Si tiene usted paciencia, terminaré pronto. Mi último libro, por motivos de los que no quiero hablar, fue un desastre. Tengo que justificarme ante mí mismo con una obra de primera clase. Prácticamente lo he terminado, pero la última parte, lo confieso, se me resiste. La verdad es que está empezando a volverme loco. En cuanto la solucione —se trata de establecer la realidad de modo impecable— nos sacaremos de encima el libro, yo de mi estómago, usted de sus espaldas. Respiraré de una vez y me iré aquel mismo día. Le doy mi palabra. Y ahora váyase, por amor de Dios. Está usted haciéndome perder el tiempo de escribir.

La voz del casero se suaviza, aunque con su manaza da rítmicos puñetazos en la puerta cerrada.

—*Hab rachmones*, Lesser, yo también tengo mis proyectos. Tengo quince años más que usted, por lo menos, y prácticamente estoy tan desnudo como cuando vine

al mundo. No se imagine que tengo nada. Sabe que mi mujer está enferma y que a mi hija la han violado a los dieciséis años. Además, voy religiosamente todas las semanas una tarde a ver a mi madre, que está loca, en Jackson Heights. Todo el rato que estoy con ella lo pasa mirando por la ventana. No sé a quién cree ver, no a mí, desde luego. Antes era una señora delgadísima, pesaba cuarenta y cinco kilos, pero ahora pesa ciento y sigue engordando. Yo me quedo sentado llorando. Estamos juntos un par de horas sin decirnos nada y después me voy. Mi padre era un inmigrado camorrista de mal genio que no hacía nada a derechas y no conseguía ni ganarse la vida. Se ha cargado mi juventud, ese hijo de mala madre, pero, gracias a Dios, está muerto. Y además, todos —*todos*— me piden dinero. Ahora tengo la oportunidad, a pesar de mi escaso capital —puedo pedir un préstamo a la Metropolitan Life—, de construir una casa moderna de apartamentos de seis plantas, cinco de hermosos pisos encima de una hilera de buenos comercios, y de vivir un poco cómodamente, suponiendo que esto siga siendo posible hoy día. Todos los demás malditos inquilinos se han ido por cuatrocientos dólares. Yo le ofrezco a usted mil en dinero contante y sonante y usted me contempla como si yo fuera un apestado. Y por si fuera poco, se trabaja usted a los de la Vivienda y me arma tal lío con pericias, inspectores y citaciones, que a ese abogado mío de los cojones le costará más de un año deshacerlo. Aparte de los setenta y dos dólares mensuales de su alquiler, que ni siquiera me pagan el gasoil que gasto con usted, de aquí no saco nada. De modo que si usted, Lesser, es de verdad un hombre, un ser razonable ¿cómo puede rechazar mi modesta petición?

—¿Y la casa que tiene usted en Harlem?

—No sé de dónde saca usted esas cosas, Lesser, tal vez porque es usted escritor. Esa casa la heredé de un tío mío mutilado, que en paz descansa, y por motivos que usted no ignora es una lata terrible para mí. No hablo como un racista. Lo único que digo es que en las actuales condiciones pierdo dinero con ella.

«Si las cosas siguen así, tendré que dejarla. Los asuntos van asquerosamente mal hoy día. Si no le asusta oír la verdad, le diré que la congelación de los alquileres es una inmoralidad. El que se fastidia es el pobre casero. El hecho es que usted me arrebató mi propiedad legal en contra de la Constitución».

—Tiene usted un remedio, Levenspiel. Añada al proyecto de la nueva casa que quiere usted construir un veinte por ciento más de apartamentos de los que derriba y, de acuerdo con lo establecido, me podrá usted poner inmediatamente de patitas en la calle.

Un largo suspiro, causado por falta de aliento.

—No me lo puedo permitir, Lesser. Significaría todo un piso nuevo o tal vez dos. No tiene usted idea de lo que cuesta edificar hoy día, el doble de lo que se calcula. Y hasta que la casa está terminada, tres veces lo presupuestado. Confieso que lo he pensado, pero Novikov, mi socio para esa ampliación, ha muerto, y después de pensar en buscar otro socio o pedir más dinero, he decidido que no, que edificaría la casa como siempre la he soñado. Sé perfectamente qué tipo de casa quiero. Tiene que estar de acuerdo con mi manera de ser. Quiero una casa de tipo pequeño. Prefiero tener que tratar con cinco o seis comerciantes que con un veinte por ciento más de inquilinos. No va conmigo eso de ir detrás de la gente para que me pague el alquiler. Soy más sensible de lo que usted cree, Lesser. Si no fuera usted tan egoísta, se daría cuenta, créame.

Lesser reflexiona.

—Le diré lo que estoy dispuesto a hacer para ayudarle. Barreré la escalera y los rellanos de esta casa una vez por semana. No tiene más que darme la escoba del portero. Los domingos no escribo.

—¿Y por qué no, si tiene tanta prisa en terminar el libro que no puede siquiera tomarse un día libre para mudarse?

Una vieja costumbre, el espíritu se rebela.

—¿Qué diablos me importan esos repugnantes rellanos? Lo único que quiero es derribar de una vez esa jodida casa.

El escritor habla desde lo hondo de su espíritu:

—Se trata solamente de esa última parte, Levenspiel. He trabajado en ella durante un año casi, pero no he sacado nada en limpio. Falta algo esencial que me costará tiempo encontrar. Pero estoy ya cerca, lo siento en la sangre. Estoy avanzando por un misterio hacia la revelación. Con eso quiero decir que lo que me preocupa está en los confines de la conciencia. Mía y del libro. La forma, a veces, ofrece tantas posibilidades que uno tarda en poder determinar en qué está uno insistiendo. Si no escribo esta novela exactamente tal como debo, si, Dios no lo quiera, tengo que forzarla o falsearla, entonces esos nueve años y medio serán inútiles y yo también lo seré. Después de esa locura ¿qué otra cosa podría esperar de mí mismo? ¿Qué vería al contemplarme en el espejo sino un gusano deforme con cuatro agujeros en el culo? ¿Y cuál sería mi futuro una vez terminado el dinero de la

película? ¿Tendría que redimirme con otro libro que tal vez acabaría a los cuarenta y seis años y muerto de hambre?

—¿Qué es una novela que cuenta cosas no verdaderas en comparación con todas las penas y desdichas que acabo de contarle?

—No estamos hablando de una novela cualquiera. Ésta, en potencia, es una pequeña obra maestra. Ahí están mis mejores ideas de artista y todo lo que la vida me ha ido enseñando poco a poco. Cuando la lea, *Levenspiel*, hasta usted me querrá. Le ayudará a entender y a soportar su vida, del mismo modo que escribirla me ha ayudado a soportar la mía.

—Pero, por Dios ¿qué está usted escribiendo? ¿La Biblia?

—¿Quién sabe? ¿Quién puede saberlo? Lo que sí sé es que no hago nada mientras arme usted ese alboroto de las narices. ¿Cómo puedo pensar si el sonido de su voz me está hiriendo el pensamiento? Mi pluma se ha quedado como muerta. ¿Por qué no se va usted a otra parte y me deja trabajar en paz?

—El arte a tomar por el culo. En este mundo lo que cuenta es el corazón. No tardará usted en darse cuenta, Lesser. Recuerde mis palabras.

Sus puñetazos resuenan en el rellano.

Lesser había dejado de escribir y se había ido a leer en el cuarto de baño. Después que el rumor hubo cesado, cogió de nuevo la pluma, pero ésta no fluía a pesar de haberla llenado dos veces. Lesser ponía toda su voluntad, pero como si nada. La locomotora, cubierta de hielo, estaba parada como un mastodonte petrificado sobre las vías heladas. El vapor tenía una vía de agua y poco a poco se hundía para embarrancar en el Mississippi convertido en una masa ingente de hielo verde, todo él lleno de peces muertos que miraban en diversas direcciones.

Aunque angustiado, mejor es fingir que uno ha dejado de escribir porque ha querido. La jornada laboral ha terminado; ahora descansa en la taza del retrete. En este libro está escrito: «Nunca pensaría dedicar menos de veinte años a un Poema Épico» —Coleridge. Lesser cierra los ojos y lee las últimas páginas de su manuscrito. Verifica su destino: vive para escribir, escribe para vivir.

Harry Lesser, el escritor, está de pie en la azotea en pleno invierno.

Una corriente de agua blanca circunda Manhattan. Tal vez está nevando. Un

remolcador pita en el East River. Levenspiel, semejante a un misterioso extraño o incluso al propio príncipe de las tinieblas, inicia una pequeña hoguera en el sótano con pedazos de madera.

Pronto las llamas rugientes invaden el local.

La caldera estalla, no una sino dos veces, celebrando las dos generaciones de su existencia.

El edificio tiembla, pero Harry, escribiendo en su mesa, piensa que son los edificios de por allí cerca que se están construyendo, y escribe mientras el fuego que gime y las sombras que hierven suben corriendo la fétida escalera.

Dentro de las paredes encendidas las cucarachas estallan por los aires, cada una con un leve quejido.

Nadie se opone, y así el fuego, inevitablemente, sube hacia lo alto y con un rugido convulso abre de par en par la puerta de Lesser.

2

Por la mañana siguiente, un perro mojado, con un ojo ensangrentado, subió hasta el sexto piso y empezó a ladrar y a rascar ante la puerta de Lesser. A pesar de sus lamentables sonidos, Harry agarró al chuchó, que lloriqueaba y gruñía alternativamente, por el collar de cuerda deshilachada y ofreciéndole un mendrugo de pan consiguió llevarlo escaleras abajo hasta la calle. Así de fácil tendría que ser con Levenspiel.

Mientras subía cansinamente las escaleras, Lesser oyó gritos sofocados, lejanos gemidos. ¿Tal vez había una empresa de pompas fúnebres en las cercanías? En otras ocasiones había oído ya sonidos parecidos, indistintos, fluctuantes. Difícil decir de dónde venían o qué eran —parecían arrancados del rumor de la ciudad, ¿desenterrados?— y canturreados en una extraña lengua. Eso si uno tenía un oído especial, lo cual no siempre es una suerte. Buscando un origen más real a aquello que oía, Lesser se detuvo en el rellano del quinto piso con la oreja pegada contra la puerta sin tirador a la espera de rumores interiores, ¿acaso un pie de cabrón que desencajaba una pared crujiente?, ¿el casero que se arrastraba para asestar un golpe

secreto? Maldita sea, no era posible, porque el último inquilino legal no había sido formalmente advertido. No se puede derribar un quinto piso sin desplazar el sexto, aunque éste consiguiera flotar durante un rato. Sin embargo sentía miedo. Lesser temía por la casa y a veces, lo que era peor, temía la casa. El apartamento, mientras Lesser escuchaba, parecía lleno de vientos quejumbrosos. El saco de Eolo. ¿Por qué los vientos, que nada tienen de humano, emiten sonidos humanos? Empujó la puerta y entró escuchando: puro profundo silencio. Harry fue de una habitación a otra, la antigua cocina sin el fregadero, robado, con una gamella abandonada y agrietada; el cuarto de estar, un círculo de peludos hombres que se divertían en tres paredes; los dos dormitorios desnudos, la bañera sucia de residuos, de meados. El silencio florecía en un sonido elemental, silencio extremo, profundo: música de cementerio.

Lesser sentía en la casa — ¿herencia acaso de la visita de Levenspiel? —, más fuerte que nunca, una presencia que no era la suya. Nada nuevo, pero ¿quién? ¿Un investigador privado que espiaba, vete a saber por qué?; es imposible llegar a saber todas las artimañas para un desahucio. ¿Un visitador anónimo que iba de piso en piso, sin plan ni propósito, pero con un puñal escondido? Tu casa es donde, si llegas, no serás asesinado; si te asesinan no es tu casa. El mundo está lleno de gente invisible que acecha a gente que no conoce. Rondaban más extraños que nunca. Dios, desde la aurora del hombre, hubiera tenido que preocuparse de decir los nombres: Jacob encuentra a Ismael. «Yo no soy el hermano de mi hermano». ¿Quién lo dice? De vuelta en su estudio, Lesser se puso a escribir apresuradamente, como si hubiera oído el fin del mundo que caía en la fosa del tiempo y quisiera escribir su última palabra antes de que todo terminara.

Una mañana, temprano, mientras el escritor, con su bolsa de pan y leche, estaba abriendo su puerta de triple cerradura, hubiera jurado que oía el ruido de una máquina de escribir que venía de uno de los apartamentos que daban al rellano, y durante un minuto jugó con la idea de haberse dejado a sí mismo trabajando mientras él iba a la compra. Lesser se volvió para contemplar el rellano débilmente iluminado.

El rellano vacío estaba vacío.

Escuchó, esforzándose para hacerlo, y si bien escuchaba para no oír, oyó el apagado tic-tac inconfundible de una máquina de escribir. Aunque aquel ruido le era familiar, le parecía que lo oía por primera vez en su vida, sensación no exenta de envidia competitiva. Llevaba mucho tiempo escribiendo un solo libro, ¿había alguien allí escribiendo otro? Lesser sintió que su cuerpo perdía calor y que se le

estaban erizando los pelos, pero reflexionó: escribir a máquina es escribir a máquina, y una máquina de escribir, al menos mientras se usa, no es un arma letal. Pero reflexionaba otra vez: ¿quién sería el desconocido mecanógrafo?

Entró en su piso, dejó las cosas que había comprado y salió de nuevo al rellano a escuchar. De puntillas, pasó delante de una puerta cerrada y de otra inexistente. Se asomó a la oscura vivienda vacía. No había nada que realmente pudiera ser oído. Al explorar el otro lado del rellano, la localizó finalmente en la puerta contigua a la suya, en el piso de Holzheimer, asombrado de haberla buscado lejos y de encontrarla cerca.

Hubiese deseado que Holzheimer estuviera allí para hacerle compañía en aquel despoblado lugar. El viejo, por supuesto, se había ido y, además, no sabía escribir a máquina. La puerta estaba entornada. Lesser, con la cabeza inclinada, escuchaba. Tic tic tiquitic tic. ¿Tal vez Levenspiel había montado allí una oficina, una sucursal de la CIA para informar sobre Harry Lesser que estaba escribiendo una novela subversiva? ¿Acaso cada letra que él escribía a máquina sobre el papel se proyectaba en una pantalla en el despacho del fiscal general, Ministerio de Justicia, Washington, D.C.? Para resolver la incertidumbre dio a la puerta entornada un valiente empujón y la puerta, crujiendo, se abrió. Estaba dispuesto a huir, pero no apareció nadie; tenía que entrar.

En la antigua cocina de Holzheimer, ante las ventanas heladas, estaba sentado un negro delante de una mesa de madera, escribiendo a máquina de espaldas a Lesser. Aunque hacía notablemente frío —radiadores y tuberías arrancados y los agujeros de las tuberías tapados para impedir la inundación— aquel hombre iba vestido sólo con un mono de tirantes entrecruzados sobre un suéter de lana verde cuyas mangas tenía remangadas hasta los codos. El negro, a primera vista, parecía un tipo gordo, pero luego uno se daba cuenta de que la que era grande era la máquina de escribir y que él, aunque ancho de espaldas y robusto, era de estatura media. Tenía la cabeza inclinada sobre una vieja L. C. Smith, anterior a la Primera Guerra Mundial, semejante a una fortaleza en miniatura.

Aquel hombre, con la cabeza inclinada en señal de concentración, indiferente a Lesser, escribía a máquina enérgicamente con dos dedos gruesos y toscos. Harry, aunque impaciente por ponerse a trabajar, esperaba, experimentando por lo menos dos sentimientos: desasosiego por su intrusión, rabia por el negro intruso. «¿Qué narices está haciendo en esta casa? ¿Por qué ha venido? ¿De dónde sale? ¿Cómo me lo voy a quitar de encima? ¿De dónde saco el tiempo?». Pensó en telefonar a Levenspiel, pero a lo mejor era el propio casero quien había montado aquel tinglado.

Después de dejar pasar un rato para que su presencia fuera notada —no sería él quien interrumpiera a un hombre escribiendo— y para obtener algunos datos básicos informativos, siguió esperando. El negro tenía que saber que había alguien allí, de pie, porque la puerta, al abrirse, había establecido una corriente de aire y Lesser había estornudado; pero no se volvía a ver quién era. Escribía a máquina seriamente concentrado, pensando cada palabra concienzudamente y estampándola sobre el papel a golpes de émbolo de sus dedos toscos. El ruido hacía retremblar la habitación. Eso duró cinco largos minutos mientras Lesser se impacientaba. Cuando el hombre que escribía a máquina volvió la cabeza, piel oscurísima y perilla, en sus grandes ojos líquidos en suspenso que contemplaban al escritor parecía reflejarse una indiferencia tan pura que casi era una amenaza. Lesser vio al mismo tiempo reflejada en ellos la sombra de su propio miedo. Tenía la cabeza grande, los labios moderadamente gruesos, sensuales, la nariz dilatada y los ojos hinchados por la concentración; pero era joven y no de mal aspecto, como si él mismo considerara que no tenía mal aspecto y eso le favoreciera. A pesar del frío parecía estar sudando.

—Pero hombre —se lamentó— ¿no ve que estoy escribiendo un libro?

Harry admitió, excusándose, que sí lo había visto:

—Yo también soy escritor.

Esto no desencadenó ninguna tempestad, ni el más pequeño signo de admiración. El negro contemplaba a Lesser como si no le hubiera oído, y el escritor pensaba ya que a lo mejor era un poco sordo, cuando el otro reaccionó. Suspiro de descanso. ¿Se habría dado cuenta de que él no era el casero? ¿A lo mejor estaba alardeando? Una sonrisa hubiera sido posible, pero no se produjo. Sobre la mesa, a la izquierda del escritor negro, había una pila de hojas manuscritas, sucias, gastadas, de las que a Harry le pareció que procedía un desagradable olor. Entonces se dio cuenta de que el negro se había quitado los zapatos, unos zapatos color naranja, y que estaba escribiendo en calcetines blancos de tenis. Movía los dedos de los pies. Era difícil discernir si aquel olor azufrado procedía del manuscrito o de los pies apoyados en el suelo. «Tal vez soy yo», pensó Lesser. ¿Olor de miedo? De todos modos, algo maloliente.

Luego, para poner las cosas en su punto, todas las cosas —por qué había esperado a hablar al negro y a advertirle de su presencia—, Lesser dijo:

—Soy el único habitante de esta casa, el único de este piso. Estoy intentando

terminar un libro.

El forastero reaccionó ante la noticia moviendo los ojos pensativo.

—Muchacho, la vida es dura y triste. —Tenía la voz profunda, resonante, rasposa. Como si manifestara una decisión que decididamente hubiera tomado, añadió—: Desde ahora, y de acuerdo con las circunstancias, trabajaré todos los días aquí.

—¿Quiere decir que Levenspiel le ha dado a usted permiso?

—Lesser se sentía al borde de la angustia.

La presencia de aquel hombre en el piso se le antojaba una seria amenaza, tal vez la última variante de la táctica del casero para molestarle.

—¿Y quién narices es ése?

—El propietario de este inmueble, pobrecillo. ¿No lo conoce usted?, quiero decir, ¿no ha sido él quien le ha sugerido que trabajara aquí?

El negro lo negó con indiferencia.

—A mí no me interesa ningún casero judío. He venido aquí por casualidad y en seguida me ha gustado esto. He encontrado esta mesa en el sótano y la silla en una habitación de abajo, pero como arriba hay más luz, me he venido aquí. Estaba buscando un lugar tranquilo para escribir.

—¿Qué escribe usted, si no le molesta la pregunta?

—Esta es una pregunta personal y lo que yo escribo es asunto mío.

—Por supuesto. Lo que yo quería saber, por pura curiosidad, es si se trataba de narrativa o de otra cosa.

—Podría ser narrativa, pero eso no quiere decir que sea real.

—Nadie ha dicho que lo fuera.

El negro dijo que su amiga era una actriz Off-Broadway. —Por las mañanas, cuando no trabaja, que es cuando no tiene ensayo, el apartamento es demasiado

pequeño para los dos. No me deja en paz y me impide trabajar. No digo que no aprecie su compañía, sobre todo cuando estoy cachondo, pero no cuando me apetece escribir. Lesser asintió con la cabeza: conocía el tema.

Le contó al forastero que Levenspiel hacía todos los posibles por echarlo para poder derribar el edificio.

—Pero soy de renta limitada, de manera que tiene para rato. Mi nombre es Harry Lesser.

—Willie Spearmint.

No se dieron la mano, aunque Lesser lo deseaba y por eso había levantado su blanca patita. Que allí se quedó, tendida. En aquel momento de confusión sintió la tentación de hacer payasadas: Charlie Chaplin, con su bigotito apolillado, que examina su sensible extremidad para ver si es una mano o un pez que asoma para saludar y al que luego dirá que vuelva a casa; pero al final Lesser la retiró, sin crítica manifiesta ni implícita de nadie. ¿Quién había dicho que uno debía estrechar la mano de otro? No estaba escrito en la Decimocuarta Enmienda. Estuvo tentado de explicar que, siendo niño, había vivido durante unos años cerca de un congestionado barrio negro en la parte sur de Chicago y que allí tenía un amigo. Pero al final no lo hizo. ¿A quién le importaba? Lesser se avergonzaba de haber molestado a Willie Spearmint. Cuando un hombre escribe a máquina —lo cual es un acto civilizado—, déjalo escribir donde quiera. Ocúpate de tus cosas.

—Siento haberte interrumpido. Ahora lo mejor será que vuelva a mi trabajo... mi tercera novela.

Ninguna reacción por parte de Willie si se exceptúa un vago gesto de conformidad.

—Bueno, perdona otra vez. Yo también detesto las interrupciones. De todos modos, llama a la puerta si necesitas algo, goma, lápiz, lo que sea. Vivo en el apartamento de la izquierda y, en general, estoy libre al anochecer, cuando he terminado de trabajar; cuanto más tarde mejor.

Willie Spearmint, que obviamente era un tipo con vocación, extendió los brazos vestidos de verde y agitó sus toscos dedos con un movimiento de descanso y satisfacción, tanto que Lesser lo envidió. Luego se inclinó sobre la gran máquina negra y, concentrándose en las palabras, siguió tiquitictic igual que antes. Si Lesser seguía presente no parecía advertirlo.

Harry, una vez en su estudio, pensaba lo mucho que, después de todo, le gustaba estar solo en el último piso. «Creo que soy un tipo solitario, lo cual equivale a decir que soy el hombre adecuado para el trabajo que hago, es decir, en estas circunstancias. Detesto subir seis oscuros tramos de escalera pensando si voy a encontrar a alguien, hombre o animal, pero por otra parte me gustaba esta gran casa vacía. Mucho espacio para la imaginación. Estupendo sitio para trabajar mientras Levenspiel anda por ahí cobrando alquileres o entretenido en cualquier otra cosa. La verdad es que prescindiría con gusto de Willie Spearmint».

Poco después de mediodía —después que una sirena próxima ululara durante unos segundos para recordar, por si alguien lo había olvidado, el peligroso estado del mundo— Willie llamó a la puerta de Lesser con el tacón del zapato mientras sostenía en brazos y a duras penas su maciza máquina de escribir. Lesser, durante un segundo de sorpresa, no imaginando por qué venía, se asustó al verlo. Willie llevaba sobre el mono una túnica africana azul y púrpura en forma de saco. No llevaba el pelo cortado a la africana, sino peinado hacia delante, con raya a la izquierda, y levantado por detrás, como una de esas baldosas sueltas que se levantan en el pavimento. La fina perilla le alargaba la cara y parecía resaltar la forma protuberante de sus ojos, más blancos que marrones. De pie medía un metro setenta y cinco. Más alto de lo que Lesser había imaginado.

—¿Podría aparcar aquí este trasto hasta mañana por la mañana? Me molestaría que me lo robaran de mi despacho. Hasta ahora la escondía en una alacena, pero no creo que sea un buen escondite. ¿Te parece?

Lesser, después de un momento de vacilación, estuvo de acuerdo.

—¿Has terminado por hoy?

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada, pensaba solamente...

—Escribo de un tirón desde las ocho hasta mediodía, más o menos —dijo el negro—. Cuatro horas de trabajo intensivo y después basta. Me voy a ver amigos y cosas así. Escribir es como golpear el papel con un martillo de una tonelada. ¿Cuánto trabajas tú?

Lesser le dijo que unas seis horas, y a veces más. Willie, desabrido, se quedó en silencio.

Harry se interesó por su manuscrito.

—¿Quieres dejarlo también? Inútil decir que respetaría su secreto.

—Nones. Éste se queda con papá. Para eso llevo la bolsa.

Bajo el brazo izquierdo llevaba una gran bolsa de cierre de cremallera.

Lesser lo comprendía. La seguridad del propio manuscrito es una preocupación constante. Lesser guardaba una copia del suyo en una caja fuerte de un banco próximo.

—¿Alrededor de qué hora vendrás por tu máquina?

—Pongamos a las ocho más o menos, si no te fastidia mucho. Si un día no vengo, no te preocupes.

«Ese tipo se cree que soy su criado». Pero después de pensarlo mejor, Lesser dijo:

—A esa hora ya estoy levantado, menos los domingos.

—Los domingos los dedico a hacer el amor.

—Te envidio.

—¿Por qué? Pues anda que no hay ganado por ahí.

—Las mujeres que encuentro, en general, quieren casarse.

—Guárdate de las que son así —le advirtió Willie. Entró la máquina en el piso de Lesser y, después de inspeccionar el cuarto de estar, la dejó con un gruñido debajo de una mesita, que tenía encima una maceta con un geranio, cerca de la ventana.

—Aquí está más a mano.

El escritor no hizo ninguna objeción.

—Caray, hombre —Willie contemplaba con envidiosa complacencia las estanterías llenas de libros, libros de pie, tumbados, revistas, pequeños objetos de

arte. Inspeccionó la instalación de alta fidelidad de Lesser. Después, lentamente, pasó revista a los discos, leyendo en voz alta los títulos y los nombres de los intérpretes, ridiculizando algunos de éstos que no sabía pronunciar. Un Bessie Smith le sorprendió.

— ¿Qué piensas de esta mujer?

— Es auténtica, me habla.

— Hablar no significa decir algo.

Lesser no quería discutir.

— ¿Conoces la experiencia negra? —le preguntó Willie con mala intención.

— Conozco el oficio de escribir.

— Detesto todas esas gilipolleces que los blancos dicen cuando hablan de los negros.

Willie deambuló por el estudio de Lesser. Se sentó a su mesa, tecleó en su máquina de escribir, probó el colchón del diván, abrió el armario empotrado, miró dentro, cerró la puerta. Se acercó a una pared y examinó algunos grabaditos que el escritor había coleccionado. Lesser le habló del dinero que había ganado con la película. «Me dieron cuarenta mil dólares por sacar una película de mi libro. Aparte de la comisión de mi agente y viviendo con unos cuatro mil al año, he ido tirando hasta ahora».

— Chico, si yo pillara toda esa pasta, sería el rey de Monte Mierda. ¿Y qué harás cuando se te haya acabado?

— Ya casi se ha acabado. Pero espero terminar el libro para el verano, o tal vez antes, con suertecilla. El dinero que saque tendría que servirme para dos o tres años y escribir otro libro. Éste será más corto que el que estoy escribiendo.

— ¿Y tardas tanto? ¿Tres años, quiero decir?

— Más. Soy un escritor lento.

Willie echó una última ojeada.

— Éste es un sitio cojonudo. ¿Por qué no damos una fiesta una noche de estas? Esta semana no, pero a lo mejor la próxima. Ésta estoy muy ocupado.

Lesser aceptó. Aunque no se lo dijo, esperaba que Willie trajera un par de amigas. Nunca se había acostado con una negra.

Willie Spearmint llamaba a la puerta de Harry Lesser a las ocho menos cuarto. El tiempo de fin de año era malo y ahora, mientras escribía, el negro conservaba puestos los zapatos anaranjados y llevaba un cubrecabezas gordo de lana para protegerse del frío. Se lo hundía hasta las orejas y no se quitaba la túnica. Harry le propuso arreglar una vieja estufa eléctrica que tenía, para prestársela, pero Willie dijo que cuando escribía se le calentaban hasta los dedos de los pies.

A Lesser no le ocurría. Algunos días escribía a máquina con una bufanda alrededor del cuello y el abrigo sobre las rodillas. Tenía los pies helados incluso con la estufa encendida.

Si caía aguanieve o nevaba de verdad, Willie aparecía en la puerta, por la mañana, temprano, con la perilla blanca de hielo o de nieve. Sacudía el cubrecabezas empapado contra la puerta de Lesser para secarlo. A veces parecía inquieto, malhumorado, hasta tal punto que no podía ser sólo causa del tiempo. Cogía la máquina y la devolvía al mediodía, sin decir palabra a Harry ni pedirle siquiera un vaso de agua, a pesar de que en la cocina de Holzheimer los grifos faltaban y las salidas habían sido selladas. Por fortuna el baño del apartamento de Mr. Agnello, al otro lado del rellano en diagonal, funcionaba aún y así podía descargar allí cuando lo necesitaba.

Una mañana lluviosa, Harry, encallado entre dos escenas, estaba de pie junto a la ventana por ver si de la calle, de la ciudad, de la raza humana, le venía alguna idea, cuando vio pasar el coche de Levenspiel por delante de la casa picada de viruelas de enfrente y luego cómo el casero aparcaba su Odsmobile en la esquina. Levenspiel levantó la vista hacia la ventana, justo en el momento en que Lesser corría la persiana. El escritor fue inmediatamente adonde estaba Willie y llamó a la puerta. Ninguna respuesta. Giró el tirador y, gritando su propio nombre, entró.

Willie estaba chupando la extremidad de un lápiz amarillo ante un punto difícil de su manuscrito. Miró a Harry irritado por la interrupción.

Lesser le dijo que el casero estaba subiendo las escaleras.

El negro le miró con frío desprecio.

—Mándalo a tomar por el saco.

—Perfectamente —dijo Lesser molesto—, pero he pensado que debía avisarte. —Se excusó por la intrusión—. No estaba seguro de que me hubieras oído llamar.

La expresión de Willie, que seguía contemplando la página que estaba escribiendo, cambió lentamente. Parecía inseguro, interesado, aunque no preocupado.

—¿Cómo va a saber ese imbécil que estoy aquí si no me muevo ni hago ruido? No me digas que va metiendo las narices en todos los apartamentos, ¿verdad? Lesser no estaba seguro.

—En general, viene a fastidiarme cuando estoy escribiendo, pero podría entrar aquí cuando menos lo esperaras. Mi consejo es que te vayas al piso de abajo hasta que se haya marchado. Llévate el manuscrito, yo esconderé la máquina. Te avisaré en cuanto se haya largado. Llevaron la operación a cabo rápidamente. Willie bajó al quinto piso con la bolsa, llenada apresuradamente, y Lesser escondió la L.C. Smith en su bañera. No porque Levenspiel fuera a meter las narices allí dentro, sino por precaución. Cada seis meses, sólo por fastidiar, insistía en hacer uso de su derecho a inspeccionar la vivienda.

Pocos minutos después el casero tocó el timbre de Lesser y luego golpeó ásperamente la puerta. El escritor lo imaginaba subiendo la escalera resoplando, apoyándose en la barandilla. Levenspiel cojeaba un poco al caminar. Hubiera podido evitarse la expedición: era un tipo de ataque cardíaco.

—Abra un minuto. ¿Por qué diablos no abre? —gritó Levenspiel—. Así podríamos hablar de hombre a hombre.

—Estoy trabajando —repuso Lesser desde el cuarto de estar, hojeando un periódico mientras esperaba que el casero se marchara—. No hay novedad. El libro sigue adelante, progresa.

Un momento de silencio expectante. Cuando habló, Levenspiel tenía la voz ronca, profunda, más próxima a sí mismo, como si se hubiera ido a pasear por el parque, lo hubiera pensado mejor e intentara causar buen efecto.

—Lesser —dijo—, ¿se acuerda que le hablé de mi hija? Lesser se acordaba.

—¿La chica que violaron?

—Exacto. Ha cogido el dinero de la hucha que había empezado a llenar a los seis años y, de acuerdo con la nueva ley, ha ido a abortar. Dios sabe qué médico ha pescado, ¡cuentan tantas cosas! De todos modos, lo ha hecho sin consultarme y durante el raspado le han perforado el útero y le ha venido una hemorragia. Mi mujer tiene horror a la septicemia. Ahora voy a ver al hospital a mi niña.

—Lo siento, Levenspiel.

—He pensado que debía decírselo. Esas cosas no se pueden contar a todo el mundo, pero tal vez sí a un escritor.

—Cuenta usted con toda mi simpatía.

—Gracias —dijo el casero—, créame que la necesito... Así ¿qué hay de nuevo?
—añadió al cabo de un minuto inútil.

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Ningún cambio en su actitud hacia el género humano?

—Sigue impertérrita.

Levenspiel se fue en silencio.

Lesser procuró borrar de su cabeza el incidente. «Es un hijoputa listo, sabe que me siento culpable. Otro golpe así y hundo el piso y voy a parar al sótano. Apostaría que este es su plan».

Willie, que espiaba desde una ventana del piso de abajo, había visto salir al casero y había vuelto a subir. Llamó a la puerta de Lesser y sacó la máquina de la bañera.

—Judío asqueroso.

—Willie —dijo Lesser—, tengo que decirte una cosa: yo también soy judío.

—Lo digo desde un plano económico.

—Y yo lo digo desde un plano personal.

—De todos modos, gracias por estar de mi lado, chico. Muchas gracias.

—No hay de qué.

El negro sonrió, dientes bellísimos, gesto insólito.

—Hagamos esa famosa reunión el viernes. Yo traigo a mi chavala y se lo digo a unos amigos.

Entre los amigos de Willie que subieron los seis helados tramos de escalera hasta el piso de Lesser, durante una tormenta de nieve el primer viernes del nuevo año, con la cabeza empolvada de blanco, estaba la «chavala» de Willie, Irene Bell, la cual, para sorpresa de Lesser (que ese fuera el tipo de Willie, esperaba una mujer menos aparente) era una chica blanca que confinaba con la belleza. Pero no la poseía del todo. Y Lesser no sabía por qué. Era como si la belleza fuese una obligación que ella no aceptaba del todo. Había echado una ojeada al espejito de la pared —sus ojos titubearon— y después había vuelto la cabeza, molesta, mientras se quitaba la voluminosa capa. Tenía en la cara una sonrisa cansada, de ángulos agrios, y una expresión preocupada. Alguna tristeza. Lesser la contempló. Willie, al presentársela, dijo que era su chavala blanca, pero no mencionó su nombre. Después ella se apartó. El escritor pensó que habían discutido por el camino.

Los otros eran una pareja negra: Mary Kettlesmith, una chica atractiva, de culo duro, con una expresión abierta y animada y un bonito tipo. Llevaba un abrigo de piel sintética, todo de ricitos, y una sencilla minifalda blanca con medias rojas. Hablaba con desenvoltura y cuando Willie se la presentó, ella apretó el brazo de Lesser con las dos manos. Él le apretó el suyo y sintió varios deseos. Sam Clemente, su amigo africano, de gafas, era un tipo tranquilo y vacilón. A Harry le resultó ni fu ni fa. Tampoco él se encontraba en gran forma. Esperaba a catorce personas, pero a causa del tiempo eran sólo cinco. Se sentía solo, estúpido por no haber invitado a una mujer para él.

Willie, como si no pudiera prescindir de él, llevaba su suéter de escribir, adornado con un collar árabe de cuentas de vidrio grandes como nueces. Además le amañecaban unos pantalones muy ajustados de color amarillo y unos zapatos de dos tonos, marrones y negros, mojados por la nieve. Se había peinado y echado brillantina en la perilla y el pelo y parecía dispuesto a divertirse. Se movía ligero,

contoneándose, chasqueando los dedos. Aunque no pretendía ser ingenioso, lo que decía les hacía reír y sus gestos eran divertidos. De cuando en cuando miraba a Irene que estaba sentada junto a la ventana y a veces lo hacía como ausente, como si intentara recordar algo que había olvidado. ¿O acaso oía voces? Había algo nuevo en aquel extraño que había subido desde la calle hasta el piso donde Lesser había vivido solo durante meses y que ahora era un vecino, un colega escritor, tal vez un futuro amigo. Su solitaria amiga, que acaso sólo esperaba una palabra amable, lo miraba desde lejos, indiferente. Si Willie se daba cuenta, no parecía afectarle demasiado: bromeaba con los que tenía cerca. Lesser pensó con qué facilidad se desembarazaba de su yo de escritor, mientras él, en su mente siempre activa, raramente dejaba de escribir. Decidió disfrutar de la velada.

Aunque fingiendo que no, Lesser contemplaba concienzudamente a aquella actriz Off-Broadway. Él fingía, no ella. Irene estaba sentada como diciendo que ella no era más que lo que él veía, que no tenía nada que declarar sobre sí misma. Tendría unos veinticinco años, con largos cabellos teñidos de rubio que le caían, espesos, por el hombro izquierdo para después cruzarle el seno como un emblema, cuyo misterio hería en lo más profundo al anfitrión. «Dos mujeres entran en mi casa y yo en seguida no entiendo nada». Dio la bienvenida a un viejo yo.

Salida de su momentáneo aislamiento y de aquel estado de ánimo indescifrable, la actriz se quitó las botas mojadas y, vaso en mano, comenzó a explorar el apartamento, con sus pies, ligeramente vueltos hacia dentro, grandes y finos como convenían a una chica alta como ella. Por donde pasaba dejaba un perfume de gardenia que Lesser olía. Harry sentía debilidad por las flores. Irene llevaba una falda corta abotonada y una blusa rosa fuerte. Los pechos, de un blanco de leche, visibles cuando se inclinó para sacudirse un poco de ceniza del cigarrillo que se le había caído en una rodilla. Se sentó en el escabel de Lesser con las piernas separadas. Lesser miró hacia aquella profundidad. Irene se levantó como si se hubiera sentado sobre una cesta de huevos. Le dijo algo a Mary, que se rió tapándose la boca con las manos. Lesser huyó a su estudio.

«Dios mío, ¿por qué todos mis deseos son tan visibles?». Al rato volvió. Habían puesto música y sus invitados bailaban. Mary, espléndidamente, con Sam; Irene con Willie. Lesser sospechó que había sido ella quien lo había sacado a bailar y no al revés. Bailaban al son de unos discos de rock que Willie había traído en una bolsa de papel, una negrura de hombros y traseros ondulantes.

Y aunque bailaban como si realmente lo hicieran unidos, Willie con sus ojos pesados y burlones concentrados e Irene dando vueltas a su alrededor con una

muda sonrisa en su pálido rostro, como si la cara no bailase y estuviesen solos ellos dos, el escritor advirtió que se movían en parte para evitar el contacto mutuo, aunque no dejaban de hablar intensamente todo el rato. Intentaban valorar el nivel del mutuo descontento. ¿O acaso se engañaba y aquella aparente resistencia del uno al otro era una especie de vinculación, una emoción ambivalente más fuerte que cualquier otra pura? Lesser intentó por dos veces entremeterse en su baile, pero ninguno de los dos se lo permitió. Sin embargo, en un momento determinado, Irene abofeteó a Willie. Él la abofeteó más fuerte. Ella lloró durante un minuto y después siguieron bailando.

Lesser probó con Sam y Mary: Sam de momento resistió, pero Mary lo dejó plantado y se encaró con Harry. La negra bailaba con él como si continuase un baile iniciado anteriormente. Tenía los ojos entornados y sus movimientos eran sensuales. Lesser se detuvo para contemplarla. Mary abrió los ojos, se echó a reír y le tendió los brazos. Él se acercó con su modesto contoneo mientras ella se meneaba exóticamente. Sus pasos eran rápidos, graciosos, mágicos. Bailaba como las hojas alrededor del árbol de Lesser. Él se desasíó y comenzó a moverse solo, mientras Mary lo animaba. Bailando a lo negro en el centro de la habitación —Sam orinaba por la ventana en la tempestad de nieve—, Mary le susurró a Lesser que vivía dos manzanas más abajo. Después de haber meditado sobre el alcance de esta información, Lesser, más tarde, en el estudio, se propasó, mientras el rock sonaba a todo volumen; Sam estaba medio atontado y Willie e Irene seguían empeñados en su curioso rito sexual.

Excitado por Mary, Lesser la besó y metió la mano por debajo del sostén. Ella, jadeante, correspondió con un húmedo beso, pero no demostró ninguna intención de seguirle cuando Lesser intentó llevarla hacia el diván. Se diría que estaba pensando algo. Luego, con un suspiro, le estrechó las manos y lo apartó.

Mary tenía los ojos brillantes. Estaba de pie con la pelvis sacada, el cuello arqueado. Tenía los pechos pequeños, el cuerpo delgado, las piernas finas y muy bien formadas. Harry, convencido de que su deseo inflamaría el suyo, le levantó la minifalda por encima de las medias rojas.

Mary lo rechazó con fuerza.

—Fuera, cerdo. Hueles.

Lesser sintió que de repente le abandonaba el deseo.

—No quería ofenderte.

Al cabo de un tenso minuto, ella se ablandó y le dio un beso fugaz.

—No lo tomes como cosa personal. Yo, para las cosas del sexo, tengo que hacerme a la idea. Soy así. Si eres bueno conmigo, yo también lo seré contigo. ¿Okay? Harry le ofreció una violeta artificial que había en un jarro en el antepecho de la ventana. Mary tomó la flor, buscó donde podía prendérsela en el vestido y luego la metió en el bolso que estaba sobre el diván.

Él se excusó otra vez.

—No te preocupes, Harry. Me gustas.

—Entonces, ¿qué es eso del olor?

—Que hueles a blanco. Eso es todo.

—¿Y cómo es ese olor?

—La falta de olor.

—Entonces no me preocupo.

—No —dijo ella—. La vida es demasiado corta. ¿Okay? Sam miró hacia la habitación y Mary cogió el bolso y fue hacia él. Lesser se dijo que debía ir con cuidado para que su pobre fiesta no terminara mal.

Harry pide a Willie que le preste un petardo liado con papel de color fresa.

Willie le ofrece compartir el suyo. Se sientan con las piernas cruzadas en el suelo de la pequeña cocina, hombro contra hombro, y empiezan a pasarse el cigarrillo húmedo y arrugado.

—Esto es hachís libanés. No lo huelas, chico, aspíralo hasta el estómago.

Lesser retiene el humo dulce y ardiente hasta que la habitación se vuelve inmensa y radiante. Se levantan arcos. La ventana rosa se tiñe de un rosa profundo. Suenan campanas en una capilla sumergida.

«Ahora la catedral es una isla flotante que huele a selva y a flores después de

un aguacero de verano. Raíces de miles de árboles serpentean por el agua amarilla. Estamos solos en esta isla flotante, Willie, llena de siemprevivas y de rojas rosas silvestres. Nos movemos con la corriente. Suenan campanas en los profundos bosques. A ambas orillas del río hay gente que nos saluda al pasar. Agitan banderas rojas, blancas y negras. Tenemos que saludarles, Willie. Yo saludo por este lado. Ellos aplauden y yo saludo. Deberías saludar también por ese otro lado.

Gracias, amigos, el próximo será aún mejor.

¿Quiénes son esos tipos, negros o blancos?

Tipos negros con sombreros blancos y tipos blancos con sombreros negros. Gritan hip hip hurra porque somos buenos escritores. Manifestamos los yos que creemos conocer. Les decimos quiénes son y por qué. Les hacemos sentir lo que nunca hubieran creído poder sentir. Lloran por nuestras lágrimas y ríen al oírnos reír, o al contrario, no importa.

¿De qué trata tu libro, Lesser?

De amor, supongo.

Willie ríe entre dientes mientras rema con calma, seguro, los músculos tensos sobre el agua que se encrespa. Trata de un tipo que escribe porque en realidad nunca ha dicho la verdad y se muere de ganas de hacerlo. ¿Y el tuyo de qué trata, Willie?

De mí.

¿Cómo anda?

A cuatro patas, chico, al galope. ¿Y el tuyo?

A la pata coja. Clop.

Voy a ganar ese jodido premio Nobel. Me darán un millón de los grandes en dinero.

Después de mí, Willie. Estoy trabajando desde la era glaciario y mañana será otro día».

Willie rema fríamente, mirando hacia delante a la rápida corriente que se

ensancha, atento a los troncos sumergidos, a los bancos de arena, a los cascos de los barcos hundidos.

«Es más, estoy escribiendo mi mejor libro. Quiero que toda esa buena gente a ambos lados del río agite sus banderitas de papel, todos esos grises y negros, y confiese que Harry Lesser es el rey David con su arpa de seis cuerdas, sólo que las notas son palabras y los salmos narración. Está escribiendo una pequeña obra maestra, aunque no tan pequeña. ¿Son pequeños los salmos? Lesser vitorea tres veces a Harry Lesser.

Para ti, chico. Para ti la mierda. Para ti el carbón y ya verás qué humo. Para ti el pan. Quédate con el ruido, pero la sustancia es para mí.

No es más que dinero, Willie. ¿Y el recuerdo en el futuro, esa pequeña inmortalidad? Considera la condición humana y lo poco que dura.

Quiero el poder verde. Quiero dinero para llenar el sexo blanco de mi chavala. Quiero hacer el amor con dinero.

Piensa en esta sagrada catedral en que estamos, Willie, en estos suaves tañidos de campana. Me refiero a esta isla flotante, llena de flores, repleta de rosas. Creo que lo que quiero decir es: ¿no piensas en el arte?

No digas gilipolleces. Me dan asco, me dan retortijones en el jodido hígado de mi madre. No menciones esa asquerosa palabra.

El arte es la gloria y sólo un *shmuck*¹ no lo cree.

Lesser no me toques las narices con esa palabra judía. Sé perfectamente de qué estás hablando. No creas que no lo sé. Sé que estás intentando robarme la virilidad. No me gustan todas esas cosas, *shmuck* de circuncisos. Los judíos quieren debilitarnos la sangre para apoderarse de todo. Las judías son las mejores putas que hay y quieren aguarnos la sangre haciéndonos circuncidar.

Y los médicos hacen la operación porque temen que, si no la hacen, nos apoderaremos del país y os echaremos. Eso es lo que temen. Una vez tenía un amigo y se hizo circuncidar porque su puta judía lo quería y ahora se ha convertido en un marica porque ha perdido su virilidad. Con una mujer es incapaz de hacer nada. Basta ya con esas cosas, Lesser, judío de mierda, estamos hartos de que nos deis por el saco.

Si eres un artista, no puedes ser negro, Willie.

WILLIE

Negro, negro, nunca acaba

Ojo grande y ancha cara.

LESSER

Negro, negro, resplandece

En la noche de la selva.

Willie rema hasta que sus ojos se convierten en dos piedras blancas. Rema mientras duerme. Las orillas del río se desvanecen en la oscuridad. Los aplausos son estrellas silenciosas. La isla floral desaparece en la niebla. Una galaxia se mueve como una rueda enjoyada en el cielo nocturno.

Voy a echar una bomba atómica sobre la primera polla blanca que vea.

«Lesser lucha contra nubes de mosquitos».

Lesser, solo en su pequeña reunión, va a hablar con la amiga de Willie. Ella había estado deambulando entre el cuarto de estar y el estudio, tal vez para evitarlo. No había paz en sus ojos ni en sus grandes pies. Cuando Lesser había estado a punto de entremeterse en su baile con Willie, había oído a éste que le decía: «Irene,

no puedo acostarme contigo esta noche. Sabes lo difícil que es la parte del libro que estoy escribiendo. Necesito toda mi fuerza y todo mi jugo para trabajar mañana. Espera hasta domingo».

—Detesto tu asqueroso libro —había dicho Irene.

La calefacción se había apagado y el apartamento estaba frío. Irene se hallaba tumbada en el sofá de Lesser, tapada con su larga capa. Cuando el escritor se metió debajo de la capa, Irene no dijo nada. Su cuerpo olía a gardenia con un ligero toque de sudor. Sam y Mary, negro con negro, estaban dormidos en el estudio, sobre el diván, con la estufa eléctrica encendida. Willie, con un petardo entre los labios, seguía remando en el suelo de la cocina.

Irene llevaba en la cabeza rubia una corona de violetas de cera que se había tejido tomándolas de un ramo que una de las mujeres del pasado de Lesser había dejado en un pichel cuarteado junto a la ventana del estudio. Estaban descoloridas, pero resaltaban al verde azulado de sus ojos. Lesser se había dado cuenta de que Irene se comía las uñas hasta el pulpejo, que se depilaba las cejas y que se las mal dibujaba con un lápiz marrón. Una era demasiado larga, la otra demasiado corta, y así su rostro tenía un aspecto apayasado. Lesser hubiera jurado que no estaba contenta de sí misma.

—¿Cuál es el verdadero color de tu pelo?

—Negro —repuso Irene desafiante, en voz baja—. Y me llamo Belinsky, no Bell. Y Willie es mi amante desde hace dos años. ¿Qué más quieres saber? Yo sé por qué te has tumbado aquí. Has oído que Willie me decía que no se acostaría conmigo esta noche. Te he visto escuchar.

—No me desagradaría ofrecerte mi semen creador.

—Vete a tomar por el culo. Yo soy la amiga de Willie. Era una velada deprimente. Lesser se oyó disculparse otra vez.

—No es por lo que ha dicho Willie. Cuando has llegado esta noche, he tenido la sensación de algo perdido en el pasado.

—¿Qué pasado?

—Como si yo no hubiera estado donde debía cuando tú deseabas algo.

—Ya tengo lo que quería.

Lesser pensó cómo iría el trabajo a la mañana siguiente. Probablemente mal.

—¿De qué trata tu libro? —preguntó Irene.

—De amor —dijo él con un suspiro.

—¿Y qué sabes tú del amor?

Lesser no quería decirlo.

Ella se durmió con una sonrisa amarga.

Willie apareció en la habitación.

—Calma, muchacho —le dijo a Lesser que estaba en el sofá—. Esas cosas no debes decírmelas.

Cuando Willie y sus amigos salieron, la tormenta de nieve había cesado. El negro, con los ojos todavía vidriosos, golpeó a Lesser en la espalda.

—Los dos estamos locos por el arte, chaval. Vamos a ser carne y uña.

Se abrazaron como hermanos.

Pocas horas después, Willie regresó para buscar su máquina de escribir y a pesar de que movía los labios nerviosamente, no dijo palabra a Lesser. Tenía una expresión tensa. Parecía un hombre acuciado por dos pensamientos, ninguno de los cuales podía resistir.

Lesser, a lo primero, temió que Irene le hubiese contado que él había intentado trabajársela después de haber oído la frase de Willie o que tal vez Mary Kettlesmith le hubiese descrito sus acrobacias con su minifalda.

Pero Willie no tenía nada que decir y, alarmado ante la idea de una discusión que pudiera estropearle la mañana que llevaba en equilibrio como una pelota sobre la nariz, el escritor le correspondió con un estricto silencio. Era algo más que resaca lo que tenía. Se sentía torpe por la falta de sueño, preocupado por su trabajo. Willie, con un gruñido, agarró la máquina y salió al rellano. Lesser cerró la puerta con una sensación de alivio y se puso inmediatamente a escribir. Trabajaba seguido. Tenía

un buen día. Eso le pasaba a veces cuando estaba preocupado pensando que la falta de sueño le impediría concentrarse. A las doce y media el negro no había aparecido aún. A las siete de la tarde, mientras lavaba los dos platos de la cena, el escritor se sorprendió preguntándose —¿deseándolo?— si Willie, por algún motivo, se había marchado, si había encontrado otro lugar donde trabajar. Tal vez una casa de apartamentos abandonada toda para él. Lesser podía perfectamente prescindir de sus visitas diarias con aquel aire de no querer favores, aunque él siempre estaba dispuesto a ayudar a un colega. Los escritores se ayudan entre sí. Bueno, hasta cierto punto: *su* obra era antes que nada.

A las nueve de la noche, mientras Lesser leía sentado en su mecedora, Willie dio unos puntapiés en la puerta y apareció apretando la máquina contra el vientre como si estuviera embarazado de ella. Después de dejarla debajo de la mesa y al cabo de un minuto de reflexión, dijo:

—Lesser, tendría que decirte algo.

El escritor tomó en seguida sus medidas y comenzó a excusarse por haberse comportado de aquella forma la noche anterior.

—Yo creo que fue el *hashish*. No me va. Lo mejor que puedo hacer es no fumarlo más.

Willie se pasó una uña por la raya del pelo. Al cabo de un rato se rascó la palma de las manos con sus uñas duras y oscuras, cerró los puños y se los sopló. Arrastró un pie, después otro.

Lesser se sentía incómodo. ¿Había estado viendo viejas películas de Stepin Fetchit o la cosa iba en serio?

Willie rompió a hablar bruscamente.

—He pensado que podría dejar aquí esta noche el manuscrito de mi libro.

—Ah, con mucho gusto —dijo Harry, tranquilizado de que sólo se tratara de aquello—. No te preocupes, que nadie lo leerá. Te doy mi palabra.

Willie, agitado, respiró profundamente.

—Lo que te estoy *pidiendo* es que lo leas.

Se dobló como presa de un espasmo, pero se enderezó en seguida.

—¿Te duele la barriga?

—El libro. Estoy revisándolo otra vez en parte, pero cada vez que lo leo pongo algo nuevo, como si la primera vez no lo hubiera hecho bien. La descripción es confusa, ¿me entiendes? Ayer creía que había escrito algunas páginas buenas, pero al pensarlas en el apartamento de mi chavala, todo lo escrito se me derrumbó en la cabeza como un castillo de naipes. Chico, esto te hace polvo. No tenía ninguna gana de venir a tu reunión. Quería ponerme a escribir y no levantarme hasta lograr separar el grano de la paja, pero Irene me dijo que me convenía airearme un poco y divertirme. Hoy he pasado el día leyendo mi libro y tengo la sensación de que en algunos sitios me he salido del buen camino, pero ahora no sé cuándo empieza este camino ni por qué. Todo lo que ahora leo me parece desenfocado, como si llevara las gafas de mi abuelito, y eso me saca de mis casillas. Tengo la sensación de que soy otra persona.

¿Qué crees que debo hacer, Lesser?

El escritor, consciente de que Willie pedía consejo en serio, dijo cautelosamente:

—Si te colocas a la distancia justa, es fácil encontrar otra vez la perspectiva. A veces, cojo un capítulo de los primeros y vuelvo a escribirlo a máquina tomando nota de lo que no me satisface. Este es un modo de profundizar en el asunto, pero hay otros.

—Esa tontería ya la he hecho —dijo Willie impaciente—. Lesser —prosiguió intentando reprimir la emoción de su voz—, me ahorraría preocupaciones y molestias si quisieras echarle un vistazo y me dijeras lo que está mal.

—¿Quieres que lea tu manuscrito?

Willie, desviando sus ojos endurecidos, asintió.

—Eres la única persona que conozco que ha publicado dos novelas.

Harry aceptó de mala gana.

—Lo haré si realmente lo quieres.

¿Qué más puede hacer un hombre?

— ¿Te lo pediría si no lo quisiera?

El negro le lanzó una mirada de odio mientras salía de la habitación.

Harry leía despacio el maloliente manuscrito de aquel tío susceptible; casi doscientos apretados folios grandes. Al principio lo leía de mala gana, saltando frases. Lo leía con dos mentalidades: una curiosa, la otra reacia. Se lo había prometido a Willie, pero después basta. No quería verse envuelto otra vez en sus insatisfacciones, sus sentimientos, su trabajo.

El viento, en la calle, se lamentaba, mientras Lesser leía tapándose la nariz con un pañuelo para protegerse de las emanaciones. En los casi diez años que llevaba viviendo en aquella casa nunca había oído un quejido tan puro y sostenido fuera de la ventana: el viento era como un fantasma viviente que se persiguiera a sí mismo. Una puerta golpeó a lo lejos y volvió a golpear. Lesser se levantó dos veces de un salto mientras leía. Oía murmullo de voces en el rellano. ¿Sería Willie que vagaba por allí hablando consigo mismo? ¿Levenspiel que refunfuñaba? ¿Exploradores llegados a bordo de un buque perdido? ¿O bien voces de los abismos? Fue a la puerta y miró por el ojo de la cerradura. Nada, excepto el oscuro rellano. Lesser recorrió el cerrojo y, en zapatillas, fue a la guarida de Willie, esperando oír de un momento a otro su ahogado tic tic, aunque la voluminosa máquina de escribir estaba bajo la mesa, junto a la ventana. Dentro, ningún sonido digno de consideración. Tal vez una rata que huía por un agujero del cuarto de baño. Nada que sucediera de verdad, sino la imaginación que estaba haciendo horas extraordinarias, el verdugo del escritor. «Trabajabas con ella, tenías que convivir día y noche en aquel genio hiperactivo». Sin embargo escuchaba obsesivamente, como si pudiera perder alguna migaja de experiencia de no hacerlo así. Luego llamó a la puerta con las uñas, giró el tirador y entró. Pura noche oscura, ni luna ni estrellas. ¿Quién era capaz de ver a un negro en aquella negrura?

— ¿Willie? —susurró Harry.

Encendió la bombilla de cien watios que Willie había atornillado en el casquillo un día lluvioso. La cocina desnuda, iluminada de repente, parecía lejana. La mesa y la silla desencuadrada de Willie... solas, distantes, sin el escritor escribiendo eran dos pedazos de madera, pero con alguien escribiendo en ellas eran un digno escritorio y una silla, un lugar serio de trabajo, la fábrica de la ficción.

Lesser volvió a su piso y siguió leyendo. El manuscrito literalmente exhalaba olor a gas. Acaso el hedor de la fatiga, el sudor acumulado de Willie Spearmint más algo enmohecido o con olor a moho. Tal vez olor a rancio puerto en evidencia por el componente químico de aquel papel verde barato, blando papel azufrado, escrito a máquina y borrado muchas veces con una goma que olía a goma, y reescrito, etc. O tal vez aquel hedor que llegaba hasta su nariz procedía de las malolientes vidas que las palabras creaban o de sus vindicativos pedos humanos. El libro de Willie se había titulado primero *Un negro no es una mierda*, título tachado y sustituido por *Vida fallida*, por Bill Spear, ingenioso seudónimo, en parte apellido, en parte arma de caza tribal, más una alusión a Shakespeare y también a Willie. Había un tercer título tímidamente escrito a lápiz. Examinándolo atentamente con el ojo que mejor veía, Lesser leyó *Escritor negro*, seguido de un interrogante. Sea como fuere, el manuscrito, que Lesser leyó lentamente, tomando notas, durante tres noches —a Willie le gustaba tener las páginas amontonadas delante, encima de la mesa, mientras seguía trabajando largas horas en lo que estaba escribiendo o reescribiendo o bien mecanografiando—, estaba dividido en dos partes principales. Aparentemente una Vida y unas Obras, seis capítulos de la primera, con un total de ciento cuarenta y ocho páginas, seguidos de cincuenta narraciones cortas de tipos de Harlem que vivían su experiencia negra, lo cual no era una mala manera de enfocar una autobiografía, aunque Willie nunca lo hubiese llamado así. Nunca había hablado mucho de su libro. Lesser había creído que se trataba de una novela, posiblemente porque él estaba escribiendo una.

El libro, aunque por diversos motivos no era una obra perfecta, era absorbente. La historia humana de Willie. De «Muchacho del Sur» a «Escritor negro», pasando por «Sur arriba», «Noches de Harlem», «Educación de la cárcel». El último breve capítulo se titulaba «Escribo por la libertad de los negros». El libro era sobre todo naturalista y confesional. Las aventuras de Willie narradas sencillamente, con un estilo que iba del inglés *standard* a la jerga negra, y tanto aquél como la psicología mucho más sofisticados de lo que Lesser hubiera imaginado. «Yo» crecía en el Mississippi campesino en la más pura pobreza negra. Más que los blancos, lo maltratan parientes y amigos, pero, según parece, lo único que comprende de su vida es hasta qué punto *los* odia porque explotan a los negros que le explotan a él, sobre todo a su miserable madre y al lameculos blancos de su padrastro. Un día, Willie, a los trece años, se encuentra en un camino a un blanco que lleva sombrero de paja, y cierra los ojos con fuerza para que el Hombre no vea en ellos la imagen del Muchacho Negro que aplasta con el talón sus malditos huevos blancos: «Mi odio hacia él fue tan puro que ha seguido calentándome el resto de mi vida».

Para escapar de su cementerio primigenio, un Edén donde lo negro jamás florece, toma un tren y va a Detroit. «Donde pasé la mayor parte de mis días limpiando las letrinas de los blancos de la Ford Company». Y mientras, se introduce en los vestuarios para robar moneda suelta, pero a pesar de ganarse algunas broncas, nunca le pillan. Finalmente tiene que enfrentarse con el odio que anida hacia sí mismo como un perro enfermo en un sótano. Eso se le pone de manifiesto de repente, como una patada en la cabeza, el día en que, por motivos de los que no está muy seguro, le pega una paliza a su novia negra y la deja medio muerta. La acusa de haberse acostado con un blanco, aunque ella jura, y él en el fondo la cree, que no es verdad. Lo que ha hecho a su novia de diecisiete años, a la que le ha partido la cara, se convierte en la horrible conciencia de algo espantoso que está en su naturaleza. El pánico de su culpa lo aplasta. «Pensaba que si me miraba en el espejo, vería que me había vuelto blanco». Pero la depresión que le aflige tiene su origen en que es negro.

Willie hace el matón por Harlem con ceñidos pantalones de raso y zapatos de ante, pasa del jazz a la cárcel con extrema facilidad. Trafica en todo, hace el rufián, explota a dos putas blancas. «Te basta saber que al gato blanco le gusta la polla negra». Vende droga de la grande y una vez que se encuentra mal porque no tiene qué tomar —le sangra la nariz, tiene calambres, náuseas— intenta un robo con allanamiento, pero le atrapan dos esbirros blancos con los que lucha aterrado a puñetazos. «En aquel mi primer solo me exprimieron toda la estupidez, me pusieron la cabeza como un tambor y me encerraron». Lo juzgan, lo condenan y lo mandan a la cárcel por cuatro calendarios. Su nuevo descubrimiento es «hasta qué punto puede caer tu miseria. Camino todo el día sobre mí mismo y la mierda se me pega a los zapatos». Sufre de muchos modos. Pero el sufrimiento duele menos cuando uno empieza a oír el *blues* en lo más hondo del ser. Él oye y escucha. «Willie Spearmint canta esta canción».

El tiempo es lento y nauseabundo, pero por alguna extraña mezcla de dolor, suerte y lo que le ha quedado de voluntad, ayudando al tiempo se ayuda a sí mismo. «Dejando de correr tienes tiempo para pensar. Pienso con mayor claridad sobre mí mismo, en quién soy, y en si siempre seré algo más que el más bajo». «Si no me hubieran puesto a buen recaudo, habría, sin duda, matado a alguien». Para apartar su mente de la cárcel destructora de almas, para aprender lo que debía saber para sobrevivir, para hacerse un poco mejor de lo que era, Willie empieza a leer en la biblioteca de la cárcel. «Una vez empecé ya no pude detenerme. Leía un libro tras otro, lentamente al principio, más aprisa en cuanto empecé a saber más palabras». Al principio leía más que nada narrativa. Dickens, Dreiser, James Farrell, Hemingway, Richard Wright, Ellison, Baldwin y otros. «Y leía centenares de

narraciones cortas, desde el principio de la palabra hasta nuestros días, negras y blancas». «Y mientras leo siento dentro de mí este importante, estimulante y al mismo tiempo espantoso estribillo *puedo escribir.*» No es difícil hacerlo cuando uno ha terminado de leer una historia que le ha gustado y quisiera proseguirla. O cambiarle el final. O escribir algo parecido». Se pregunta si sería capaz de escribir historias que le hubieran sucedido. «Y así me encuentro con la cabeza tan llena de esas historias que no logro separar una de otra». Willie ríe, grita y baila en su celda. Pide papel y lápiz, se lo dan, y se sienta a la mesa. Escribe cuál es el verdadero espanto de la vida. Escribe llorando. «Lloro por mi maldita madre y por todos los negros sobre los que escribo, incluido yo mismo». Ama las palabras que traza en el papel; de ellas nace la gente negra. Ama la manera de ser de esa gente, sus voces y su ingenio. Willie se exalta cuando escribe, éste es el más dulce de los placeres. A medida que las frases van formando las páginas y la gente y sus actos adquieren vida, el corazón se le llena de orgullo. «A partir de ese momento no me espanta la jodida cárcel porque estoy fuera de ella en la misma medida en que estoy dentro. Estoy dentro de mi imaginación. Juro a mí mismo que seré el mejor escritor, el mejor escritor *soul.*» Escribe decenas de historias. «Cuantas más escribo sobre las cosas terribles y violentas de mi vida, más ligero me siento. Sólo me da miedo que se me ablande demasiado el carácter».

Willie decía también que había leído a varios escritores revolucionarios, porque quería enterarse bien de cómo estaban las cosas. Había leído a Marx, Lenin, Trotsky, Mao. Leía todos los libros que podía sobre los negros: libros sobre África, la esclavitud, las costumbres y la cultura negras. Tomaba notas en una libreta, pero cuando quería escribir sobre aquellos problemas, solían salirle pequeñas historias de negros. Sobre todo escribía cuentos. A medida que Willie iba entendiendo mejor la historia de su pueblo y la injusticia de su sufrimiento, sentía hacia él un amor profundo, dulce, todopoderoso. Hacia los blancos sentía el mismo odio. Tal vez no estaba presente en su pensamiento todos los minutos del día, pero lo mantenía como principio. Cuando le sueltan, sale de la cárcel con cinco carpetas llenas de lo que había escrito en favor del movimiento de Liberación Negra. Así terminaba la parte autobiográfica. Luego venían las narraciones. Ninguno de los protagonistas de Willie se las arreglaba tan bien como él. Ninguno encontraba el camino de la salvación.

A Bugsy, dos esbirros blancos que lo han acorralado en Catshit Alley después del hurto de un bolso, le meten treinta y ocho balazos en el cuerpo. Él se había defendido con la navaja que sólo había arrojado una vez.

A Ellery le tuestan en la silla eléctrica en Sing-Sing. Había intentado

convencer al juez: «Juez, te has equivocado de negro. El negro es un color fácil de reconocer cuando uno busca un negro. Te juro por mi alma que aquella noche oscura no maté a ningún blanco. Yo no soy el que crees».

Daniel degüella a su padre porque éste le ha escupido a su madre en la cara. Después le pide a su madre que lo perdone y ella le dice que lo perdona pero que el Señor no. «No sé por qué lo he hecho, por qué lo he matado —dice Daniel—. Imagino que lo odiaba más que te odio a ti».

En una estremecedora historia titulada «Sin corazón», un negro innominado está obsesionado por el deseo de matar a un blanco y comerse un pedazo de su corazón. No es más que una gran sed o una gran hambre. Atrae a un blanco borracho al sótano de una casa y lo mata. Abre el cadáver, pero no encuentra el corazón. Entonces le abre el estómago, los intestinos, los escrotos, y aún sigue cortando cuando termina el cuento.

En el último cuento, tres hermanos pintan a Harry (¿Harry?) de blanco, después de haber discutido si darle una paliza o embrearlo por lo que ha hecho. Ha denunciado a la *bofia* a su amigo Efraím, un alcahuete de menores. Efraím le había quitado la novia. Los amigos del rufián encierran a Harry en su cuarto y le obligan a desnudarse. Entonces le echan por encima tres latas de pintura blanca mientras él está arrodillado en el suelo. La pintura es tan espesa que de la cabeza sólo son negros los ojos. Harry logra escapar y sube corriendo las escaleras hacia el tejado perseguido por los otros. Lo último que ven es a Harry que se tira a la calle desde el tejado, un negro blanco que ilumina la noche.

Cinco historias, cinco muertes: cuatro negras, una blanca. La violencia demuestra la profundidad de la rabia no apagada de Willie. ¿Serían tal vez sus lágrimas que al quemar el papel habían causado aquel hedor? Al releer el libro, Lesser, por más que huele, no huele nada.

El libro de Willie ha emocionado a Lesser. Por dos motivos: el tema conmovedor y la triste sensación de que Willie aún no domina el oficio. «Dios mío, lo que ha pasado. ¿Qué le puedo decir a un hombre que ha padecido tanto dolor, tanta injusticia, que claramente encuentra en escribir su esperanza y su salvación, que se define a sí mismo de ese modo? Al final alcanza, como en los viejos cuentos de la esclavitud, la libertad mediante la sensación de fuerza que le da escribir, que lo eleva y arrastra, pero sobre todo gracias al convencimiento de que, escribiendo, puede ayudar a su pueblo a vencer el racismo y la desigualdad económica. Es decir, que su libertad ayudará a conquistar la de los otros. La Vida que describe, o como él

la llame, se mueve, sufre, respira, aunque haya sido descrita antes, y mejor, por Richard Wright, Claude Brown, Malcolm X y, a su modo, Eldridge Cleaver. Sus descubrimientos han contribuido a los de Willie. Muchos negros viven la misma espantosa aventura americana, pero hace falta ser un escritor excepcional para contarla excepcionalmente, convertida en literatura. Para que lo negro sea algo más que un color o una cultura, para que la ofensa sea algo más que una protesta o una ideología. Willie tiene buenas ideas, pero sus narraciones no siempre están bien construidas. Al final se quedan cortas, les falta forma. Lesser ve divagaciones, repeticiones, material sin desarrollar. Hay errores de disposición y de medida, en última instancia de enfoque. Se podía hacer más de lo que ha hecho. Por otra parte, parece ser muy sensible a la buena literatura y esto explica sus dudas sobre su libro. Escribe con sentimiento y con placer, sin duda, y sin embargo se nota que tiene que estar insatisfecho. Es posible que ni siquiera sepa que su modo de escribir revela una intolerancia por el oficio de escritor. Creo que es esto lo que quiere que le diga. ¿Debo hacerlo —decirle lo que pienso o no— con cautela, tal vez, animarlo, procurar dorarle la píldora, teniendo en cuenta lo que ha pasado? No quisiera herir a un hombre tan sensible. Sin embargo, si no le digo lo que a mi entender es la verdad ¿cómo voy a ayudarlo a mejorar?».

Y si Lesser esconde la verdad, Lesser es un falsario. Y si lo es, ¿cómo puede seguir escribiendo?

Cuando a la mañana siguiente, después de leerlo por segunda vez, le devolvió el manuscrito a Willie, le dijo que estaba dispuesto a discutirlo cuando Willie quisiera. Ahora no veía el momento de quitarse aquel peso de encima, pero no quería insistir. Willie, sin expresión, sólo con una sonrisa ausente a flor de labios, como si no hubiese oído lo que Lesser le había dicho y solamente al verle mover los labios hubiera reconocido más o menos que alguien le estaba dirigiendo la palabra, tomó la bolsa en silencio. No la miró ni levantó la vista hacia Harry. Lesser pensó después que Willie parecía ofendido, herido antes de producirse el hecho —¿por mí?—, a menos que el escritor se equivocara. A lo mejor tenía dolor de muelas o almorranas, o algún problema personal. Fuera lo que fuese, su silencio demostraba más bien enfado que ofensa; tal vez contra sí mismo por haber pedido a Lesser que leyera el libro y haberle dicho que acaso se había equivocado. Pero al cabo de un minuto, Willie entreabrió los labios, contempló los vacilantes ojos de Lesser con sus grandes ojos amansados, como si quisiera perdonarlo de cuanto había o no había hecho, y dijo sonoramente:

—Gracias por haberlo leído. —Y basta. Y se fue limpiamente, aunque iba cargado con la máquina de escribir y el libro, y a Lesser le pareció que se desvanecía

como por arte de magia. Hombre de talento ese Willie Spearmint.

Aquel mismo mediodía, más tranquilo —había pillado un cigarro en alguna parte— Willie declaró:

—Ahora no puedo quedarme a hablar contigo, Lesser. Mi chavala está que trina. Damos una fiesta esta noche en casa y tengo que comprar algunas botellas y hierba, pero dentro de un par de días vendré por aquí para liquidar este asunto.

—Cuando quieras, Willie. En cualquier momento. Cuando te convenga.

Sentía, además, celos por no haber sido invitado a la fiesta de Irene.

«Tiene miedo —pensó Lesser—. Está cagado. También yo, a decir verdad». Ya es bastante duro criticar la carne viva de alguien, imaginemos si se le añade el color. Eso es vida negra y se comprende que sea algo delicado. Lesser estaba un poco asustado al pensar en dónde se había metido. La verdad es que había previsto que el favor que Willie le había pedido le costaría caro. La índole de ciertas cosas, el peso del color.

Pensó que las cosas a lo mejor se simplificarían si le escribía una nota. Sobre el papel no hay enfrentamiento personal, no es preciso.

A la mañana siguiente, mientras la estaba escribiendo —no eran más que las once, pero tenía a Willie metido en la cabeza y no lograba trabajar—, el negro llamó a la puerta sin dar ningún puntapié.

Lesser se levantó, nervioso pero tranquilizado, deseoso de librarse de aquel peso como una losa que Willie hubiera puesto sobre su cabeza.

Willie, con la vista baja —obviamente encontraba dificultades en su trabajo porque en seguida metió la máquina de escribir debajo de la mesa—, al enderezarse pareció ponerse en tensión, como si el próximo movimiento posible fuera sólo uno y no quisiera hacerlo. Se quedó de pie un rato mirando por la ventana. Lesser lo hizo también. No vio nada.

Willie siguió mirando, después pareció dejarlo correr, como si lo que esperaba encontrar no estuviera allí, en el caso de que buscara algo. Si algo había, estaba aquí en la habitación. En la habitación, cualquier cosa que él fuera no lo era exactamente. Pero poco después estaba con Lesser, en su estudio, sentado como una estatua de ébano en la silla de respaldo recto, y nadie, su presencia lo afirmaba, era

Pigmali3n. l solo se haba esculpido.

El escritor, sentado en el borde del diván, se frotaba las secas palmas blancas.

— Un trago?

— Djate de gilipolleces preliminares; vayamos al grano.

Lesser, curándose en salud, le recuerda a Willie que no ha sido él quien le ha pedido leer el libro.

— Has sido t quien me lo ha pedido. Si crees que te has equivocado y vas a jugar a hacerte el difícil y el soberbio cada vez que yo abra la boca, mejor sería que lo dejáramos antes de empezar. Te estoy agradecido por haberme dejado leer tu manuscrito.

— Yo *soy* difícil, amigo, porque así me hizo mi madre y además porque puedo, pero, de todos modos, hablemos.

De acuerdo?

Lesser afirma que no le gusta crearse la enemistad de nadie.

— Tamben yo tengo mi manera de ser. Me gusta vivir tranquilo.

— El antagonismo es tambíen un derecho mío y no creas que es mérito tuyo lo que solamente es obra de las circunstancias.

— Lo que quiero decir es que si no podemos hablar como seres razonables, mejor será dejarlo correr. Llevo años con mi libro y finalmente quiero terminarlo. Para eso necesito paz y tranquilidad. Por eso me gusta estar aquí arriba: nadie me fastidia demasiado. Levenspiel me molesta, pero puedo aguantarlo. Pero no quiero que nadie venga a tocarme las pelotas, con o sin motivo.

— En lugar de hacerme todos esos sermones, Lesser, por qué no desembuchas de una vez? No estoy aquí para perder tiempo ni tengo interés en discutir contigo.

— Totalmente de acuerdo.

Lesser piensa si será conveniente leerle el trozo de carta que tiene escrito,

pero abandona la idea y dice lo que cree que es su deber decir, mientras Willie, fingiendo paciencia, tranquilidad, despreocupación, entrecruza sus toscos dedos sobre el pecho cubierto por el suéter verde y después renuncia a su inmovilidad para acariciarse la lanuda. Lesser dice:

—Ante todo no hay duda de que eres un escritor, Willie. Las dos partes de tu libro, la autobiografía y las cinco narraciones, son fuertes y conmovedoras. Cualesquiera que sean los fallos del libro, el talento está.

Willie ríe ligeramente irónico.

—Oh, vamos, Lesser ¿a quién se lo dices? Sabes muy bien lo que sucede cuando uno se encuentra encallado con el libro. Vamos a la verdad de mierda del asunto. Lesser dice que la verdad es que el libro es bueno, pero podría ser mejor.

—Eso ya te lo dije yo —dice Willie—. ¿No te dije que no me sentía satisfecho? Venga, vamos a lo que yo te pedí que me dijeras que es donde me he salido del buen camino.

—Iba a decirte, Willie, que si no estás satisfecho del libro, tienes motivos para no estarlo. Yo diría que la forma del conjunto no es suficiente. Hay algunos fallos, lo que tú llamas desenfoque, que son los que dan esa sensación de desequilibrio que te preocupa.

—Pero ¿dónde empieza?

—Desde el principio de la autobiografía. No se trata de que no hayas trabajado, sino que falta técnica, forma, aunque sé que no está de moda hablar así. Tendrías que construir mejor.

Willie se levanta, gruñendo, como si tuviera miedo de que alguien quisiera clavarlo en la silla.

—Quiero demostrarte hasta qué punto estás en las nubes, Lesser. Ante todo, estás equivocado al clasificar el libro. La parte que llamas autobiografía es pura ficción que he ido inventando a medida que escribía. El tipo que cuenta las cosas no soy yo. Ese tipo lo he sacado enterito de mi imaginación, así, como suena, a medida que iba escribiendo. Yo nací en la calle 120 de Harlem y me trasladé a Bedford-Stuyvesant, con mi madre, a los seis años, y lo más al sur que he ido es a Coney Island a bañarme. Nunca he estado en el Mississippi ni pienso poner los pies en ese lugar de mierda. En mi vida he comido tripas, porque mi mamá y yo no

soportábamos el olor y creo que si las comiera vomitaría. Nunca he trabajado en Detroit, Michigan, aunque sí mi padre, que durante tres años limpió los lavabos. En cambio, cuatro de los cuentos pasaron de verdad. Son cosas que ocurrieron a hermanos míos y conozco muy bien, exactamente cómo pasaron, y todo lo que cuento ocurrió de verdad y ésta es la única cosa autobiográfica del libro y no hay otra. Punto final.

Lesser admitió que le sorprendía.

—El libro tiene un tono autobiográfico, pero aunque sea pura ficción, el hecho es que hay algo que no encaja porque de lo contrario no hubieras venido a pedirme que lo leyera.

Willie, con calma:

—No quiero insistir, Lesser, pero ¿cómo puedes estar tan seguro de lo que dices si mi libro resulta que es una cosa distinta de la que pensabas?

—En todo caso los dos estamos de acuerdo en que le falta elaboración.

—Elaboración —Willie le remeda, mientras hace girar sus ojos humedecidos—. Tengo el trasero pelado de elaborarlo. Más, no se puede. Éste es mi cuarto original ¿cuántos más tengo que hacer?

Su voz profunda se agudiza.

—Prueba otra vez.

—Vete a tomar por el culo.

Lesser está enfadado consigo mismo por haberse metido en aquel lío, sabiendo que iba a ser un lío.

—Willie —dice irritado—, yo debo seguir adelante con mi propio libro.

El cuerpo de Willie se distiende, ébano que se convierte en alquitrán.

—No me jorobes Lesser. No me fastidies. No quieras que pierda la confianza en mí mismo.

Lesser le asegura a Willie que, en verdad, está actuando de buena fe.

—Sé lo que sientes. Me pongo en tu lugar.

Con una cólera fría y altiva, el negro responde:

—Ningún blanco hijo de mala madre puede ponerse en *mi* lugar. Estamos hablando de un libro *negro* que tú no entiendes para nada. La narrativa blanca no es como la narrativa *negra*. No puede serlo.

—No puedes convertir en literatura la experiencia negra describiéndola solamente.

—Lo negro no es lo blanco y nunca lo será. Es negro de una vez y para siempre. No es universal, si es eso lo que quieres decir. No es lo mismo lo que siento yo que lo que tú sientes. Tú no puedes escribir sobre los negros porque no tienes la menor idea de lo que somos o de lo que sentimos. La química de nuestros sentimientos es distinta de la vuestra. ¿Entiendes? Y así *tiene* que ser. Yo escribo literatura *soul* sobre la gente negra que grita que aún somos esclavos en este jodido país y que no estamos dispuestos a seguir siéndolo. ¿Cómo puedes entenderlo, Lesser, si tus sesos son blancos?

—También los tuyos lo son. Pero si se trata de la experiencia de un ser humano y ésta me conmueve, entonces tú conviertes esa experiencia en algo más. Tú la creas para mí. Puedes negar la universalidad, Willie, pero no puedes abolirla.

—Ser humano es ser mierda. No concede ningún privilegio. A nosotros nunca nos lo ha concedido.

—Si hablamos de arte, la forma tiene sus derechos o bien no hay orden ni posiblemente significado. Otra cosa no hay, creo que hasta tú lo sabes.

—El arte me toca los huevos. ¿Quieres saber cuál es el verdadero arte? *Yo* soy arte. Willie Spearmint, *hombre negro*. Mi forma es *yo mismo*.

Se enfrentaron, reflejándose cada uno en los ojos del otro. Willie furibundo, Lesser maldiciéndose por haber perdido la mañana.

—Qué estúpido negro de mierda he sido al dejarte que leyeras mi manuscrito.

Lesser, desesperadamente, le hace una última sugerencia.

—¿Por qué no envías el original a un editor y oyes la opinión de otro, puesto que la mía no te satisface?

—Porque he probado ya con diez de esos judíos de inteligencia de rata y todos me lo han devuelto por una serie de motivos de risa, porque les da *miedo* lo que dice el libro.

El negro, con los ojos hinchados, golpea la cabeza contra la pared, mientras el escritor, no sin placer, lo contempla.

3

Lesser vara su balsa destruida

Una mujer aparece entre las dunas. Espejismo, él murmura, y en cambio es verdadera. No deja huellas siguiendo sus pisadas. «Si es negra y además inteligente un blanco encontrará para su negro conveniente». WILLIE SHAKESPEAR

Aunque no hable el lenguaje de ella ni recuerda bien su rostro a pesar de haberla inventado él, se comprenden con una mirada y se abrazan.

Los amantes están tendidos en la cálida hierba hambrienta, canarios revolotean encima de ellos entre palmeras de plumas. Mientras él está gozando como siempre había deseado gozar con una negra, una mano blanca le toca un hombro y él se despierta de mala gana en esta fría mañana nevosa de Manhattan, intentando recordar si era tan estupendo como dicen.

Lesser desea fervientemente volver a dormirse y por una vez lo logra. La niebla se levanta sobre la playa. El mar en la orilla es verde, más allá, violeta. El aire salado caliente fresco de océano. A lo lejos nubes de islas flotan en el mar embravecido.

La encuentra en las dunas, bailando sola, con su desnuda negrura

contoneándose en el baile.

Mientras corre hacia ella, un cuervo, graznando, con un estrépito de alas, se precipita entre las piernas de ella y levanta el vuelo con un mechón de lana negra en el pico.

Él se aprieta el miembro desnudo con la mano, ella maldice al pájaro.

Maldice a Lesser.

Willie llama a la puerta.

—Lesser, necesito mi jodida máquina. Tengo que ponerme a trabajar.

Willie, sombrío, tenso, reprimiendo la rabia, se llevó la máquina de escribir la mañana siguiente al día de su desgraciada conversación y no volvió al toque de la sirena, al mediodía. No apareció ni aquel día ni el siguiente, martes. Lesser se sentía vagamente preocupado, pero no fue a buscarlo. No sabía si había metido a su colega en un lío, si se había expresado mal, si hubiera podido decir las cosas con más tacto. Le había dicho a Willie lo que creía que tenía que decirle, pero acaso se lo hubiera podido decir más sutilmente, de un modo que aligerara la frustración y evitase la rabia. Hubiera podido animarlo más, evitar discutir con él, contradecirlo, aunque no era fácil, porque se trataba de un hombre muy susceptible por lo que respecta a lo que escribía, sin contar el color.

Después del trabajo, Lesser salió al rellano y fue a la puerta de Willie, escuchó, no oyó nada y entró. La mesa y la silla estaban allí, pero no había rastro de Willie Spearmint ni de su L. C. Smith. Harry se preguntó si habría abandonado el edificio para siempre. Buscó por todo el piso, abrió armarios y descubrió la máquina de escribir en el suelo, en un rincón de un dormitorio. Allí estaba, vulnerable, sin custodia. El escritor pensó que Willie debía estar fuera de sí, de lo contrario no la hubiera dejado sin protección. Se preocupó. Supongamos que algún vagabundo la encuentra y la lleva a la casa de empeños. Al contrario de él, que podía arreglárselas con una pluma, Willie, exceptuando las correcciones que hacía a lápiz, escribía a máquina de la primera a la última frase. Decía que escribiendo a máquina pensaba mejor. Lesser tuvo la intención de llevarse la máquina a su casa, pero no estaba seguro de que eso le gustara a Willie. «Cuando vuelva tengo que decirle que puede dejármela. ¿O tal vez no quiere aceptar el más pequeño favor de mi parte?».

¿Tenía que olvidarlo?

A fines de semana lo había olvidado. No del todo. De cuando en cuando la idea de la máquina de escribir de Willie abandonada le pesaba, pero en general había olvidado el asunto.

El lunes por la mañana se encontraba sumergido en su último largo capítulo, persiguiendo una idea que había aparecido como un destello en la noche del cual brotaba la luz del día y que él se esforzaba, todo manos, por atrapar; una idea estimulante que lo iluminaba como un candelabro de siete brazos. Precisamente en aquel momento sonaron los estrepitosos puntapiés de Willie en la puerta. Bum, tac, bum. Willie entró con la máquina en brazos y, sin dar explicaciones, la depositó debajo de la mesa.

Bienvenido, Willie. Estaba preocupado.

Seguía con los dedos en la luz vacilante, tratando de retenerla, de agarrarla, previendo ya lo que hubiera podido iluminar en cualquier dirección del tiempo, e intentaba recordarlo todo mientras hablaba con Willie.

El negro, que parecía completamente recuperado, exceptuando un cardenal que tenía en la frente, se echó a reír.

—Llámame Bill, Lesser. He decidido que desde ahora mi nombre literario será mi verdadero nombre: Bill Spear.

—Entonces serás Bill —dijo tímidamente Lesser.

—Quiero decirte algo relacionado con nuestra conversación del otro día.

Con un sudor frío, el escritor imaginó varias excusas para explicar que no podía escucharlo en aquel momento, pero fue incapaz de decir ninguna.

Hizo sonar los nudillos.

—Es cuestión de un minuto. Sólo quería decirte, Lesser, que he ido a la biblioteca que está cerca de la casa de mi chavala y he cogido tus libros. Los dos. El segundo huele bastante mal —se tapó la nariz mientras Lesser se ponía colorado—, pero el primero que escribiste, chico, he de reconocer que es de primera categoría. Después de leerlo, dice Irene que hablaba solo. Te digo la santa verdad, Lesser. No esperaba que un burgués como tú pudiera escribir algo tan bueno.

—Gracias de todos modos, Bill.

—Aunque tengo mis reservas y, en particular, una.

—¿Cuál?

—La chica negra. No la describes bien.

Lesser dijo que era un personaje secundario del que no tenía mucho que decir.

—No parece negra —dijo Willie—, en absoluto, aunque me gusta su actitud. Tiene mucho temperamento y no me desagradaría tirármela.

Si le producía ese efecto, ¿cómo podía decir que no era real?

—Porque no se parece a nadie que yo haya conocido, por lo menos a ningún negro. En cierto modo se comporta como si fuera blanca, bajo esa capa de pintura negra que le has puesto encima.

¿Era tal vez aquel blanco en lo negro lo que le molestaba? No importa, a Willie le había gustado el libro. Lesser miró detrás de sí como si temiera que algo que había dejado en el fuego hirviera y se evaporase. Se acerca a la mesa de escribir, hojea las páginas que ha escrito esta mañana y no ve ni una palabra.

Willie miraba también, pero seguía hablando: bla, bla. En la frente se le dibujaba una profunda arruga. Suspiró, se golpeó una mano con la otra, miró por la ventana, luego se dirigió a Lesser.

—Admito también que me ha hecho pensar. Ahora que he leído tu libro, los dos, creo que entiendo de diferente manera algunas de aquellas ideas tuyas sobre la forma y otras zarandajas, y el modo en que la forma da proporción a lo escrito. Me doy también cuenta de algunas cosas que hubiera podido escribir mejor y de por qué no sabía qué era lo que daba aquella sensación de palabras e ideas desenfocadas y vagas. Dicho de otro modo, Lesser: estoy revisando algunas ideas sobre la literatura, aunque no todas, no vayas a equivocarte ahora. Pero es como si ahora ahondara más que antes en algunas cosas.

—Bravo, Willie... quiero decir, Bill...

—¿Qué te pasa, chico? ¿No te encuentras bien?

Lesser dijo que se sentía bastante bien.

—¿Dolor de tripas?

—No. Algo en la cabeza.

—Eso que digo de que estoy revisando algunas de mis ideas no significa que vaya a cambiar de opinión sobre la literatura negra en relación con la literatura blanca. El arte está bien cuando te ayuda a decir lo que tienes que decir, pero no quiero convertirme en un capón de escritor blanco o en un negro lameculos que imita a los blancos porque tiene vergüenza o miedo de ser negro. Yo escribo en negro porque soy negro y lo que he de decir tiene un significado diferente para los negros que para los blancos, ¿entiendes? Nosotros *pensamos* diferente de vosotros, Lesser. *Somos, actuamos y escribimos* diferente. Si siempre hay una polla blanca que te arranca todos los días un pedazo de la piel del culo, cuando alguien te dice «Siéntate» significa dos cosas distintas para ti y para mí, y por eso la narrativa negra *debe* ser diferente de la blanca. Las palabras la hacen ser diferente porque la experiencia lo es. Y tú lo sabes. Además, somos el pueblo del futuro, y si los blancos intentan tirar de nosotros para hundirnos, no es ningún secreto que tendremos que cortaros el cuello. Vosotros habéis tenido vuestro momento, ahora nos toca a nosotros. Por eso tengo que escribir, pero quiero escribir de acuerdo con el arte negro y de la mejor manera posible. En otras palabras, Lesser: quiero saber lo que tú sabes y *añadirle* lo que yo sé *porque* soy negro. Y si eso significa que debo aprender algo de los blancos para hacerlo mejor como negro, pienso aprenderlo *sólo con esa finalidad*.

Bill se sopló los puños sucesivamente. En la frente tenía ahora dos arrugas.

Dijo que había decidido dejar por el momento el libro que Lesser había leído —volvería a él más tarde— y empezar algo nuevo partiendo de una idea que tenía en la cabeza desde niño, cuando había empezado a intentar entender qué tenía que ver con que el color de su piel fuera negro con el hecho de que su vida fuera a la vez tan extraña y desatinada.

—Se trata de un niño negro y de su madre, de sus peleas y encuentros hasta que se matan, después de que el niño se ha convertido en hombre y se ha vengado de los blancos, tal vez en una pelea o tal vez de un modo personal, porque el blanco es la causa real de todas sus desgracias. Tal vez se cargue a veinte blancos antes de que la *bofia* lo trinque. Lo que quiero resaltar, Lesser, por si no te has enterado, es que yo creo que este es el modo principal que los negros tienen de salir adelante: matar blancos hasta que los que queden con vida vomiten de dolor al solo pensamiento del mal que nos han hecho y decidan que es mejor no seguir

haciéndonoslo. Lo que te pido, Lesser, y no te lo pediría si los dos no fuéramos escritores, es que no pierdas el tiempo criticando el tema de lo que te enseñe, sino que me digas cómo puedo escribir lo mismo, con las mismas ideas, pero mejor. En otras palabras: háblame sólo de la forma. ¿De acuerdo?

Lesser, soñando en la nueva luz de su libro, contempló desde sus oscuros pensamientos a Bill Spear, verdugo potencial, que le pedía que hiciera de comadrona de sus sangrientas fábulas.

Dijo que no sabía hasta qué punto aquella era una buena idea, teniendo en cuenta cómo se había desarrollado la conversación del otro día. El sujeto y la forma eran inseparables. Supongamos que él dijera algo que, en última instancia, fuera una crítica a un par de ideas tuyas, ¿corría el riesgo de ser degollado?

En seguida deseó no haberlo dicho. El no poder dedicarse a su trabajo había irritado a Lesser.

—Oye, niño —dijo Bill improvisamente encolerizado—, no te las des de listo. Si no quieres leer lo que te enseñe, ya puedes irte a tomar por el culo.

Dio un portazo.

Lesser, momentáneamente tranquilizado, volvió a su mesa para escribir una nota sobre una nueva manera de enfocar el último capítulo; pero nada más sentarse se levantó de nuevo y fue tras el negro.

Se excusó por su impaciencia. Por eso se había expresado mal, Willie... quiero decir, Bill. «Creo que estamos de acuerdo si lo que pretendes es mejorar la calidad artística de tu obra. Nadie ha dicho que debo estar de acuerdo con tus ideas».

—Te conozco, Lesser.

Lesser explicó que le había puesto nervioso la pérdida de tiempo porque quería escribir. «Por otra parte, quiero ayudarte, porque respeto tu ambición de llegar a ser el mejor escritor posible, de verdad te lo digo».

Bill se calmó.

—Lo único que te pido, Lesser, es que cuando tenga algunos capítulos, les eches una ojeada y me digas *solamente* si la forma es buena o no. Dime sólo eso y yo

decidiré si tienes razón o no la tienes. No es mi intención agarrarme de tus faldones para que me arrastres, te lo juro.

Lesser dijo que haría cuando estuviera en su mano si Bill tenía paciencia.

—Y si te sobra un poco de tiempo —dijo Bill secándose la palma de las manos en la parte delantera del mono—, quisiera saber algo de gramática, sobre las oraciones subordinadas y cosas así, aunque no conozco a nadie que todo eso le importe demasiado. Pero me imagino que no me perjudicará saberlo, aunque no quiero nada que pueda joderme el estilo. A mí me gusta como escribes, Lesser, sobre eso no hay duda, pero no quiero escribir como tú.

Lesser dijo que le prestaría una gramática. Podía leerla y si encontraba algo que le interesara, podían hablar de ello después de la jornada de trabajo.

—De acuerdo.

Se dieron la mano.

—Me gusta joderte, Lesser, no te enfades. Tú y yo vamos de acuerdo.

Lesser se vio yendo de acuerdo.

Finalmente podía volver a trabajar. Su inspirada idea, tal vez para un final, tal vez para otra cosa, yacía bajo una losa sepulcral anónima.

Willie Spearmint, después de haberse convertido en Bill Spear, añadió más horas a su jornada. Ya no entraba escurriéndose a mediodía en el apartamento de Lesser para dejar la máquina de escribir, sino que aparecía mucho después, a las tres o a las tres y media, y algunas veces se quedaba hasta tarde, ante su mesa de cocina, contemplando el cielo que se oscurecía. Lesser imaginaba que Bill trabajaba en su nuevo libro, pero no lo sabía de cierto porque Bill no le decía nada y él no le preguntaba.

Por lo que respecta a la gramática, hablaron un par de veces sobre oraciones subordinadas, gerundios y gerundios adjetivados, pero el tema aburría a Bill. Dijo que mataba al lenguaje y no volvió a tratar del asunto. En cambio, estudiaba su diccionario de bolsillo, tomaba notas de palabras y aprendía de memoria su significado. Después de llamar por la tarde a la puerta de Lesser, algunas veces se quedaba a tomar una copa y ponían discos. El negro tenía sensibilidad para la música. Mientras la escuchaba su cuerpo se alargaba y en su cara aparecía una

expresión de relajamiento e inocencia. Tenía los ojos salientes cerrados y con los labios saboreaba la música. Pero cuando Lesser puso su Bessie Smith, Bill, tumbado en el sofá, la escuchó inquieto, como si montones de chinches estuvieran picándole.

—Lesser —dijo con furor contenido—, ¿por qué no regalas ese disco o lo rompes o te lo comes? Ni siquiera sabes cómo se escucha.

Para evitar una posible discusión, Harry permaneció en silencio, quitó el disco y puso otro de Lotte Lehmar que cantaba *lieder* de Schubert y que Bill, con sus dedazos entrecruzados sobre el pecho, escuchó satisfecho.

—Un tipo simpático ese Schubert —dijo una vez terminadas las canciones. Luego se levantó, estiró los brazos moviendo los dedos, y bostezó. Contempló su cara tristemente en el espejo de Lesser y se marchó.

—Jesús, chico —dijo a la tarde siguiente— ¿cómo te las arreglas para pasarte tantas horas trabajando todos los días?

—Siempre seis horas diarias —replicó el escritor—. Hace años que lo hago.

—Hubiera jurado que eran más de diez. Sí señor. Contemplándote se diría que son más de diez. Yo, ahora que trabajo seis horas, casi no tengo tiempo de hacer algo. Lo peor es que no tengo ganas de hacer otra cosa que sentarme ahí a escribir. Empiezo a estar asustado. Lesser dijo que no le aconsejaba trabajar tanto como él. Un escritor debe encontrar su ritmo propio.

—A ver quién es el guapo que viene a hablarme de ritmo.

—A lo mejor lo que te conviene es tu plan anterior: terminar a mediodía.

—No me gusta que me digas que trabaje menos ahora que se me ha metido en la cabeza empezar.

En sus ojos húmedos se reflejaban las ventanas.

—Quería decir solamente que mi sistema de trabajo no ha de ser forzosamente el tuyo.

—Lo que me gustaría saber —dijo Bill— es qué otra cosa haces en la vida, además de escribir. Por ejemplo ¿qué haces con tu naturaleza, amigo? Me refiero a tu instrumento de carne. Si no tienes novia, ¿te las arreglas con la mano?

Lesser dijo que alguna vez algo le ocurría.

—A veces hay dulces sorpresas.

—Yo no hablo de sorpresas. Yo hablo de la vida. ¿Qué haces para divertirte además de jugar al ajedrez y de hacer gimnasia en casa?

Lesser admitió que menos de lo que debería. Confiaba en que las cosas se arreglaran después de terminado el libro.

—Con un anticipo decente tal vez podría vivir un año en Londres o en París. Pero antes tengo que cumplir con mi obligación de artista... es decir, realizar el potencial de mi libro.

—Hablas y actúas como un cura o un jodido rabino. ¿Por qué te tomas tan en serio eso de escribir?

—¿Tú no?

—Tal y como tú lo haces me hace sentir náuseas. —Bill empezó a gritar—. Me has hecho polvo, me has jodido todo el placer que encontraba al escribir.

Aquella noche trasladó un colchón manchado de orines al lugar donde trabajaba para poder dormir si se le hacía tarde.

He aquí a Lesser que se divierte en Harlem.

Le había pedido a Willie que le acompañara a un restaurante para cenar a la negra, con costillas a la brasa, col y salchichas y pastel de boniato, pero Willie había dicho que era imposible, realmente imposible, y así Lesser se había dejado caer solo en la Soul City. Se ve a sí mismo caminar por la Octava cerca de la Ciento treinta y cinco, vagar solitario por el ancho mar oscuro, aunque el lugar está lleno de muchas barquitas de velas brillantes y de pájaros de colores, hermanos y hermanas negros de todos los matices y formas. En fin, está agradablemente caminando, sin pensar siquiera en escribir, enamorado de los suspiros y de los sonidos de esa exótica pequeña ciudad en un día caluroso y soleado, esperando que alguien, hombre o mujer, joven o viejo, le diga, como se solía decir en un pasado no demasiado remoto: «Paz, hermano. La paz sea contigo». Pero nadie lo hace. Aunque esta gruesa mujer vestida de rojo con una gallina muerta de ojos abiertos en la red de la compra se ríe roncamente porque Lesser, quitándose el sombrero de paja, le desea paz y prosperidad para este y el próximo año. Los otros transeúntes lo ignoran o le

dirigen palabras despectivas:

Exhibicionista.

Espía blanco.

Goldberg en persona.

Un extraño es aquel a quien llaman extraño. Lesser, mientras se declara inocente, traza rápidos planes para escapar.

En este momento, Mary Kettlesmith, con una minifalda naranja de punto que pone de manifiesto sus muslos desnudos perfectamente proporcionados, llega contoneándose en compañía de Sam Clemence, un tipo mefistofélico con una túnica amarilla, que si bien escucha atentamente todo lo que dicen, bien poco tiene que ofrecer.

— ¿Haces fiesta esta noche? — pregunta Mary a Lesser en tono amistoso.

— Sí. Tengo necesidad de descansar. Trabajar demasiado pone en tensión.

— ¿Vas a la caza de algún coño negro?

— No me desagradaría — dice Harry.

— Enséñame el color de tus verdes.

Sam asiente con la cabeza.

¿Dinero? Lesser palidece. Esperaba que le invitaran por amistad y por afecto.

Sam hace saltar la hoja de la navaja de muelles y mango de nácar, mientras Lesser, sentado ante su mesa de la Treinta y uno, cerca de la Tercera, aparta de sí el sueño y vuelve a moverse solitario entre sus frases.

A pesar de que sólo hacía una hora que Bill había cogido su máquina de escribir para pasar otro largo día aporreándola, Harry oyó, y sintió, un puntapié en su puerta una tétrica mañana de febrero y, maldiciendo su destino, abrió esperando encontrarse con la negra cabeza de Bill, pero el pie descomunal que se apoyaba en el umbral y los fríos ojos que toparon con los de Lesser pertenecían sin duda al rostro pálido de Levenspiel.

—¿Quién es ese gorila que está en el antiguo piso de Holzheimer? ¿Un amigo suyo?

—¿A qué gorila se refiere?

—No se haga el tonto, Lesser —tronó el casero—. He encontrado una máquina de escribir en la mesa de la cocina. Y también una manzana mordisqueada. Y en el dormitorio hay un colchón que huele a meados. ¿Dónde está escondido?

Lesser abrió la puerta de par en par.

Levenspiel, con la mano regordeta apoyada en la jamba de la puerta, vaciló.

—Le creo, pero dígame, ¿quién es ese hijo de puta?

—Va y viene. No le conozco.

—Es un escritor o algo parecido. He leído un par de páginas hechas una pelota que estaban por el suelo. En una habla de un niño de Harlem. ¿Quién es? ¿Un negro?

—No sé.

Levenspiel hizo una mueca.

—Quien quiera que sea está violando una propiedad privada. Dígale que lo echaré a patadas.

Lesser le dijo al casero que estaba violando su tiempo privado.

Levenspiel, sin quitar el pie del umbral, ablandó la voz.

—¿Cómo va el trabajo?

—Así, así. Demasiadas interrupciones.

—¿Le interesarían mil quinientos dólares si se los ofreciera, Lesser? Acéptelos, son oro puro.

Lesser dijo que lo estudiaría. Levenspiel, con un suspiro, retiró el pie.

—No quiero repetirle mis problemas.

—No se moleste.

—No puede imaginar lo que tengo que aguantar con tres mujeres enfermas a mis espaldas. Usted es un escritor, Lesser. Usted sabe apreciar esas horribles jugarretas de la vida, tan *yoishe*, de todos modos. Por Dios, no puedo seguir así por siempre. No soy tan mala persona. Se lo pido por favor, *yoishe*.

—Estoy escribiendo lo más aprisa que puedo. Si me presiona, me fastidia.

—¿Cuál es entonces su última palabra?

—La última será cuando me mude. Busco un final que no encuentro. Tal vez es una suerte, quién sabe. Entonces Levenspiel dijo, con voz dura:

—Diga a su amigo negro que volveré con un policía.

—Dígaselo usted —Lesser cerró la puerta.

Esperó los puñetazos. En cambio oyó golpear la puerta antiincendio. Salió al rellano, y escuchó hasta que los pasos del casero se desvanecieron escaleras abajo.

Fue al habitáculo de Bill. Vio con satisfacción que la L. C. Smith, con un folio, sin palabras, de color de huevo, en el carro, estaba allí, monumental, sobre la mesa. Sin duda su peso había retenido a Levenspiel de transportarla por cinco pisos, pero estaba claro que mandaría a alguien a buscarla.

Harry trasladó la máquina a su apartamento y la depositó con cuidado en la bañera. Volvió para buscar el manuscrito, pero no había ninguno. Recogió la resma de papel nuevo, la caja de clips, la goma, los cabos de lápiz y se metió en los bolsillos los folios hechos una pelota que parecían enormes flores amarillas sobre el suelo. Lesser volvió a su estudio y cogió la pluma estilográfica. Bill llamó a la puerta, con la cara sombría.

—He salido a comprar una cinta para la máquina. ¿Quién ha tocado mis cosas? ¿Has sido tú?

—Sí. Levenspiel ha descubierto tu madriguera y se ha ido a buscar un policía.

—¿Para qué coño? ¿Qué mal le hago?

—Allanamiento.

—¿En este antro maloliente?

—Ya tenía un escritor que sacudirse de encima. Ahora tiene dos. Además, hay otro delito: tú no pagas alquiler.

—Asqueroso judío.

—Deja estar ya a los judíos, Willie.

—Bill es el nombre de mi nombre, Lesser —dijo el negro con los ojos que se le estaban inyectando.

—Okay, Bill. Pero deja ya a los judíos.

Bill miró por la ventana. Se volvió hacia Lesser con la frente fruncida.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Quedarme aquí —sugirió Lesser—. El coche de Levenspiel está todavía aparcado al otro lado de la calle. Como tienes la máquina de escribir aquí, ¿por qué no sigues en lo tuyo mientras yo sigo lo mío? Utiliza la mesa de la cocina. Yo cerraré la puerta entre los dos.

—Me preocupan mi mesa y mi silla. No quisiera complicaciones ahora que mi libro empieza a marchar. Hoy hubiera trabajado muy bien si no se me hubiera roto la cinta.

Se oyó el ruido de la puerta antiincendio y después voces en el rellano.

Lesser aconsejó a Bill que se escondiera en el cuarto de baño.

Bill, con los tendones del cuello tensos, le repuso:

—No, yo no me escondo en ninguna parte.

Lesser le susurró que había pensado trasladar la mesa y la silla a otro apartamento, pero que después se le había ocurrido que Levenspiel habría buscado los muebles y los hubiese encontrado sin duda.

—También he pensado subirlos a la azotea.

—Te estoy muy agradecido, Lesser.

—Somos escritores, Bill.

El negro asintió con la cabeza.

Una porra perfectamente reconocible golpeaba la puerta.

—Abra en nombre de la ley.

El escritor abrió la puerta.

—El timbre aún funciona —recordó a Levenspiel. Preguntó al policía qué quería.

—Es un asunto legal —dijo el casero—. Hemos destrozado los muebles que su amigo tenía en el apartamento ocupado ilegalmente, pero sé que usted tiene la máquina de escribir que he visto, Lesser.

—Me imagino que se sentirá orgulloso de sí mismo.

—Mis derechos son mis derechos, aunque hoy día un casero tiene pocos en esta maldita ciudad. No creo que deba presentarle ninguna excusa, Lesser. Ahora voy a registrar toda la casa de arriba abajo y si no localizo al negro en ninguna parte, es que está aquí.

—Traiga una orden de registro si quiere entrar.

—La traeremos, se lo juro, la traeremos —dijo el joven policía.

Media hora después, mientras Bill estaba tumbado en el sofá con las manos entrelazadas detrás de la nuca, el escritor vio desde la ventana de su estudio que Levenspiel se marchaba con su Oldsmobile. El policía permaneció al otro lado de la calle durante diez impacientes minutos, después consultó el reloj, echó una ojeada a la ventana de Lesser, desde donde éste lo espiaba tras la persiana verde bajada, bostezó y se fue lentamente. Bill y Lesser se precipitaron al otro apartamento. Cuando vio su silla y su mesa destrozadas —habían roto la silla y arrancado las patas de la mesa— y el colchón desgarrado, Bill, con los labios y las mandíbulas apretados, temblando, se secó los ojos con la mano. Lesser, respetuoso de su

intimidad, volvió a su mesa, pero estaba demasiado alterado para trabajar.

Más tarde preguntó a Bill qué planes tenía.

—No tengo ningún jodido plan —dijo amargamente—. Mi chavala y yo hemos peleado y no pienso volver por allá, al menos por el momento.

—Trabaja en mi cocina mañana —ofreció Lesser, superando su reluctancia indígena—. O si tienes claustrofobia, podemos poner la mesa en el cuarto de estar.

—Si insistes... —dijo Bill.

Lesser durmió mal aquella noche. Lo que me faltaba: un huésped eterno. ¿Qué extraña maldición pesa sobre mi libro que nunca puedo encontrar las condiciones adecuadas para terminarlo?

Pero por la mañana ya tenía decidido lo que tenía que hacer: debía encontrarle a Bill otro lugar para trabajar. Se desayunaron. Bill, aunque desconsolado, devoró tres huevos, una lata de sardinas y dos tazas de café con dos panecillos, mientras Lesser tomaba un plato de avena y una taza de café solo. El escritor sugirió ir a alguna tienda de muebles usados de la Tercera Avenida para comprar las pocas cosas que necesitaba Bill.

—No tengo un céntimo, amigo. Esta es una de las cosas por las que hemos peleado Irene y yo. Han aplazado su nuevo espectáculo y, aunque su padre tiene el dinero a paladas, ella no hace más que refunfuñar y joderme diciéndome que por qué no encuentro trabajo. Yo le he dicho: Mira niña, yo tengo que empezar mi nuevo libro y no me importa quién es el que da el callo, pero te aseguro que no voy a ser yo a costa de mi libro. Luego le he dicho que si ella no tenía confianza en mí, me buscaba otra.

—Deja estar el dinero. Todavía tengo algo en mi cuenta corriente.

—Eso es muy amable, Lesser, pero ¿podemos correr el riesgo de meter otra mesa y otra silla en este lugar después de lo que ha pasado? ¿Y si esos idiotas vuelven otra vez?

Lesser reflexionó.

—Esperemos un día o dos. Mientras tanto, tú trabajas aquí y yo en mi mesa.

—De acuerdo.

Dos difíciles días más tarde, como ni Levenspiel ni el policía habían vuelto a la carga, compraron para Bill una mesa de madera sin pulir, una silla negra y sólida de asiento de rejilla, un catre plegable y una lámpara de pie pasada de moda, llena de borlas, con la base de mármol. Lesser intentó convencerle de que se trasladara uno o dos pisos más abajo, pero Bill no quiso porque más abajo no había vista.

—¿Y qué vista tienes aquí?

—Me gusta contemplar los tejados, chico.

Sin embargo, estaba dispuesto a trasladarse al otro lado del rellano, al piso que había sido de Mr. Agnello y donde a veces el retrete funcionaba.

Subieron los muebles nuevos por la noche, con la ayuda de Sam Clemence y de un amigo suyo, Jacob 32, un tipo modesto, dijo Bill, aunque Lesser se sentía incómodo en su presencia. Jacob 32, que tenía los ojos huidizos y llevaba un bigote como dibujado a lápiz, se sentía incómodo en presencia de Lesser.

Barrieron y fregaron las habitaciones con la escoba de Lesser y una bayeta mojada. El escritor regaló además a Bill una vieja manta para que se tapara.

Por la tarde del día siguiente encontraron un aviso escrito a máquina pegado en la puerta de Holzheimer: ¡PROHIBIDA LA ENTRADA BAJO PENA DE ARRESTO! ¡IRVING LEVENSPIEL, PROPIETARIO!

Por fortuna el casero no había inspeccionado el apartamento de Agnello. Pero después de eso, Bill, preocupado por sus nuevos bienes, aceptó trasladarse más abajo, a un apartamento no demasiado malo del cuarto piso en el ángulo opuesto al de Lesser. Entre él y el escritor trasladaron los muebles. Bill escribía allí afanosamente todos los días, incluso el domingo, pero al cabo de una semana Irene y él hicieron las paces y Bill volvió al apartamento de ella, aunque sólo los fines de semana.

—Yo creo que me concentro más si no la veo durante la semana —le dijo Bill a Harry—. Ya tengo montado el primer capítulo. Si ves gato quieres gato, aunque ahora Irene se pasa el día meando y eso tampoco es un gran problema.

—¿Meando?

—Tiene cistitis y mejor es no tirársela, porque de lo contrario se te meten los microbios en el cuerpo y empiezas a mear tú también.

—¿De verdad?

—Así dicen. Irene padece de eso de cuando en cuando. Lo tiene desde niña. Además tiene muchas otras cosas y uno debe cargarse de paciencia porque es así y no hay nada que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cuando la conocí era una chica que estaba como una chota. No tenía nada en que creer. Yo la enderecé y le di un ejemplo, mi fe en mi modo de ser negro.

—¿Y en qué cree ahora?

—En mí más que en ella misma. Y algunas veces en Dios, en el que yo no creo.

No dijo nada más sobre Irene.

—Escribo mucho —dijo a Lesser. Llevaba unas pesadas gafas azuladas de montura metálica y se había dejado crecer un espeso bigote que hacía juego con la perilla.

Bill había clavado con chinchetas en la pared de su cocina-estudio fotos de W. E. D. Du Bois, Malcolm X y Blind Lemon Jefferson. No era aquel mal sitio para trabajar, pensó Lesser, aunque era un lugar más desolado y peor iluminado que el piso superior. En la luz había una aguada de sombra.

A pesar de que Lesser temía que Levenspiel no tardaría en descubrir los nuevos muebles de Bill, dejó una botella con seis claveles rojos y blancos en una estantería de su nuevo estudio.

«Buena suerte para tu nuevo libro», escribió con grandes letras en una hoja de papel de escribir a máquina. En parte dejaba aquellas flores por el peso que se había quitado de encima al abandonar Bill su apartamento. Le parecía que hacía un siglo que no trabajaba.

Bill, turbado acaso por los claveles, no dijo nada que pudiera parecerse a unas gracias, si se exceptúa que en una ocasión hizo notar que tal vez en la sangre

de Lesser podía haber una gota de sangre negra.

¿Acaso en el pasado babilónico un esclavo negro se había tirado a una puta blanca de la tierra de Israel?

Bill insistió en que Lesser leyera el primer capítulo de la novela que acababa de empezar. Lesser le dijo que todavía no, pero Bill opinaba que eso le ayudaría a saber si había empezado bien. Dijo que era un libro completamente nuevo, aunque hubiera algunas cosas tomadas del otro, escenas trasladadas del Mississippi a Harlem, donde se desarrolla la mayor parte de la acción. Bill pidió a Lesser que leyera el capítulo en su presencia. Se sentó en el sillón de Harry, se limpió las gafas y se puso a contemplar un periódico que tenía sobre las rodillas, mientras el escritor, fumando cigarrillos en cadena, leía en el sofá. Una vez Harry levantó la vista y vio que Bill sudaba a mares. Leía aprisa, con la intención de mentir si no le gustaba el capítulo.

Pero no tuvo que hacerlo. La novela, titulada en principio *Libro de un negro*, empezaba con la infancia de Herbert Smith el cual al principio del capítulo tenía cinco años y al acabar nueve, aunque en realidad era ya un viejo. Nadie hablaba con él salvo una vieja blanca que lo vio sentado en la acera desde su ventana del piso bajo.

— ¿Quién eres, pequeño? ¿Cómo te llamas?

El niño calló.

Por la tarde la mujer blanca aquella que olía a rancio, salió de la casa y se llevó al niño de la mano hasta la comisaría.

— Este niño se ha perdido — dijo.

El niño no quería contestar a los esbirros blancos que le hacían preguntas. Finalmente llamaron a un policía negro para que tratara de saber de dónde venía.

— ¿Eres mudo, chico?

El niño meneó la cabeza.

— Entonces habla y dime de dónde vienes.

El policía negro le trajo un vaso de leche para que lo bebiera, luego metió al

niño en su coche y lo llevó a Harlem. Fueron de calle en calle y el policía preguntaba a la gente que estaba sentada a los portales si conocían al niño. Nadie lo conocía. Finalmente, una mujer gorda, que se abanicaba aunque hacía frío, dijo que sí. Les condujo dos manzanas más arriba, hasta la casa donde dijo que el niño vivía.

— ¿Vives en esta casa? — preguntó el policía.

— Claro que sí — dijo la mujer gorda.

El niño no decía nada.

— Desde luego eres un bicho — dijo el policía —. Si fueras hijo mío te ponía el culo hecho un cuadro.

En un apartamento del último piso encontraron a la madre, borracha en la cama. Estaba desnuda, pero no se tapó.

— ¿Es este su hijo?

La mujer volvió la cabeza y se echó a llorar.

— ¡Le he preguntado si este es su hijo!

Ella asintió y siguió llorando.

El policía dejó al niño y se fue.

La mujer lloraba.

El niño embadurnó una rebanada de pan con tocino rancio y se fue a la calle a comérsela.

En la última parte la madre recibe la visita de un hombre que va a verla un día sí y otro no.

...Era un blanco que pretendía hablar como los negros. Le gustaba hacerlo, aunque aquello de negro no tenía nada. No procedía del sur, sino de Scranton, Pa. Venía a ver a mamá porque ella le cobraba sólo un dólar y no le costó mucho conseguir que lo hiciera gratis. Y mamá hacía todas las cosas que él quería. A veces él nos dejaba en la mesa un paquete de pan de molde o una lata de peras y de guisantes o de confitura. Recuerdo que una vez nos dejó una lata de tomate y.

mamá lo untó en el pan y me lo dio para que lo comiera. Algunas veces le traía también un par de paquetes de Lucky Strike. Mamá tenía unos veintisiete años entonces y yo nueve. En la calle, a aquel tipo lo llamaban «Rubber Dick». Era un blanco alto y flaco con las piernas largas y una gran polla. Le gustaba sacársela y enseñármela para asustarme. Yo lo odiaba y a veces pensaba matarlo con mi tirador, pero luego me daba miedo. Pedí a mi madre que le dijera que no entrara en casa, pero ella me dijo que no le desagradaba que le hiciera compañía.

— ¿Viene esta noche? —le pregunté.

— A lo mejor sí.

— Espero que se muera antes de llegar. Lo mataré si pone los pies en este cuarto.

— Te lavaré la boca con jabón si vuelves a decir esas cosas.

— No me avergüenza decirlas.

— Me trata bien. La semana pasada me compró un par de zapatos preciosos.

Yo sabía que no le había comprado ningún par de zapatos.

Me fui de casa, pero cuando volví para cenar algo, él estaba allí, fumando un Lucky.

— ¿Dónde está Elsie? —me preguntó hablando como un negro. Yo le dije que no lo sabía.

Me contempló como si quisiera hipnotizarme y se sentó en la cama con una sonrisa de mierda en los labios.

— Pues la espero.

Yo estaba mareado de miedo y me parecía que si me hubiese movido me habría cagado en los pantalones. Quería que mi madre volviera en seguida. Si volvía, no me importaba lo que hicieran juntos.

— Ven aquí, chico, y desabróchame los pantalones.

Dije que no quería.

—Mira, aquí tienes una monedita de diez centavos que puede ser tuya.

No me moví.

—Y aquí tienes otra de veinticinco centavos. Ahora desabróchame los pantalones y el dinero es tuyo. Las dos monedas.

—No te la saques, por favor —le dije.

—No lo hago si me demuestras que eres capaz de abrir la boca y de ocultar los dientes así.

Y me enseñó cómo se hacía.

—Lo haré si dejas de hablar como los negros.

Él dijo claro que sí pequeño mío y también que yo era muy listo y que me quería mucho.

Volvía a hablar como un blanco.

Lesser dijo que era un capítulo muy fuerte y elogió cómo estaba escrito.

—¿Cómo es la forma?

—La forma es buena y está bien escrito. —No dijo más, tal como habían convenido.

—De acuerdo, amigo. Esto es literatura negra fuerte.

—Está bien escrito y llega directo al corazón. Es todo lo que puedo decir por ahora.

Bill dijo que en el próximo capítulo quería adentrarse en la conciencia negra del niño, en donde había ya ansias de deseo y de destrucción.

Vivió aquel día en un estado triunfal como si estuviera drogado.

Aquella noche, los dos escritores, con sendos vasos llenos de vino rojo, hablaron de lo grande y hermoso que era ser escritor.

Lesser leyó en voz alta una frase que había escrito en una agenda: «Cada día

estoy más convencido de que, después del bien actuar, escribir bien es la cosa más importante del mundo».

—¿Quién dijo eso?

—John Keats, el poeta.

—Tipo simpático.

—Y aquí hay una de Coleridge: «Nada puede gustar permanentemente si no contiene en sí mismo la razón por la que es así y no de otra manera».

—Cópiamela, chico.

Deprimido, en una mañana inútil, falto de confianza en sí mismo como escritor, cosa que le ocurría a veces, Lesser estaba, poco antes de mediodía, en el Museo de Arte Moderno ante un cuadro que representaba una mujer, pintado por un viejo amigo suyo pintor que había muerto joven.

A pesar de haber estado sentado ante su mesa durante horas, aquel día, por primera vez en más de un año, Lesser había sido incapaz de escribir una sola frase. Era como si el libro le exigiera que dijera más de lo que sabía; no podía hacer frente a sus despiadadas exigencias. Cada palabra pesaba como una roca. Cuando uno lleva diez años escribiendo un libro, el tiempo añade tiempo a cada palabra; pesan como rocas. El peso de esperar el final, de convertirse en libro. Por mucho que luchara por proseguir, el pensamiento y las decisiones se le resistían; Lesser sentía que la depresión se posaba en su cabeza como un cuervo enfermo. Cuando no conseguía escribir, dudaba de su propio yo y esta duda se manifestaba con reservas sobre la calidad de su talento y entonces se preguntaba si sería talento real o una mera ilusión que él había mantenido para seguir escribiendo. Y cuando dudaba de sí mismo no podía escribir. Sentado ante la mesa bajo la brillante luz de la mañana, mientras hojeaba las páginas escritas el día anterior, le habían entrado ganas de vomitar: lenguaje, forma, su plan, su finalidad. Aquel maldito, incompleto, interminable libro, lo mareaba. La disciplina de escribir, la vida totalmente entregada y en última instancia limitada del escritor. No era necesario que fuera así, pero para Lesser así era. «¿Qué he hecho conmigo mismo? Ya no veo ni siento, si no es en palabras. He suprimido la vida». Así, de mala gana, se había tomado una mañana libre y se había ido a pasear bajo el sol de febrero. Lesser, mientras caminaba, intentaba apartar aquellos pensamientos de su mente. Llamaba a su infelicidad «depresión» e intentaba salir del paso así. Porque a pesar de que en

aquel momento era reacio a cualquier cosa relacionada con la literatura, no podía olvidar que lo que más ansiaba era escribir un buen libro.

Era una tibia jornada fría de nieve en fusión, y Lesser vagaba sin dirección precisa hacia los barrios altos, fingiendo no pensar en su trabajo, mientras la desesperada verdad era que seguía garrapateando en su cabeza, sin ningún resultado. A pesar de que no era cojo, caminaba con dificultad. Veía también con dificultad, sin que su mirada neblinosa acertara a enfocar nada con precisión. Algo le falta, el principio de un final. Piensa en un arreglo, un compromiso, una conclusión no tan perfecta. ¿Quién iba a darse cuenta de la diferencia? Pero cuando consigue superar el malestar y se ve de nuevo ante su mesa, escribiendo, no logra imaginar más que un final satisfactorio, el final preciso para que el libro tenga la bondad que debe tener. Como quiera que sea, Lesser, al cabo de doce manzanas, admite que cualquier cosa que sea lo que le aflige no es una enfermedad incurable. Un hombre tiene derecho a sentirse momentáneamente harto. Para espantar de su cráneo aquel pájaro vomitante, disipar el desconsuelo que le impide trabajar, no tiene más que volver a su mesa y sentarse con la pluma en la mano; sin preguntar qué le dará o le dejará de dar lo que escribe. De acuerdo, no es la totalidad de la vida, pero ¿quién es capaz de contener la totalidad de la vida entre las manos? El arte es una esencia, no la esencia de todo. Mañana será otro día. Termina el libro y el día siguiente llegará lleno de dones. Si volvía a trabajar, tranquilo, calmado, aquel misterioso final, cualquiera que fuera o pudiese ser, llegaría solamente mientras trabajara. Dios mío, aquí está, en el papel. No podía imaginar que llegara de otro modo. Ningún ángel se introduciría volando en su habitación con un rollo de pergamino para revelarle el misterio que encerraba un pan o estaba oculto en una *mezuzah*. Un día escribiría una palabra, otro otra, y al tercero, el final.

Pero Lesser, cuanto más vagaba por las calles invernales, menos ganas tenía de volver a su casa, y al fin decidió dejar de torturarse y tomarse un día libre. Poco le importaba que fuera una fiesta obligada. No podía hacer, quién sabe por qué oculta razón, aquello que más le importaba hacer, lo que debía hacer en aquel momento, porque esencialmente el trabajo estaba hecho. ¿No había inventado acaso todos los pasos que conducían al final? No tenía más que elegir el final justo y escribirlo de una vez y para siempre. Tal vez necesitaría un último retoque. Entonces, cuando el libro estuviera listo, podía reconsiderar su vida y decidir qué cantidad de futuro quería invertir en la literatura. Algo menos del tiempo y el esfuerzo que había invertido hasta entonces. Le pesaba la soledad. Tenía barruntos de matrimonio, de hogar. Quedaba todo el resto de la vida para vivir. Incierto, pero posible, pensándolo un poco. Harry se prometió a sí mismo que después de terminado el libro tardaría por lo menos un año en empezar otro. Y el próximo le

tomaría tres años, no siete, no más. Bueno, perfectamente, el futuro está arreglado y ahora ¿qué haces con un día libre? Como hacía meses que no entraba en una galería a ver cuadros, Lesser, en la calle Cincuenta y dos, se encaminó hacia el Museo de Arte Moderno y después de vagar por las salas de la colección permanente sin mirar de veras —le costaba concentrar la atención—, se detuvo, en la última sala, ante la abstracta y fragmentaria «Mujer» de su viejo amigo.

Lazar Kohn, un tipo indescifrable, había sido amigo de Lesser una corta temporada, cuando ambos tenían algo más de veinte años. Su éxito había sido demasiado prematuro para que su amistad pudiera continuar, cuando el futuro escritor se odiaba a sí mismo por no haber empezado todavía. Al cabo de un tiempo, Kohn dejó de verlo. Lesser, decía, le estropeaba el placer de su triunfo. Cuando apareció la primera novela de Lesser, Kohn estaba en el extranjero. Cuando publicó la segunda, Kohn había muerto. Una noche de lluvia había chocado con la motocicleta contra un gran camión en Hudson Street. Decían que últimamente su obra había bajado de calidad. Ahí estaba su cuadro, verde y naranja. Una mujer que intentaba completarse a sí misma mediante su propia voluntad, tal como la deseaba el pintor. De lo contrario no era más que la apariencia de un rostro y un cuerpo que intentaba abrirse paso a través de una selva de pinceladas.

Aquel retrato de mujer —Lesser había conocido a la modelo en una reunión, pero no había logrado nada de ella— nunca había sido terminado. Kohn había trabajado en él durante años y luego lo había abandonado. Lesser lo sabía porque se lo había dicho la modelo que había sido la amante de Kohn. El pintor, después de todo su trabajo, de la inseguridad, la desesperación de no lograr lo que quería, había vuelto hacia la pared la tela inacabada; se le escapaba. «Trabajas como siempre, pero en este cuadro, por razones que no puedes explicar ni imaginar, aparte de que te importa mucho hacer una cosa lograda, no lo consigues. Ella no es como esperaban que pudiera ser. Quienquiera que ella sea yo no lo sé ni quiero saberlo ya. Que la joda el tiempo, yo no puedo». Pero los amigos que habían visto el retrato en el estudio de Kohn, en sus varios aspectos y colores, decían que el pintor «lo había logrado» a pesar de sí mismo, tanto si lo creía como si no. Como arte era algo realizado, completo, aunque fuera incompleto como sujeto, como concepción final. Como quiera que fuese, se trataba de Lazar Kohn, que era un pintor ilustre. Sus amigos le persuadieron a que enviara el cuadro a su galería para venderlo. El museo lo había comprado para galería para venderlo. El Museo lo había comprado para colgarlo en su colección permanente.

Aquel cuadro tuvo la virtud de acentuar el abatimiento de Lesser.

¿Por qué Kohn lo había abandonado? Tal vez, él como época había querido decir más de lo que podía, algo que en aquel momento no podía decir. Podía haberlo dicho después del accidente, si hubiese sobrevivido. O tal vez no había sido capaz de separar la mujer de lo que realmente era ella, y ella, como persona, había sido más ¡fuerte que su arte. Acaso Kohn no había podido inventar más allá de ella. Tal vez ella no era sino la mujer incompleta de un hombre incompleto, porque así son el mundo, la vida, el arte. «No puedo darte más de lo que te he dado —hacer de ti más de lo que eres—, porque, por el momento, no tengo más que dar y no quiero que nadie lo sepa, y yo el que menos». ¿O acaso la intención del pintor era completarlo abandonándolo, porque el abandono o su imagen eran en aquel momento un modo de completar? Paz para Valéry. En pintura, pensó Lesser, se puede dar el último toque, echar la suma, tanto si la obra está hecha como si no, porque al final (¿al final?) cuelgas la tela objeto en la pared y no hay ningún cartel que diga: «Abandonado. Vuelvan mañana para la continuación». Cuando un cuadro está colgado es que está hecho, a pesar de lo que piense el pintor.

Pensando en su propio trabajo, lamentando no haber podido hablar nunca de él con Kohn, Lesser reflexionó que si no podía rematar su novela —aquello esencial que le faltaba—, el final —una acción, una apariencia o incluso una promesa de resolución, es decir, una forma no lograda—, aquella no sería una obra de arte completa, no merecería ser un libro y él mismo la destruiría. Nadie le leería, a excepción de los que ya lo habían hecho, es decir, aparte de él, algún vagabundo que hubiera pescado algunas páginas de un borrador anterior en el cubo de la basura frente a la casa, curioso de saber qué decían aquellas palabras. Lesser entonces se juró, como solía hacer, que nunca abandonaría su novela, nunca, por ningún motivo; ni que nadie, bueno o malo, Levenspiel o Bill Spear, por ejemplo, ni ninguna mujer blanca o negra, le persuadiría a abandonarla, o a decir que estaba terminada antes que de verdad lo estuviera.

No tenía más alternativa que llevar su libro hasta su inevitable y perfecto final.

¿Alguien lo niega?

Mientras Lesser sale de la galería preguntándose qué pasaría si se fuera a casa y cogiera la pluma, una mujer negra, con un sombrero azul, deja caer un espejo de su bolso de paño y el espejo se hace pedazos contra el suelo del vestíbulo. Una muchacha, cubierta con una voluminosa capa negra forrada de seda, sale del lavabo de las señoras y se aleja apresuradamente. Lesser se detiene, recoge un gran fragmento triangular del espejo y se lo tiende a la mujer. En él se ve reflejado, sin

afeitar, tétrico, desvaído. Es porque no escribe. La mujer negra escupe en el fragmento de espejo que Lesser le ha dado. Lesser retrocede. Se precipita por la calle tras la muchacha de la capa. Ha pensado muchas veces en ella, a veces escribiendo.

— *Shalom* —le dice por la calle.

Ella le mira extrañamente, fríamente.

— ¿Por qué dices eso?

Él vacila. Dice que no lo sabe.

— Nunca uso esta palabra.

Irene, mujer de extraño carácter, camina con botas sonoras por la acera enfangada hacia la Sexta Avenida. Lesser anda a su lado, sorprendido de hacerlo, aunque en su libro inventa fácilmente sorpresas de este tipo. Ella se mueve con los miembros sueltos, los pies ligeramente vueltos hacia dentro, y lleva un gorro de lana verde del que caen copiosamente los cabellos sobre la espalda. Sus complicadas arracadas tintinean débilmente.

Lesser está pensando en ella tal como era en su reunión: su falda corta y pesada y su blusa rosa, sus abultados pechos blancos, cuando le miró las piernas hasta la unión de los muslos. Recordaba aquel baile con Bill que no había conseguido interrumpir.

«Es la novia de un negro. Son una raza especial. Yo estoy yendo hacia la casa».

— ¿Tomamos un café? —pregunta Irene.

Él dice que bueno.

Se sientan a una barra. Ella sostiene la taza caliente con ambas manos para calentarse los dedos de uñas roídas. Tiene los ojos medio verdes y medio azules. Sus cabellos negros, a la luz del día son de un rubio de oro.

Lesser, mientras toman el café, espera como si ella tuviera que hacerle una confesión, pero ella calla.

Lesser intenta individualizar su perfume, pero el olor está oculto. Tal vez detrás de las orejas, acaso debajo de la larga capa o en las axilas sudorosas o entre los pechos o entre las piernas. Ha hecho un largo recorrido, pero no ha percibido el perfume de las flores. Ni gardenia ni jardín.

— ¿Tienes novia?

Le pregunta por qué se lo pregunta.

— En la reunión no tenías pareja.

— La última novia que tuve fue hace un año. Tuve otra el verano anterior. No tienen paciencia de esperar a que termine el libro.

— Willie dice que lo escribirás eternamente.

— Soy un escritor lento. Es mi modo de ser.

Ella sonrío amargamente.

— Vámonos — dice Lesser.

Suben por la Sexta hacia el parque, sucio de nieve derretida, con cercos oscuros de pálida hierba muerta en la tierra endurecida visibles bajo los árboles. Se detienen ante el bajo muro de piedra de la calle Cincuenta y nueve y contemplan el prado nevado. La realidad del parque es para Lesser menor, pequeña, estrecha, remota. El libro que está escribiendo es insoportablemente real en su pensamiento. ¿Qué estoy haciendo tan lejos de él? ¿Qué estoy haciendo aquí, en un día de trabajo, en el corazón del invierno?

— ¿No te ríes nunca? — dice ella—. Eres siempre mortalmente serio. Eso es culpa de tu jodido libro.

— Me río cuando escribo — dice Lesser—. Hoy no he escrito ni una palabra. Ahora tendría que estar escribiendo.

— ¿Y por qué no lo estás?

Lesser se ve a sí mismo abandonándola allí, junto al muro. Cruza la Quinta y enfila la Tercera. A mitad de Madison se detiene, porque experimenta una sensación de extravío. Qué estúpido soy, piensa. Retrocede hasta el punto donde ha

dejado a Irene. Cree que no estará allí, pero sí está. Está de pie ante el muro, con su larga capa, como un pájaro dispuesto a volar.

—¿Por qué tardas tanto?

Lesser dice que no quiere hablar de eso.

—¿Es aquel libro de amor que me dijiste?

—Siempre el mismo.

—He leído tu primera novela. Willie la sacó de la biblioteca y me la dejó cuando la hubo leído. Es muy buena. Mejor de lo que pensaba. La chica me recuerda a mí cuando yo tenía su edad. No me gusta. ¿Pensabas en alguna real?

Lesser dice que no.

Se sientan en un banco.

—Todos vosotros sois unos tipos muy susceptibles —dice Irene—. Cuando Willie tiene un libro entre manos, vivir con él es espantoso. Se enfada a cada momento. Es inaguantable.

Y de nuevo aquella sonrisita mientras se contempla los pies ligeramente vueltos hacia dentro.

—Ya le costaba bastante esfuerzo, pero ahora tú has empeorado las cosas. Le hirieron no sabes cómo tus críticas.

—No era mi intención herirlo.

—Dice que el libro no te ha gustado.

—Me gustan más las narraciones que la autobiografía. Son mucho más originales.

—No es sólo una autobiografía. Willie vino a Harlem desde Georgia con su madre y su hermana cuando tenía dieciséis años.

—Yo creía que era del Mississippi.

—Cambia de lugar de nacimiento cada vez que habla de eso. Yo creo que no le gusta recordarlo.

—Hay muchas cosas que no quiere recordar. ¿Ha estado en la cárcel?

—Dos años. Pero el libro, en su mayor parte, es inventado. Willie es un chico con mucha imaginación. Se divierte imaginado cosas. Tendrías que oírlo cuando empieza a hablar de sí mismo. Eso es lo que me gustaría encontrar en su libro. Y el que está escribiendo ahora ¿te gusta?

—Por el momento, sí —dice Lesser.

—¿Crees que es un buen escritor, es decir, que lo será?

—Lo es, pero muy irregular. Si se lo toma en serio, será bueno.

—¿Hasta qué punto? ¿Es que para ser escritor hay que romperse las narices como tú?

—No hay términos medios para ser un buen escritor.

—Willie no es persona de términos medios.

Lesser le pregunta cómo están ella y Willie en aquel momento.

Irene enciende una cerilla, pero luego se da cuenta de que no tiene el cigarrillo.

—¿Qué quieres decir?

—Se diría que estáis unidos, pero al mismo tiempo separados.

—Es una buena descripción.

—A mí poco me importa —dice Lesser.

—Si lo dices es que realmente te importa.

Lesser dice que le gustaría que le importara.

—No es que tu pregunta me moleste. Es que estoy pensando cómo contestarla.

—No lo hagas si no quieres.

—Willie y yo nos conocimos hace unos tres años, un año y medio después de dejar yo los estudios para intentar ser una actriz. No es que tuviera una gran vocación, sino que se me había metido en la cabeza ser actriz. Dios mío, entonces estaba yo como una cabra y pesaba mis buenos doce kilos más que ahora. No soy mala actriz, pero nunca doy el tono justo ni por abajo ni por arriba. Quiero decir que quería ser actriz para dejar de ser yo misma. Todo eso ha salido durante el análisis. No me conocía a mí misma.

—Sí, tienes pinta de actriz, pero también parece que nunca haces comedia.

—Antes, sí. Y mucho. En fin, el hecho es que hacer teatro era un medio para huir de mí misma. Era una chica desfasada, atraía a los hombres como moscas y estaba como dormida hasta que me empecé a despertar asustada.

A Lesser le parece que ha salido de casa aquella mañana sólo para oír a Irene hablar de sí misma.

—Durante un año hice muchos disparates, pero no importa. Conocí a Willie y empezamos a vernos. El que fuera negro me asustaba y me atraía a un tiempo. Le pedí que viniera a vivir conmigo. Estaba empezando a enamorarme de él y también quería saber si sería capaz de ser fiel a un hombre. En fin, Willie se vino a mi piso. No escribía tanto como ahora. Durante una temporada estuvo obsesionado por el problema de si debía dedicarse a la revolución o al *soul*, y creo que aún no lo ha solucionado. Solía escribir sólo cuando tenía ganas. Al principio fuimos mal, pero después empezamos a tratarnos mejor y a divertirnos. Además yo comencé a ;sentirme menos torturada. Muchas cosas dejaron de ser importantes para mí, como hacer teatro, por ejemplo, porque empecé a entenderme mejor y no quiero ser un medio para nada. Ya te he dicho que estoy en análisis, una cosa que hubiera sido incapaz de hacer antes de conocer a Willie.

—¿Le quieres?

Los ojos de Irene se enfurruñan de repente.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque estamos sentados aquí.

Irene arroja la cerilla a la nieve.

—No creo que, fuera de la gente negra, Willie quiera a otra cosa que no sea su trabajo. De lo contrario pienso que nos hubiéramos casado. Willie siempre ha tenido conciencia de su color, pero ahora mucho más. Cuanto más escribe, más negro se vuelve. Hablamos siempre mucho de raza y de color. Una blanca no es ya un bocado apetitoso para un negro, sobre todo si es activista. Willie ya no me deja que le coja la mano en público. Justo cuando pensaba que había una posibilidad de casarnos, él empezó a decirme: Te diré la verdad, Irene. Lo que estoy escribiendo no va muy de acuerdo con el hecho de vivir con una chica blanca. Yo le dije: Willie, haz lo que te parezca, yo ya no tengo energías. Se fue del piso por una temporada. Luego, una noche, llamó y volvió. Ahora viene sólo los fines de semana. Hasta que no se haya metido dentro del libro, dice.

Lesser calla. Lo que Irene le ha contado ha puesto en movimiento una especie de excitación dentro de sí. Siente en su interior un flujo de lenguaje, un ímpetu de palabras hacia una epifanía.

—¿Y tú? —dice Irene—. Yo te he hablado de mí.

Lesser se levanta con un gran deseo de escribir.

—¿Quieres que sigamos paseando? —pregunta Irene. Sus ojos son vagos, inseguros. Abre el bolso y hurga en él en busca de algo que no encuentra, tal vez un espejo. Lesser piensa en la «Mujer» de Lazar Kohn.

—Lo que ocurre cuando se quiere a un negro —dice Irene— es que a veces una se siente negra también.

En este caso búscate a otro.

El escritor dice que debe volver al trabajo.

Febrero se había echado a un lado para dejar pasar un aliento de hojas y de flores. Mañana sería otra vez invierno, pero ahora ese soplo de primavera torturaba a Lesser.

El escritor, solo, en aquella noche de finales de febrero, iba hacia la parte baja de la ciudad por la parte oriental de Lexington y la única razón que tenía para hacerlo era que la noche anterior había ido hacia la parte alta y por el lado opuesto. Oyó unas carcajadas al otro lado de la calle y reconoció, entre el flujo de la muchedumbre, a Bill Spear e Irene Bell. Iban a la cabeza de una pequeña comitiva en medio de la muchedumbre de la noche del viernes que caminaba por la acera.

Les seguía Sam Clemence y detrás de éste otros cuatro negros por parejas: un hombrecillo bien vestido que llevaba un sombrero de terciopelo negro de anchas alas con una mujer, cubierta de pieles y de piel clara, de su brazo, después dos tipos de barba acerada con abrigos largos, uno con una flauta metida en la funda y el otro con un bongo, que tocaba mientras andaba. El del bongo llevaba un espadrapo en la nariz.

Lesser conocía a cuatro de los tres y al oír sus risas sintió que se apoderaba de él un gran deseo y se puso a seguirlos. Al ver a Irene y a Bill divirtiéndose juntos, sus sentimientos cambiaron, el deseo se convirtió en un vacío corrosivo, intensificado por la sensación de vergüenza de sentir lo que estaba sintiendo. ¿Cómo podía sentir celos de ellos? «¿Cómo es posible si no hay nada de que pueda sentirme celoso y, que yo sepa, no soy un tipo así?». Al recordar que ya había experimentado algo similar la primera vez que había visto a Irene en su fiesta, una sensación que iba algo más allá del deseo mezclado con la pena de no haberla conocido antes que Willie, Lesser se sintió invadido por una ansia tan extraña que tuvo que detenerse un instante y apoyarse en un farol.

Desde el otro lado de la calle, cerca de una tienda de flores, Bill lo divisó y le gritó:

—¡Eh, Lesser, ven aquí! ¡Estoy con gente estupenda!

Lesser, luchando por superar su confusión, le saludó con la mano y bajó a la calzada para tratar de abrirse camino entre el tráfico, mientras los negros e Irene lo contemplaban, interesados por ver si lo lograba. Finalmente lo logró procurando esconder aquella desagradable excitación, intentando no ponerla de manifiesto ante Irene, la cual, distante, lo estaba observando con ojos en los que parecía reflejarse el esfuerzo de saber por qué había aparecido o acaso quién era él.

«Si eres capaz de bañarte en un Helesponto vacío, ¿qué estás intentando contarte a ti mismo o a otro cualquiera?».

—Vamos a una fiesta en casa de Mary —dijo Bill—. ¿Por qué no te agregas?

Lesser dijo que bueno.

—Pues agrégate.

—¿Por qué ese blanco? —preguntó Sam a Bill lo bastante alto para que Lesser lo oyera.

—Porque ha escrito un libro cojonudo y tú estabas presente cuando me dio la pasta para comprarme los muebles.

—Hala, vamos —gritó.

Ninguna pareja le hizo sitio y Lesser prefería no ir con Sam, así que se puso a la cola hacia casa de Mary. Conocía sólo a uno de los cuatro que iban delante de él, al tipo que caminaba con la mujer de piel más clara, Jacob 32, el cual le saludó brevemente con la cabeza, los ojos entornados. Los otros lo ignoraron, pero Lesser se sentía contento de estar con ellos, aunque fuera solamente el furgón de cola. Los celos anteriores habían desaparecido y ahora gozaba de la promesa primaveral de aquella noche de febrero.

Mary vivía en un desván, pintado psicodélicamente, en compañía de una amiga suya que era ilustradora. Dijo que se alegraba de ver a Lesser. Lesser se alegraba de ver a quien se alegraba de verlo.

—Creí que habrías venido a verme un día —dijo Mary— ya que vivimos tan cerca. Mi número está en la guía.

—La otra noche lo pensé, pero luego me acordé de ese olor que te molestaba.

—Oh, aquella noche estaba sonada —dijo ella riéndose y tocándole el brazo—, no debías de haberte echado atrás.

—Y ahora ¿estás sonada?

—Procuro no tocar la hierba. Si fumo, me deprimó.

Mientras le hablaba le miraba a los ojos.

—¿Te gusta Irene? Te la comes con la vista.

—Es la novia de Bill.

—La miras con ojos de buey degollado.

—Es por la minifalda. Me encantan las piernas largas.

—Las mías están mejor formadas.

Lesser lo convino.

—Eres una chica muy guapa, Mary. —En un momento de soledad y de audacia añadió—: Si yo te gustara, te podría devolver el afecto.

Mary, con el cuello arqueado, parpadeó y se apartó de él.

—Escribo bien, pero hablo mal. Escribo bien porque lo reviso muchas veces. Lo que hablo no está revisado y suele estar equivocado». Luego pensó: «Escribo sobre el amor porque sé muy poco de él».

Había unos veinte *souls* en la fiesta y el escritor e Irene eran los únicos blancos. ¿*Souls* blancos? Cuatro estaban sentados en el suelo con los pies desnudos, improvisando música negra con un *beat* avasallador. De pie, junto a ellos, se contoneaba un quinto músico que tocaba el contrabajo. Los demás bailaban meneándose. Mientras escuchaba la música, el escritor sintió una vaharada de deseo, un hambre incontenible de vida. El negro de la nariz con esparadrapo golpeaba el bongo con los ojos cerrados. Su hermano gemelo, con flores entrelazadas en la barba rígida, tocaba la flauta, de la que arrancaba agudas y dulces notas. Otro pulsaba una guitarra de doce cuerdas escuchando separadamente cada sonido. Otro negro, vestido con una blusa dorada y un fez rojo, batía rítmicamente con una cuchara una botella vacía. El negro que estaba de pie martilleaba con los dedos la resonante caja del contrabajo y se contoneaba con el instrumento. Cada uno hacía brotar a su alrededor una isla de música. Tocaban los unos para los otros y se decían que su música era hermosa y que ellos también lo eran. Sobre sus cabezas flotaba un hongo de humo dulzón, y Lesser se sintió fuera de sí.

Con esta sensación, Lesser preguntó a Irene si quería bailar, pero ella estaba comprometida con Sam, el cual dijo que no le gustaba que lo interrumpieran. Irene se encogió de hombros mostrando un desencanto que no sentía, pero no dijo nada. Lesser pensó en los celos que le habían invadido poco antes. Una aberración momentánea, se dijo, sin finalidad precisa, un vicedeseo. Bill, con pantalones de pana amarilla, una camisa de seda violeta, botas marrones y una cinta floreada en la frente, bailaba alrededor de Mary. Irene, con una minifalda naranja, bailaba, descalza, con aquellos pies suyos tan nobles, sofocada. Cuando Bill dejó a Mary, Irene abandonó a Sam. Comenzaron a retorcerse al unísono, como dos pájaros contrapuestos y los dos bailaban en aquella órbita casual como si tuvieran que hacerlo para siempre.

Bill sonreía benignamente a su mujer e Irene lo contemplaba con triste afecto. Parecían una pareja casada.

Mary bailaba con Sam, que se agachaba y levantaba con movimientos de *shimmy*. Sam se movía como una cigüeña paralítica. Mary, con los brazos alzados, bailaba con ojos encendidos. Finalmente dejó a Sam y fue a bailar con Harry.

—Escucha —le dijo Mary mientras se retorcían—. Tengo la llave del apartamento de una amiga que vive aquí delante. En cuanto la gente esté un poco más cargada yo me voy allá y tú luego vienes si te apetece. Espera diez minutos para que nadie nos vea salir uno detrás de otro, porque si no Sam se enfada.

—Muy bien —dijo Lesser—, pero no vayas a tomar nada antes de irte.

—De acuerdo. Te haré caso, cielo.

Harry se cabuzó, agitó los brazos, siguió el ritmo de la música, mientras Mary Kettlesmith, con un vestido corto de rayas blancas, verdes y violetas, bailaba exóticamente a su alrededor.

Pronto Mary se deslizó fuera del desván y la excitación de Harry aumentó. Tenía la garganta seca. Vio que Bill tenía los ojos apagados. Aquella noche bebía en serio. Irene entraba y salía del cuarto de baño. Seguramente tenía aún cistitis.

El escritor, al cabo de un cuarto de hora, salió al desnudo rellano y entró en el apartamento de una sola habitación que estaba al otro lado, con el corazón que al latir le golpeaba el pecho. Mary lo esperaba tumbada en la cama, tapada con una manta rosa. Cerca de la ventana un canario saltaba en su jaula.

—Salaam Aleikum —dijo Jacob 32, cuando Lesser entró en el desván de Mary. Ésta había regresado primero. Jacob era un tipo de ojillos pequeños que vestía un traje azul marino. Tenía la mirada encadenada a la de Lesser, pero hablaba amablemente, como si le hubieran pedido que lo hiciera así.

—Si crees que eres blanco, te equivocas —dijo Jacob—. En realidad eres negro. Los blancos son negros. Los negros son los verdaderos blancos.

—Imagino que sé lo que quieres decir.

—No. Tú nos ves mal y te ves a ti mismo mal. Si me vieras bien, me verías blanco, igual que yo te veo negro. Tú crees que yo soy negro porque tus ojos

interiores están cerrados a la verdadera visión del mundo.

Lesser permaneció en silencio.

—Éste es un enfrentamiento cara a cara de la fuerza del mal contra el portador del bien —dijo Jacob 32— y no soy yo el llamado a revelarte de qué se trata.

Mary se había encerrado en el cuarto de baño y Lesser se encontró solo ante una muchedumbre de negros silenciosos. Imaginó que Sam se lo había contado todo y que la cosa no les había gustado. Irene estaba de pie ante una ventana oscura y miraba hacia fuera, con su rostro encantado en el vidrio. Lesser se vio reflejado en él mirándola.

«Los dos estamos asustados ¿pero de qué está asustada ella?».

Bill Spear, con la boca caída, los ojos pesados, vidriosos, borracho pero tieso, llamó a Lesser desde el otro lado de la habitación. Junto a él estaba Sam Clemence, con sus grandes nalgas ceñidas por unos estrechos pantalones acampanados, distante pero lúgubre. A su alrededor se amontonaban una serie de negros de cara inexpresiva.

—Lesser, mueve tu pálido culo hasta aquí.

«Ahora me dan una paliza —pensó Lesser—. Tal vez porque no he satisfecho a Mary. A lo mejor éste es el hombre del juego. El forastero que pierde es hombre muerto. Es una vieja trampa y yo he caído en ella como un tonto. Soy demasiado joven para ser sacrificado». Le asustaba el pensamiento de dedos rotos y ojos ensangrentados.

Bill tenía en sus ojos inyectados en sangre una expresión de tristeza. De todos los negros presentes, él era el más negro.

—Muchacho —dijo, mientras golpeaba con los dedos el pecho sonoro de Lesser—, nosotros jugamos siempre a un juego que se llama la docena. Ningún blanco tiene bastante ingenio ni bastante fantasía para jugarlo como lo juegan los negros, y como un blanco vale sólo medio negro, yo jugaré contigo a la media docena. Se trata de un juego sólo de palabras. Yo te insulto y tú me insultas, y el que se ofende, o enfada, o llama a su mamita, éste pierde, y nosotros nos cagamos encima de él. ¿Entiendes?

—Pero cuál es la finalidad.

—La finalidad es la finalidad.

—Creía que éramos amigos, Bill.

—Aquí no tienes amigos —dijo Sam a Lesser.

—Supongamos que no quiero jugar.

—Si jodes al negro tienes que enfrentarte con el negro —dijo la mujer más clara, amiga de Jacob.

—Muera el *shmuck* —gritó el flautista de las flores en la barba.

Varios negros respondieron. Lesser sintió que se le encogían los testículos.

—Empezaré fácil para que tú también puedas divertirte —dijo Bill con su voz rasposa y sonora—. No me meteré con tu madre ni con tu hermana como hacemos entre nosotros, sino que iré en seguida al grano. Dedicado a ti:

Lesser no te creas especial porque pareces un orinal.
Algunos negros se rieron y el del contrabajo hizo vibrar una cuerda alta.

—Ahora te toca a ti.

Lesser no despegó los labios.

—Si no quieres, tendremos que jugar a otro juego.

—¿Al póquer? —fanfarroneó el escritor, asustado en serio.

—Chico, ¿se te han caído los sesos en el cagadero?

Los negros se rieron.

Lesser pensó que mientras lo jugaba, aquello podía ser solamente un juego.

—Willie, tu boca es un estercolero.

Ante su sorpresa, esto produjo un movimiento de diversión.

El del contrabajo tocó una nota grave.

Bill parpadeó con desprecio, pero en aquel momento no conseguía enfocar la mirada.

—Lesser —dijo cuando logró fijar la vista sobre el escritor—, veo que vas por mal camino. Y veo que eres un culo hinchado sin una migaja de dignidad.

—¿A qué viene una competición de insultos? No sirve más que para hacerse mala sangre.

Esto provocó un coro de gruñidos.

—Hay que ver qué gilipolces dice —dijo Sam arrogante.

—Dejadme a ese imbécil para mí —dijo Bill—. Es mi invitado.

Más risas.

Irene se acercó con la capa y el sombrero puestos y el bolso colgado del hombro. Su largo pelo parecía más largo.

Lesser pensó que si no se hubiera acostado con Mary, ahora podría estar en alguna parte con Irene.

—Willie, ¿no podríamos irnos a casa? —dijo sin mirar a Lesser—. Estoy cansada.

—Vete tú.

—¿No puedes venir conmigo?

—Vete y hazte una paja.

—Y si lo hago ¿tú con qué te diviertes?

Las negras rieron de satisfacción y algún negro se rió. El del contrabajo se dio un manotazo en la rodilla. Irene se retiró a la ventana.

—Lesser —dijo Bill, arrogante e impaciente—, te he llamado culo hinchado. ¿No te incita eso a contestarme?

—Si de verdad te sientes obligado a decir ciertas cosas ¿por qué no las escribes? Creía que eras un escritor.

La voz le temblaba. Tenía los calzoncillos mojados.

—No me vengas a decir lo que debo escribir, muchacho —dijo Bill irguiendo, soberbio, la cabeza—. No necesito ningún rostro pálido descolorido que *me* diga lo que debo escribir.

—Amén —dijo Jacob 32.

El miedo de Lesser provocaba la cólera.

—Si tienes algo en contra de mí, ¿por qué no me lo dices directamente? ¿Por qué simular este estúpido juego? Y si lo que tienes que decirme no es asunto sobre todo tuyo, deja que sea Sam quien me lo diga.

—Ya te dije que no deberías haber traído a ese comemierda aquí —se lamentó Sam.

Jacob 32 asintió.

—¿Qué contestas a lo que te he dicho? —dijo Bill irritado—. ¿Hasta este punto eres un meón de tu jodida madre?

—Podría llamarte picha sucia —ofreció Lesser.

Vio que Irene, desde el otro lado de la habitación, le hacía un gesto de silencio.

—Retiro lo que he dicho.

—Aquí no se retira nada —dijo Bill acercando su cara reluciente a la de Lesser—. Esas son las reglas de este jodido juego. Ahora bien, tú quieres retirar lo que has dicho porque no es todo lo que querías decirme ¿verdad? ¿O querías llamarme picha sucia sin tener el valor de decírmelo? Di la verdad.

—Digo la verdad. Te lo he dicho porque he pensado que te gustaría que te lo dijera.

—Perfectamente —dijo Bill—. Pues ahora yo te llamo maricón de mierda

loca, achulada, culona, judío asqueroso. —Espació lentamente las palabras y terminó como un restallido.

Los negros murmuraron aprobando. El del bongo dio un redoble en el tambor. Sam se secó una lágrima de felicidad debajo de las gafas.

—Recibido el mensaje —dijo Lesser—. Me declaro vencido. Esta es mi última palabra.

Hubo un silencio. La habitación olía a sudor. Pensó que le iban a romper la cara, pero nadie se movió. Los que seguían mirando estaban aburridos. El tipo del fez rojo bostezaba. El del contrabajo guardó el instrumento. Algunos se apartaban. Bill parecía satisfecho y Jacob 32 saboreaba un cigarro.

Lesser cogió el sombrero y el abrigo que estaban colgados de un gancho en la pared y fue hacia la puerta. Irene, cuando pasó delante de ella, le lanzó una mirada llena de amargura.

Tres negros saltaron hacia la puerta para impedir el paso a Lesser, pero Bill dio un agudo silbido y les hizo señas de que se apartaran.

—Dejad salir al blanco fantasma.

El fantasma, más blanco que nunca, humillado hasta la suela de los zapatos, pero entero aún, dejó el desván mientras Mary salía corriendo del cuarto de baño y abrazaba a Irene.

Bill, carraspeando, entró después del trabajo a la tarde siguiente. Se sentó en el raído sillón de Lesser, con sus manazas entre las rodillas enormes, mirando al suelo. Parecía haberse encogido diez centímetros y haber perdido peso. El mono le venía holgado por todas partes sobre el abultado suéter verde recién lavado. Se ajustó las gafas de montura metálica y se atusó las puntas de su bigote mogólico.

—Hoy no he conseguido hacer nada. Ni una sola línea. Chico, esta noche pasada tenía una borrachera grande como el culo de un elefante.

Lesser, sentado inmóvil, no dijo nada.

Bill prosiguió:

—Quiero que sepas, Lesser, que esta noche te he salvado el pellejo.

—¿Que me has salvado el pellejo?

—Sam quería que los demás te dieran una paliza y te arrancaran los huevos por haberte tirado a su novia, pero yo te he hecho meter en aquel juego para que así te vieran sangrar de vergüenza y no sintieran la necesidad de hacerte sangrar en serio.

Lesser dijo que, en ese caso, le estaba agradecido.

—Por los huevos. Sólo hay que verte la cara.

—Te doy mi palabra.

—Sólo quería que lo supieras.

Lesser, después, pensó que hubiera preferido no saberlo. No tener preocupaciones de gratitud o de ingratitud. Para poder querer a la chica de Willie en paz y alegría.

Cobijado en un portal al caer la tarde, Lesser contempla cómo nieva. Una cabeza negra asoma entre la nieve, lo mira fijamente y desaparece como la luna tras una nube grande. La cabeza negra está en la cabeza de Lesser. Durante todo el día ha estado torturándose a causa de Bill: «Poco tiene ¿por qué he de dejarlo con menos? Menos si la quiere, más si no la quiere. Me gustaría saberlo».

Espera en el portal, en lo alto de cinco peldaños, delante de la casa de ladrillo de la Once Oeste donde vive Irene. Por la mañana había entrado en el vestíbulo para ver su nombre escrito en el buzón: IRENE BELL - WILLIE SPEARMINT. Harry ve una carta en el buzón de Irene, una carta que él le ha escrito muchas veces, pero no en el papel. Se imagina a Willie que la lee a la luz de una cerilla.

La carta habla del amor de Lesser. Willie la lee y la quema con una cerilla. Tal vez lo haría si Willie estuviera allí, si la carta estuviera allí. Pero Willie está en su madriguera, en el cuarto piso de la desierta casa de Levenspiel, trabajando de firme en su nuevo libro. Lesser, desde la mañana siguiente a la fiesta de Mary la semana pasada, no ha conseguido concentrarse en su trabajo. Pasea por su habitación, pero cuando se sienta a la mesa no consigue hacer nada, se desespera y se levanta.

Aquella mañana ni siquiera había intentado escribir. Había salido de casa pronto. Había ido andando hasta la Quinta Avenida, donde había cogido el autobús, y se había apeado en la Sexta. Había tocado el timbre. Pero Irene no estaba, estaría

ensayando. Había vuelto a casa, intentado escribir, y regresado allí después de una jornada de no hacer nada. Se había dicho a sí mismo que no debía hacerlo. «No te metas en eso, maldita sea. Espera». Aquel no era el momento de enamorarse. Willie era un tipo complicado. Lesser sabía que no le gustaría que un blanco se enamorara de Irene.

Pero había vuelto a salir de casa para verla.

Es de noche. Está nevando. Al cabo de un rato ve la nieve. Contempla cómo cae en la calle, cubre las aceras, los antepechos de las ventanas, las cornisas de las casas de enfrente. Lesser lleva horas esperando. Tiene que decir a Irene que la quiere o no volverá a escribir nunca más.

La campana de una iglesia da los cuartos de hora y hace más larga la espera. Lesser cuenta todos los cuartos de hora. Siempre sabe qué hora es. Son las seis y media. Al fin, una chica alta con botas y capa y un sombrero de lana verde empolvado de nieve sobre su pelo rubio que de verdad es negro, da la vuelta a la esquina. Lesser la contempla a la luz nevosa de un farol. Atraviesa la calle y la llama por su nombre.

Irene lo mira como si no lo conociera. Luego parece reconocerlo de mala gana.

Lesser dice que es Lesser. ¿Quién otro podía ser?

Ella quiere saber porque le dijo *shalom* aquel día, cuando la encontró a la salida del Museo.

—Quería decir que no eres extranjera.

—¿Que era blanca? ¿Que era judía?

—Que eras amiga.

—¿Qué haces aquí?

—Es muy sencillo —dice Lesser—. He venido a decirte que te quiero. He pensado que era mejor que lo supieras. Esos últimos días quería y no quería decírtelo. Imagino que sabes por qué.

Irene no parece muy sorprendida, aunque en sus ojos se lee el recelo y

después la emoción. Es difícil de entender: a pesar de todo, Irene es una extranjera.

—Creía que te gustaba Mary.

—No diré que no me gustaba. Me he acostado con ella porque te deseaba a ti. Sentí celos de ti y de Bill cuando os vi por Lexington Avenue.

Ella le mira a los ojos.

—¿Estás enamorado de mí porque soy blanca, judía y novia de Willie? Quiero decir, si eso tiene alguna relación.

—Tal vez, pero creo que no.

—¿Quieres salvarme de una vida infeliz con un negro, un ex criminal?

—Mi amor no pretende otra cosa que amor. ¿Le quieres o no?

—Ya te lo dije. Siempre decimos que vamos a romper, pero ninguno de los dos toma la iniciativa. Él siempre antepone su libro negro a su novia blanca. Lo veo los fines de semana, pero en realidad no lo pasamos muy bien. No sé qué hacer. Quisiera que se decidiera él.

—Te quiero, Irene, te necesito.

—¿Qué clase de necesidad?

—Una muy larga.

—Dilo claramente porque no soy muy lista.

—Quiero casarme contigo cuando termine el libro.

Ella está emocionada, con sus ojos hambrientos busca los de Lesser, y sin embargo sonrío amargamente.

—Los dos sois iguales.

—Debo escribir, pero debo hacer algo más que escribir.

Irene le escucha, luego le coge la mano. Se besan con labios fríos.

—Estas botas dejan pasar el agua. Tengo los pies mojados. Subamos.

Entran en la casa. Irene se quita las botas, se seca los pies con una toalla negra mientras Lesser la contempla.

—Quítate el abrigo —dice ella.

En el dormitorio, sobre la cama de matrimonio, hay, colgado en la cabecera, un Cristo negro.

—¿Por qué un Cristo negro? —pregunta Lesser.

—Willie no me deja colgar cuadros de blancos. Yo no quiero cuadros de flores. Me gustan las flores de verdad.

—Pero ¿por qué Cristo?

—Mejor que Rap Brown. ¿Hay algún Moisés negro? Yo creo en Dios.

Tras las ventanas nieva con intensidad.

Se abrazan. Las manos de Irene recorren la espalda de Lesser.

—Me asusta lo que estamos haciendo aunque quiero hacerlo.

—¿Por Willie?

—Y por mí misma.

—Te quiero, eres bonita.

—Yo no me siento bonita. Me siento sin fundamento, fuera de tono, insatisfecha. También me asusta liarme con otro escritor.

—Dijiste que ahora tenías más fe en la vida.

—Eso va y viene.

—Eres bonita, Irene.

—Yo no lo siento.

—Siéntelo en mí.

En la cama lo siente. Se besan, se tocan, se muerden, se arañan. Él lame el perfume de flor de su carne. Ella le clava las uñas en los hombros. Él se siente inflamado por la pasión.

Ella llega al orgasmo como estupefacta, fulminante, le golpea la espalda con las piernas. Él lo alcanza dentro. Después Irene pregunta:

—¿Te parece que huelo a negro?

—Yo sólo huelo tu sexo. ¿Te sientes negra?

—Me siento satisfecha. Todavía me siento algo culpable, pero me siento satisfecha.

—Me gustaría que te dejaras crecer el pelo de tu verdadero color.

—Ya he empezado a hacerlo.

Mientras están los dos tumbados, Lesser boca arriba, Irene de costado con su cara apretada a la de él, Lesser contempla la nieve que cae movida por el viento y que repiquetea en las ventanas y piensa en Bill Spear, solo en la gran casa vacía, escribiendo en su mesa de cocina. La nieve se arremolina en una blanca aureola alrededor de su cabeza.

—Este es un país libre.

Escucha, Lesser, acabo de escribir esta canción:

Tengo una salchicha cubierta de mostaza.

Voy a comer mi carne.

Tengo una hamburguesa cubierta de cebolla.

Voy a comer mi carne.

Tengo una costilla cubierta de salsa.

Voy a comer mi carne.

Te tengo en la cama sin cubrir.

Vas a comer mi carne.

¿De quién se trata Willie?

Bill, Lesser, llámame Bill.

Bill... perdona.

De mí y de mi chica Sal. ¿Y ahora qué dicen ustedes, caballeros?

4

Nubes se acumulan sobre la isla,el trueno las enloquece,el rayo zigzaguea con pies felinos,cae la lluvia,vuela el viento,los cocoteros se inclinan,las olas chocan contra el acantilado,habrá gaviotas muertas mañana en la playa,peces podridos nadan en el mar,la tempestad despierta a Lesser,se agarra a la cama,sabe que está oscuro sin intentar encender la luz,intenta encender la luz,está oscuro,se precipita por la

escalera temblorosa de sombras,enciende cerillas de Lucifer,entra en el sótano con un fusible de 30cuando vuelve la luzaquél tipo desconocido yace sobre el cemento,una pierna cortada por la rodilla,yace ante la caldera encendida,con las perneras ensangrentadas,un charco de sangre húmeda en el suelo,Lesser grita,no ve por allí la pierna ensangrentada,sube corriendo a decírselo a Willie,lo que ha hecho, lo que ha visto,Willie está royendo un hueso blanco.¿Qué comes, señor Huesos?No me jodas, Lesser,conozco tu verdadera voz.¿Qué comes, Bill?Pechuga de pollo,carne blanca.¿Eres sincero?Parece un hueso grande.Es pata de cerdo, chico.Carne de judío. ¿Quieres un poco?

Irene se queja. Lesser se despierta de su pesadilla y enciende la lámpara que hay junto a la cama.

Una noche, tumbado en la cama con Irene, bajo el cuadro de Cristo negro, Lesser preguntó cuándo se lo dirían a Bill.

—¿Decirle qué?

—Lo sabes perfectamente. ¿Se lo dices tú o yo o los dos a la vez?

—¿No podemos esperar todavía un poco?

Irene reposaba la cabeza en el almohadón, sobre una mata de pelo que iba oscureciéndose. Era muy guapa y Lesser se sentía turbado porque al oírle, Irene había comenzado a inquietarse y tenía los ojos sombríos.

—¿No podríamos dejarlo morir de muerte natural?

—Me pesa.

—Preferiría que fuera él, que fuese él quien me dijera que todo ha terminado. Pero si hay que decírselo, se lo diré yo.

—Cuanto antes mejor o, de lo contrario, se presentará aquí el viernes.

—¿Te molestaría mucho?

—¿Y a ti no te molestaría que él quisiera acostarse contigo? Ya no eres su chavala.

—No vuelvas a utilizar esta jodida palabra: es de Willie, no tuya.

—No me importa de quién es —dijo Lesser—. Yo no te comparto con nadie. Estás conmigo o no lo estás.

—Claro que estoy contigo, pero no quiero dejar de estar con Willie.

—No irás a pensar que te vas a acostar con él mientras te acuestas conmigo.

—No es la parte sexual lo que me preocupa ahora —dijo Irene.

—¿Ah no? Entonces ¿qué es?

—Por ejemplo, que Willie estuvo aquí ayer.

—¿De veras?

—Para ducharse. Se duchó, se cambió la ropa interior y se fue. Yo me marché antes que él saliera del cuarto de baño. Ya puedes imaginar si nos acostamos. Noto que quiere dejarme, pero sé que si dejara de escribir, volvería a quererme. Eso no quiere decir que yo entonces estuviera disponible, claro está. Tengo otro pescado que freír.

—¿Yo, por ejemplo?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

Alargó la mano para coger un peine, se sentó en la cama y comenzó a peinarse largos mechones de pelo.

—Debes tener confianza en mí, Harry.

—Yo tengo confianza en ti.

—El sexo no es lo más importante.

—¿Qué es entonces lo más importante?

—Lo que le pueda suceder a Willie cuando se marche de aquí. No tiene un céntimo. ¿Cómo va a arreglárselas para vivir y escribir? Eso es lo que me preocupa. El esfuerzo de Willie por llegar a ser un escritor, el hecho de que haya estado en la cárcel y que ahora escriba las cosas que escribe, los cuentos y la noche. Es una de las cosas más conmovedoras que he visto en mi vida. Me hace un efecto terrible. Debe

continuar.

—Continuará.

—Eso es lo que me preocupa. Es verdad que no paga alquiler en aquella repelente casa en que vivís, pero es muy poco lo que tiene para tirar adelante, una pequeña subvención para la literatura negra que le dan en Harlem y que le permite comprarse un poco de pan todas las semanas. Él y yo convinimos en que yo le ayudaría hasta que obtuviese algún anticipo por su libro, pero el hecho es que prácticamente lo he mantenido desde que vino a vivir conmigo. No quisiera que volviese a ser un chulo de putas o a vender droga...

—Eso es cosa pasada —dijo Lesser—. Ahora se trata de un escritor comprometido.

—Supón que tiene que buscar trabajo, ¿de dónde saca tiempo para escribir? Escribe despacio y necesita mucho tiempo libre. Y desde que te ha conocido es más lento que nunca.

—No soy yo quien toma sus decisiones.

Le contó a Irene que él había trabajado media jornada en una fábrica mientras estaba escribiendo su primera novela.

—Y me sobraba tiempo.

—Cualquier fábrica le pagaría seguramente la mitad que a ti y le exigiría el doble.

—Yo trabajaba como un condenado.

—Willie los mandaría a la mierda.

—No, si su novela le importara de verdad.

—Ya sé que no lo somos —prosiguió Irene—, pero tengo la sensación de que tú y yo somos un par de blancos que le estamos dando una patada en el culo a un negro.

—Yo no tengo esa sensación —dijo Harry—. Para mí se trata solamente de dos personas, tú y Willie, que deciden dar por terminado un asunto. Si no lo

traicionas como hombre, tampoco lo traicionas como negro. Deja ya esas cuestiones de raza.

Irene asintió.

—Ya sé que es estúpido, pero él se ha sentido herido muchas veces por el solo hecho de ser negro. Una ha leído lo que escribe y yo no puedo remediar que eso me haya hecho más sensible. Esta es una de las razones por las que temo hablarle de ti y de mí, aunque sé que ha de saberlo.

—Esto en el supuesto que le hiera. Tú misma has dicho que a lo mejor no.

—No lo sé con exactitud. Willie es una persona imprevisible.

—También yo —dijo Lesser.

Sonó el teléfono. Era Bill.

Irene se puso un dedo en los labios. Tumbado allí, en el antiguo sitio del negro, Lesser oyó su voz a través del auricular.

—No voy a aparecer por ahí hasta el viernes —decía Bill con voz inexpresiva—. Pensaba que podría ir antes, pero estoy empantanado en este capítulo y no puedo dejarlo hasta que encuentre la acción justa que le conviene.

—¿Y cuál es la acción justa?

—Si lo supiera no te estaría hablando.

Irene dijo que lo sentía.

Al mismo tiempo estrechó los dedos de Lesser.

Willie estaba diciendo que haría una escapada dentro de una semana o dos.

—No tienes idea de todas las cosas que quiero hacerte cuando vaya.

—No cuentes con ello —dijo Irene con voz tranquila. Después de un breve silencio Willie dijo:

—No vayas a pensar que he dejado de quererte, muñeca.

Más tarde, llena de inquietud, Irene le dijo a Lesser:

—Claro que tenemos que decírselo, pero quiero ser yo quien se lo diga.

—Cuanto antes mejor o la cosa podría acabar mal. No quisiera que de todo eso saliera perjudicado mi libro.

—¡Oh, vete al infierno con tu libro! —dijo Irene. Parecía que estaba a punto de llorar, pero cuando se le hubo pasado, se mostró de nuevo cariñosa con Lesser. Le tomó la cabeza con las manos y la estrechó contra sus pechos.

A pesar de que Lesser había temido que el estar enamorado de Irene —con Willie entre bastidores— podría complicarle la vida y reducir su ritmo de trabajo, no ocurrió así. Terminar el libro después de diez años de trabajo tenía que ser, naturalmente, su primer objetivo. Lo que sucedía es que ahora se encontraba muchas más veces animado y con energías renovadas para trabajar. Cuando Lesser pasa debajo de un arce sin hojas, piensa en Irene y la felicidad se derrama sobre él. Entonces se da cuenta de que las ramas están llenas de botones y siente un deseo vital de escribir. Lesser se sentía libre de cualquier tipo de soledad opresiva y de cualquier sucio rastro de celos. Sentía un amplio flujo de emociones, tenía una sensación de mar abierto, aunque no se hacía ilusiones sobre la libertad real del mundo en que vivía. En cierto modo, uno es libre en la medida en que se siente libre y, por tanto, él era más libre que nunca. Gracias a Irene vivía ahora con la sensación de tener más posibilidades y más variadas, un optimismo que le hacía hervir la imaginación. Obra del amor. Le ayudaba a escribir bien y libremente después de un período en que había tenido que esforzarse. Y cuando uno escribe bien es el futuro.

Ahora se veían casi a diario, aunque en secreto, porque, a pesar de que Bill seguía sin aparecer, tenía aún la llave del apartamento de Irene y podía presentarse en cualquier momento. Si los pillaba juntos, nadie era capaz de decir lo que podía pasar. Lesser opinaba que nada malo. Irene y él se encontraban al caer la tarde, paseaban por las calles y plazas del West Village, buscando indicios de la primavera. Se detenían en los bares y comían en restaurantes que ella conocía. Hablaban de su vida, de su infancia y se abrazaban con frecuencia. Irene todavía no estaba verdaderamente enamorada de él, pensaba Harry, pero cada día que pasaba lo estaba un poco más. Sentía que confiaba en él, aunque todavía no estaba segura de sí misma. Lesser esperaba, lo cual no es malo mientras uno sigue adelante con su libro. Durante los ensayos nocturnos o cuando las representaciones empezaron, él la aguardaba en un bar cerca de la casa de Irene. Le hubiera gustado verla actuar, pero Irene le pidió que no fuera. En una ocasión se deslizó en el teatro y la vio en un

acto de Ibsen. Era mejor de lo que decía. Eso le pareció. Procuraba meterse en el papel y eso contribuía a crear cierta emoción. Su voz en la escena sorprendió a Lesser: parecía más grave y más fuerte. A veces, Lesser la esperaba en el cine y después se iban al piso de ella a hacer el amor. Irene insistía en subir ella primero. Después lo llamaba por el teléfono interior y él, que esperaba abajo conteniendo la respiración, subía.

A Bill lo veía poco, muy poco, gracias a Dios, dadas las circunstancias. El negro, sumergido en las dificultades de su trabajo, raramente emergía a la superficie. Pasaba el día escribiendo a máquina y por la noche dejaba la máquina humeante cerca del colchón. A veces, cuando tenía que ir a alguna parte, dejaba la L. C. Smith en casa de Lesser, pero entraba y salía sin detenerse a hablar. Tenía la cara cansada, casi deshecha, y los ojos hinchados, nublados. A duras penas si contestaba con un gesto al hola de Lesser. El escritor se sentía muy incómodo por el hecho de acostarse con su amiga —de estar enamorado de ella— y no decírselo, ya que conocía muy bien el dolor que Willie experimentaba en aquellos momentos. Era como si la fatiga de Bill le hiciera ser aún más víctima; por eso era todavía más necesario decirle la verdad, aunque, lógicamente, dadas las dificultades por las que estaba atravesando con su libro, tal vez era mejor ocultarle la noticia hasta que estuviera en mejores condiciones para oírla... tanto si resultaba buena como mala.

—Pero cuando se lo hayas dicho, me sentiré mucho mejor —dijo Lesser a Irene. Pero ella estaba convencida de que Willie aparecería de un momento a otro *para* decirle: «Gracias, Irene, ha sido todo muy bonito, pero ahora en mis planes no hay sitio para ninguna chavala blanca, y estoy seguro de que sabes por qué». Había ido otra vez a ducharse y le había dejado una nota: «Hola, preciosa, te he cogido un par de dólares en calderilla. Te veré pronto, pero no hasta que ese condenado deje de darme la lata. Chao».

Después de otra semana sin verlo —era ya abril—, Irene, que a veces tenía cierta tendencia al abatimiento, se sentía en conjunto más relajada. Le resultaba más fácil mostrarse cariñosa con Lesser fuera de la cama, como si su tesis hubiera sido exacta: su relación con Willie —y desde el momento que no existía la relación tampoco existía Willie— había acabado de muerte natural, sin dramas, ni devolución de regalos, ni recriminaciones. Había sido mejor llevar las cosas tal como ella había dicho, y si Willie tenía que echarle las culpas a alguien, mejor que se las echara a sí mismo.

En una ocasión, Lesser le preguntó si no sentía faltar el sentido, el tono de la vida negra, por lo menos tal como la había vivido con Willie.

—Un poco —dijo Irene—, pero personalmente he superado ese período. Veo a Mary de cuando en cuando —observó los ojos impasibles de Lesser—, pero en realidad no echo de menos aquellos que eran mis amigos, aunque a veces pienso en ellos. Sam me gustaba. Tú no lo conociste bien. Willie solía llevarme a Harlem al principio de salir juntos y aquello era como un carnaval constante o un viaje completamente especial. Pero después que uno de los hermanos habló con él separadamente (creo que fue Jacob) dejó de invitarme y empezó a ir allí por su cuenta. Comenzó a decirme que no estaba seguro de que yo entendiera el *soul*. Eso me hirió mucho y fue una de las cosas que empezaron a hacerme dudar.

El pelo le crecía como un bonete negro sobre la cabellera rubia. Irene dobló y guardó en un armario las dos tupidas toallas negras que había siempre en el cuarto de baño, y descolgó el cuadro del Cristo negro, que envolvió en papel de embalar y escondió. Le habían crecido las uñas. Ahora se depilaba menos las cejas y las tenía más espesas y regulares. A veces parecían dos alas truncadas. Había redimido su rostro y también acaso algo dentro de sí, porque parecía más amable consigo misma. Un día le dijo a Lesser que había decidido dejar de hacer teatro.

—No soy natural. Esta obra es la última. Lo he decidido. Quiero de verdad cambiar de vida. Ya estoy harta de cierta clase de experiencias.

Lesser le preguntó qué clase.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero. Y además el psicoanálisis. Me aburro oyendo todas las tonterías que digo. Mi psicoanalista ni siquiera procura disimular los bostezos. —Dijo que estaba convencida de que ya bien poco más podía decir—. Me siento atada a él, claro, y tengo miedo de quedarme completamente sola; de verdad tengo la sensación de que hemos llegado al final. Entonces sugirió que podrían trasladarse a otra ciudad: estaba harta de Nueva York. Esperaba encontrar un trabajo que realmente le interesara o tal vez volver a estudiar.

—¿Te gustaría vivir en San Francisco, Harry?

—Claro que sí. Cuando haya terminado.

En otro par de meses, o incluso menos, pensaba, habría modelado el verdadero, el inevitable final de su novela que en la última temporada estaba realmente adquiriendo forma. Después, una rápida e intensa corrección sólo de las páginas que la necesitaran, y listo.

—¿Después de tres, cuatro o al máximo cinco meses?

—¿Por qué no? —dijo Lesser.

Irene dijo que le escribiría una nota a Willie pidiéndole que fuera a buscar un par de cajas de cartón en donde ella había metido todas sus cosas.

—Podrías pasársela por debajo de la puerta. Y cuando la haya leído, entonces hablaremos de lo que tenemos que hablar.

—Escríbela; yo se la pasaré por debajo de la puerta —dijo Lesser.

Más tarde, en la calle, Irene volvía la cabeza como si esperara que alguien se les acercara y dijera a Lesser que hiciera el favor de apartarse y lo dejara en paz con su chavala. Pero si Willie rondaba por allí, no se dejó ver.

Una mañana, después de haber llamado a la puerta de Lesser, Bill, sin mirarlo siquiera, le puso en la mano un montón de papeles amarillos, unos cuarenta folios. Algunos estaban copiados a máquina en limpio, pero la mayoría estaban manchados y sucios, con palabras y frases borradas, con añadidos garrapateados a mano en las entrelíneas y también en los márgenes, a lápiz o con tinta roja.

Bill tenía la cara tensa, los ojos fatigados, con una mirada introspectiva, nebulosa, hasta que conseguía enfocarlos con atención forzada a través de aquellas gafas de anciano. Llevaba la perilla y el bigote mal cortados y todo él parecía flotar dentro del mono. Juró que había perdido cinco o seis kilos.

—¿Cómo va la vida, Lesser? Todas las noches llamo a esa jodida puerta, pero nadie me abre. ¿Juegas al escondite conmigo o estás jodiendo a calzón caído, ahora que has vuelto a encontrarle gusto? Vosotros, los que tenéis la sangre joven, nos endiñáis a los capados. Guiñó un ojo con cansada socarronería, la cara bruñida, seca. Lesser tuvo un sobresalto, pues creyó que Bill se había olido su relación con Irene, pero al cabo de un minuto se dio cuenta de que no sospechaba nada. Ella todavía no le había escrito la nota. Lesser seguía preocupado por no habérselo dicho antes. «Jesús, tendría que hacerlo yo, ahora, en este instante». Luego pensó que, a decir verdad, era asunto de Irene. Pero desde el momento que había establecido cierta relación con Bill, limitada pero civilizada, deseaba, ya que vivían en la misma casa, poder amar libremente a Irene y estar en buenos términos con su ex amante, puesto que ambos eran escritores que vivían y trabajaban en el mismo lugar y se enfrentaban con los mismos problemas, aunque con diferente grado de intensidad, porque la experiencia era diversa.

—Últimamente he tenido que salir más —explicó Lesser contemplando el

capítulo de Bill que sostenía con mano relucante—. Mi libro ha estado empantanado por un tiempo. Ahora va mejor y yo también.

Bill lo escuchaba ávidamente, después asintió.

—Es decir, que has pasado el pantano.

—Exactamente.

Lesser sudaba porque tenía que ocultarle la razón por la que volvía a trabajar bien.

El negro suspiró.

—El mío ha estado pudriéndose ahí más tiempo del que yo hubiera querido. Para escribir ese capítulo que tienes en la mano, he tenido que remover durante semanas montones de basura, hurgar entre zapatos viejos y tijeras rotas que otros habían usado y tirado. O estaba escribiendo como Richard Wright o intentaba sonar a James Baldwin y así escribía cosas que no eran mías. Cuando finalmente lograba sacar alguna idea mía, parecía muerta. Muchos personajes que bailaban en mi cabeza, en cuanto los ponía sobre el papel se caían y morían. Chico, no me gusta nada ese miedo que te retuerce las tripas cuando lo que escribes no va por donde uno quiere. O cuando te rindes y suplicas. No solamente te hace dudar de que realmente eres capaz de escribir un libro, sino que a pesar de que te sientes en forma y de que tu hermanito pequeño se pone de pie y saluda cada vez que siente olor a culo, llegas a dudar de si eres o no hombre. Eso te perjudica la moral. Por la mañana, cuando abro los ojos y veo esa máquina de escribir que me contempla como una maléfica águila, me da miedo sentarme delante de ella, como si las teclas fueran dientes dispuestos a arrancarme la carne.

—Sólo el valor merece la belleza —dijo Lesser.

—¿Cómo?

—Es un verso.

—¿Blanco o negro?

—De un inglés. John Dryden.

—Perfectamente, lo leeré. En fin, he venido para que veas cómo va ese

capítulo. Trata del mismo chico de la otra vez, de Herbert Smith, de cómo crece por las calles del Harlem alto y descubre que delante de él sólo tiene mierda y más sufrimiento para el resto de su vida innatural. Cuando intentaba matar a la madre se me encogía el culo. No conseguía que muriera correctamente. He escrito su muerte por lo menos veinte veces y ahora espero que muera tal como debe. Después hay otras cosas que me hacen dudar, porque es la primera vez que utilizo esa técnica y no sé si la he empleado bien. Eso es lo que me ha dado más trabajo.

Finalmente Lesser aceptó leerlo, porque Bill no sabía que estaba enamorado de su novia.

Tal vez no consiguió disimular su repugnancia, porque Bill le dijo con voz tensa:

—Si alguien no lo lee rápidamente y me dice cómo va, yo me vuelvo loco. Pensaba pedirle a Irene que lo leyera, pero no la he visto durante todo ese tiempo que he estado escribiendo sobre mí... sobre la madre de ese Herbert, y no he tenido un momento para pensar en nada más. Irene tiene la mala costumbre de decir que es bueno todo lo que le enseñó, aunque no lo sea.

—¿Y tú qué opinas?

—Si lo supiera no vendría a pedírtelo a ti, te lo juro. Cuando lo miro ahora, las palabras me parecen hostiles. ¿Podrías leerlo hoy mismo, Lesser, y así después podríamos hablar de él una media hora?

Lesser dijo que él creía que casi todos los libros buenos habían sido escritos con muchas dudas.

—Sí, pero un libro no tiene que convertirse en algo de verdad terrible. Entonces, más vale apeararse.

Lesser, luchando consigo mismo, dijo que leería el capítulo al terminar su jornada de trabajo y que luego bajaría a hablar con Bill.

—Será un gran descanso para mí lograr terminar esta parte —dijo Bill—. Hace más de un mes que parezco un ermitaño y los huevos me pesan como plomo. Tengo ganas de pasar un rato con mi chavala. Chico, a veces me fastidia, pero hay que ver qué chica.

Lesser se abstuvo de hacer declaraciones.

—Es una chica insatisfecha de sí misma y de los demás, si los demás se lo permiten. Nunca logras decirle nada que le devuelva la confianza en sí misma y le haga dejar de analizarse y de lamentarse. Lo único es un buen revolcón.

—¿Estás enamorado de ella?

—Eso es asunto mío.

Lesser no hizo más preguntas.

—Verla depende ahora de ese capítulo que tienes en la mano. Si dices que está bien o por lo menos que estoy en el buen camino, cosa que creo, este fin de semana voy a su casa. Pero si tú crees que es... bueno, que tengo que trabajarlo más, y yo estoy de acuerdo contigo, entonces me quedo aquí y lo trabajo más. Bueno, léelo de todos modos y dime algo.

Lesser se sirvió medio vaso de agua lleno de whisky y se puso a leer enfurruñado el trabajo de Willie.

Puesto que el primer capítulo era bueno no había razón para que éste no lo fuera, pero Lesser se resistía a leerlo. Pensó en ir corriendo abajo y devolvérselo con una excusa cualquiera, porque honradamente no sabía si podría juzgarlo objetivamente. «Si le digo que es bueno, se va corriendo a ver a Irene. Lo cual en sí no sería mala cosa, porque entonces ella se vería obligada a decirle lo que no ha tenido ocasión de decirle antes». O se lo decía o se encontrarían en una situación peor de lo que Lesser había imaginado.

Con creciente desasosiego leyó aquellos cuarenta folios, descifrando todos los añadidos y correcciones y después, empapado en sudor, volvió a leer cada página. Al final emitió un gemido silencioso y se sintió muy desdichado. El capítulo, en conjunto, por muy elaborado y reelaborado que estuviera, resultaba un cementerio involuntario.

Empezaba con la madre de Herbert que una noche intentaba apuñalar al chico con el cuchillo del pan. El olor de su madre lo despertaba. El chico escapaba escaleras abajo mientras la madre, a trompicones, entraba en el cuarto de baño, bebía un gran sorbo de lejía y se tiraba por la ventana aullando de dolor, de rabia y de inutilidad. Es decir, el capítulo empezaba con cuatro horripilantes páginas de miseria humana. Las treinta y seis restantes, en las que se ponía en evidencia el efecto de la vida y de la muerte de la madre sobre la conciencia del hijo, eran un desastre. Bill utilizaba una especie de flujo-de-conciencia con asociaciones muy

rebuscadas. Todo era muy amazotado. Su retórica, a pesar de que trataba del odio que el muchacho sentía hacia sí mismo y de sus ardientes fantasías sobre el sexo y la violencia, era barroca, falsa, en contraposición con la simplicidad y la elástica economía de su sensibilidad. De cuando en cuando había destellos, islotes de reflexión que eran auténticos, originales, conmovedores, pero incluso éstos estaban reelaborados tantas veces que el lenguaje era una mezcla de ceniza y cola. En parte, el problema de Bill consistía en que intentaba anticipar una mentalidad revolucionaria y no siempre acertaba. En parte, en que intentaba disipar, en la ficción, una pesadilla: su vida pasada. Esto en sí no era necesariamente malo, pero podía serlo si uno insistía, y Bill insistía. Resultado de todo ello era que en aquella larga parte del capítulo nadie parecía tener vida. En el mejor de los casos, el muchacho era un *zombie* incapaz, salvo excepciones, de ninguna emoción humana reconocible. Su recordada madre, con su presencia en el pasado y en el futuro, flotaba alrededor, mientras ella estaba encerrada en una tumba a ras del suelo con una tapa de vidrio verde empañado. La muerte ultrapasaba sus dominios.

«Dios, si le digo eso me odiara a muerte. ¿Por qué sigo metido en este lío? ¿Quién paga a Willie Spearmint para que sea mi *dybbuk*?».²

Lesser pensó que mentiría. Después de inventar y descartar varias estrategias posibles, decidió confiar en lo que había bebido y en la espuela que se estaba bebiendo para improvisar mejor. Bajó corriendo, en calcetines, las escaleras hasta el piso de Bill para decirle lo que de verdad opinaba sobre el capítulo antes que el valor lo abandonara.

No necesitaba mentir ni ser evasivo. Habían convenido que si Bill le pedía que leyera lo que hacía, Lesser tenía que limitarse al asunto de la forma y debía aconsejarle el modo mejor para conseguir los mejores resultados. Y Bill, por su parte, había prometido escucharlo con paciencia.

Lo hizo. Lesser lo hizo. Magnífico principio, aunque el capítulo no era del todo satisfactorio. Más ambicioso que el primero, bueno en sí mismo, pero innecesaria toda aquella parte del flujo-de-conciencia, o por lo menos, no tan larga: se escurría por las páginas como lava, pesaba, daba una calidad rocosa a la parte más subjetiva. Habrían bastado tal vez veinte páginas o a lo mejor menos. «Aligera, atenúa, corta, reelabora, hazlo así y asá, intenta esto, elimina tal vez aquello, y es posible que la próxima versión sea más eficaz». Al principio Lesser hablaba fríamente, aunque en su interior revisaba sus credenciales. ¿Qué le daba tanta autoridad en el arte de la narrativa? ¿Quince años de escribir, con un libro bueno, otro malo y otro sin terminar? Y en última instancia ¿podía un escritor decirle a otro

cómo escribir su libro? En teoría era posible, ¿pero era inútil en la práctica? ¿Inútil? ¿De resultados dudosos? ¿Quién lo sabía? Y sin embargo, al llegar a este punto empezó a divagar. Estaban los dos sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Lesser se agarraba los pies sin zapatos mientras hablaba, balanceándose, simplemente sincero. Bill lo escuchaba pacientemente, estudiándolo, asintiendo seriamente, sabiamente, mientras sus ojos hinchados, a pesar de su deseo de objetividad, iban volviéndose rojos y vidriosos y el cuerpo se le tensaba. Lesser se daba cuenta de todo, preocupado en su interior, y cuando acabó de hablar con una sonrisa nerviosa, tenía la boca seca. Entonces tuvo la sensación de que había asistido al acto de arrojarle a sí mismo a un precipicio. De una cosa estaba seguro: había cometido un grave error. Nunca tenía que haber aceptado dar consejos literarios a aquel tipo. «Tenía que haberle hablado de Irene y de mí. Eso es todo. Soy un imbécil».

Entonces, como si se retractara, dijo:

—Bill, sinceramente, no creo que debes seguir jodiéndote con tu libro. Llegado a este punto, cualquier cosa que te parezca que debes hacer, hazla. En cuanto a tus dudas, tal vez sería mejor que esperaras a terminar el primer original para después decidir los cambios. En cuanto sepas exactamente el pasado de todos, sabrás cómo debes manejar su futuro.

Bill seguía asintiendo con los ojos cerrados. Los abrió y dijo con calma:

—Conozco su jodido futuro minuto a minuto. Lo que quiero saber, dejando aparte lo que has dicho sobre el flujo-de-conciencia, que no he utilizado a *tu manera* sino a *mi manera*, es si hasta ahora he descrito al chico y a su madre. ¿Son reales? No me vengas con gilipolleces.

—Hasta la muerte de la madre, sí —dijo Lesser—, pero no después, en la conciencia del chico.

Bill se puso de pie con un grito y arrojó el capítulo contra la pared. Las páginas amarillas dieron un golpe seco y después se desparramaron por el suelo.

—Lesser, estás intentando joderme y armarme un lío. He leído todo eso del formalismo en la biblioteca y es pura caca. Tú estás intentando anular mi modo natural de escribir fingiendo interés por la jodida forma esa, cuando la verdad es que tienes miedo de lo que voy a decir en mi libro y que es que los negros deben acabar con todos vosotros porque nos habéis mutilado la vida. —Luego gritó—: ¡Oh,

qué imbécil hipócrita soy de pedir a un judío blanco que me aconseje cómo debo expresar mi alma negra! Sólo con leerlo estropeas lo que escribo. Tendrían que colgarme de un gancho hasta que algún hermano negro me cortara esos huevos blancos que ahora descubro que tengo.

Lesser, como ya había asistido a algo semejante antes, se apresuró a salir de la habitación.

Diez minutos más tarde apartaba del fuego una sartén con una hamburguesa y apagaba el gas. Después de abrocharse los zapatos, volvió a bajar las escaleras para ver a Bill.

El negro estaba desnudo, sentado ante la mesa con la cabeza inclinada sobre el manuscrito. A pesar de que llevaba las gafas, leía como si fuera ciego. Su cuerpo macizo, en el que se reflejaba la luz del techo, parecía un monumento esculpido en la roca.

Lesser, atónito, se preguntó si aquello era un autocastigo o una manera de enfriarse el yo calentado. Tal vez compara su carne con su creación negra o está misteriosamente afirmando la fuerza de su negrura.

—Bill —dijo emocionado—, hay algo más que no te he dicho.

—Dejo de escribir —dijo el negro, mirándolo tranquilamente—. No es culpa tuya, Lesser, así que no te preocupes. He decidido que no es un trabajo de hombre y que te pudre los huesos. Se me está comiendo el corazón. Sé lo que *debo* hacer, entonces ¿por qué no lo hago? Debo mover el culo y empezar a actuar de verdad. Debo ayudar a mis hermanos negros que sufren.

—El arte es acción, Bill. No te rindas.

—Mi acción es la acción.

Bill miró a la puerta, después a la ventana, como si intentara decidir su dirección futura.

—¿Qué era eso que tenías que decirme que no me has dicho?

—Esto —dijo Lesser, como si hubiera estado en todas partes y sólo le quedara aquel sitio donde estar—: Irene y yo nos queremos y pensamos casarnos cuando yo termine el libro. Hemos pensado que no te importaría mucho puesto que

más o menos has roto con ella. Eso nos dijiste a los dos. Hubiera querido decírtelo antes. Bill, a medida que reflexionaba, iba comprendiendo. Un gemido triste y terrible, un lamento sostenido y atormentado que parecía salir de una grieta de la tierra, brotó de sus entrañas.

—Irene es mi chavala. Yo le he enseñado todo lo que sabe. Antes de conocerme no sabía ni joder.

Se levantó y comenzó a golpear la cabeza contra la pared hasta que las gafas, rotas, cayeron al suelo. Su cabeza rebotaba crujiendo, resonando, hasta que los dibujos de la pared se mancharon de sangre. Lesser, angustiado de horror, agarró a Bill por los hombros para detenerlo. El negro se desasíó, lo cogió por el cuello y, con un gruñido, lo arrojó de cabeza contra la pared. Lesser cayó de rodillas agarrándose la cabeza dolorida. Los ojos se le llenaron de sangre. Bill lo agarró por las axilas, lo levantó y lo arrastró hasta la ventana.

Lesser, volviendo en sí, se aferró a ambos lados del marco de la ventana, resistiendo con la fuerza del terror, mientras el negro, con las venas hinchadas, lo empujaba con fuerza salvaje. El vidrio se rompió y una gran astilla, al cabo de un día o de una semana, se hizo pedazos contra el cemento del pasadizo de abajo. Lesser se vio precipitar contra el suelo, con los sesos desparramados. Triste destino para un escritor. Triste destino para su libro. En el cielo, más allá de las desoladas azoteas, la luna derramaba un velo de luz sobre las nubes oprimentes que la rodeaban. Abajo, una lejana luz roja destellaba en la oscuridad. La luna, poco a poco, se volvió negra. Toda la noche del universo se concentró en un doloroso cubo dentro de la cabeza de Lesser.

Gritando, clavó el tacón del zapato sobre el pie desnudo de Willie, el cual, sin aliento, dejó momentáneamente su presa. Lesser desasíó el cuello del brazo sudoroso del negro y, abrazados, lucharon los dos por toda la habitación, derribando la mesa y la máquina de escribir que fue a estrellarse contra el suelo. La lámpara caída les iluminaba fantasmagóricamente desde abajo. Daban vueltas sobre sí mismos como sombras chinescas. Los ojos de Willie llameaban y su respiración sonaba como un metal percutido. Gruñían y luchaban, emitiendo sonidos animales. Willie cojeaba. Lesser procuraba acercarse a la puerta. Se agarraron de nuevo, el negro tirando, Lesser también. Se separaron, volvieron a agarrarse, enlazados de nuevo, con las dos cabezas ensangrentadas juntas.

—Me has engañado, puerco judío. Me has hecho escribir como un loco mientras tú me birlabas la chavala.

—Vamos a dejarlo y hablemos o acabaremos matándonos.

—Mi error ha sido olvidarme de que te odiaba, blanco de mierda. Ahora te odiaré hasta la muerte.

Ninguno de los dos cedía. Lesser intentaba apartar a Willie de la ventana, mientras el negro, con todo su peso en tensión, las piernas separadas para evitar los zapatos de Lesser, lo doblaba nuevamente hacia el vidrio roto.

La puerta se abrió de repente. Levenspiel los estaba contemplando incrédulo.

Agitó los brazos.

—Asquerosos hijos de puta, voy a denunciaros a los dos.

Se separaron de un salto. Willie cogió alguna prenda de vestir, dio la vuelta a la mesa derribada y, ante el asombro del casero, desapareció.

Lesser se sentó en el suelo mientras se secaba la cara con el faldón de la camisa. Luego se tumbó boca arriba, jadeando con la boca abierta.

Levenspiel, apretándose el corazón con su mano peluda, contempló el rostro ensangrentado de Lesser y le habló como si se dirigiera a un pariente enfermo:

—Dios mío, Lesser, mire cómo se ha puesto. Usted es el peor enemigo de sí mismo. A quién se le ocurre traerse un negro desnudo a casa. Si no sigue mi consejo y se muda, un día se despertara tocando el banjo en la tumba.

Mientras se lavaba, Lesser telefoneó dos veces a Irene. Nadie contestaba. Se peinó tapándose la herida de la cabeza, se cambió la camisa manchada de sangre y fue corriendo en taxi a casa de Irene.

Cuando llegó, Willie se había marchado. Irene estaba aún llena de angustia. Willie había llegado descalzo, había cogido un par de zapatos de tenis de una de las cajas de cartón donde Irene los había metido, se los había puesto y se había lavado con jabón la frente ensangrentada. Habían hablado ásperamente. El negro estaba magullado, sin aliento, furioso, los ojos violentos. La había dejado con un ojo negro y los labios tumefactos. Irene lloraba copiosamente, resentida, cuando Lesser entró. Irene fue a llorar al cuarto de baño, tiró de la cadena y salió llorando. Iba descalza, con un sostén negro y bragas, los pelos recogidos en lo alto de la cabeza con pinzas

de madera. Tenía la boca hinchada, el ojo izquierdo amoratado, los dos húmedos y enrojecidos de tanto llorar. Las arracadas tintineaban absurdamente cuando se movía.

—Te había pedido por favor que me dejaras decírselo a mí —sollozó con rabia—. ¿Por qué diablos no me has avisado por lo menos que ibas a decírselo?

—No he podido. Ha sido imprevisto.

—Mierda no has podido. Es tu maldito orgullo. Tenías que ser tú quien se lo dijera. Esa es tu profesión, decirle todo a todo el mundo. No podías esperar.

—He esperado —dijo Lesser—. Esperado, esperado demasiado a que tú se lo dijeras. Estás loca si piensas que él quería dejarte. La cosa podía haber seguido así durante años. Yo tenía que hacer algo.

—Conozco a Willie. Sé que no era ya feliz conmigo. Lo conozco bien.

—Pero quién te preocupa ¿él o yo?

—Ya te he dicho que te quiero. Pero me preocupa Willie.

—Ha intentado tirarme por la ventana.

Irene se retorció las manos.

—Suerte de Levenspiel que ha aparecido de repente.

Se abrazaron.

Lesser le explicó que había leído el capítulo de Willie y que no era bueno.

—Se lo he dicho, pero me parecía no haberle dicho nada. Tenía que bajar y contarle de qué otro modo me había introducido en su vida. Entonces ha saltado. Siento que te haya pegado.

—Me ha llamado de todo —dijo Irene—. Ha dicho que no soportaba mi vista, que yo había ofendido su ser negro. Me ha dado un correazo en un ojo y se ha ido. Luego ha vuelto a buscar las cajas, me ha dado un tortazo en la boca y se ha marchado otra vez. Me he encerrado en el cuarto de baño. Es la tercera vez que me pone un ojo morado.

Llorando de nuevo, Irene fue al cuarto de baño y de nuevo se oyó el ruido del agua.

—Willie no tolera que nadie le quite nada, sobre todo si es un blanco. Está furioso contigo y ha dicho que lo habíamos traicionado y humillado. Yo le he dicho que lo que había sucedido entre él y yo no todo era culpa mía. Entonces me ha dicho que dejaba de escribir. Yo estaba aterrada. Luego me ha pegado. Todo ha sucedido exactamente al revés de lo que yo esperaba. Yo esperaba que siguiera teniéndome afecto después de romper. Quería que le quedara el recuerdo de lo felices que hemos sido, no que me dejara odiándome.

—No llores —dijo Lesser.

—Quisiera habérselo dicho yo.

—Y yo que lo hubieras hecho.

—¿Estás seguro de tener razón sobre su capítulo? ¿Tan malo es?

—Si no la tengo, es que estoy equivocado en muchas otras cosas. Ésta es la primera versión. No veo que sea tan tremendo si tiene que hacer algunos cambios.

—No sé qué va hacer si deja de escribir. Sólo de pensarlo me encuentro mal.

Lesser tampoco lo sabía.

—No lo puedo creer —dijo Irene—. No es natural. Sólo de pensarlo tiene que asustarse. Yo estoy asustada y tengo miedo por ti.

—¿Por qué por mí?

—No quisiera que nadie te hiciera daño, Harry.

—Nadie me hará daño. —Deseaba que así fuera.

—¿No podías quedarte conmigo un poco? Vivir aquí, quiero decir.

—Tengo que seguir con mi trabajo. Todas mis cosas, notas, libros, manuscritos, están en casa. Me falta poco para terminar el libro.

—Harry —insistió Irene—, Harry, entrar en aquella casa vacía es fácil. Los

amigos de Willie le son muy fieles. Podrían esconderse en el vestíbulo o en la escalera y esperar a que tú salieras. Aquí no podrían hacerlo. Aquí hay un guarda. Si viera algún extraño dando vueltas, llamaría a la policía.

—Si quieren cargárseme, lo harán igualmente, con guarda o sin guarda —dijo Lesser preocupado—. Pueden asaltarme en la calle, de noche. Pueden tirarme un ladrillo desde la azotea de la casa de al lado...

—Basta, basta. Pero ¿cómo puedes pensar en vivir en la misma casa que Willie?

—No creo que se quede después que el casero ha vuelto a descubrir su madriguera. Pero si se queda y piensa en lo que ha sucedido, comprenderá que yo he actuado de buena fe. Si nos encontramos, espero que podamos hablar como personas civilizadas. Si no podemos, habrá lío.

—Harry —dijo Irene—, casémonos y cambiemos de barrio o de ciudad.

—Eso será lo que haremos —dijo Lesser—, en cuanto haya terminado el libro.

Irene volvía a llorar.

¿Y si se casara con ella y dejara la casa toda para Willie? Pero si él se marchaba, de poco le serviría la casa a Willie. En cuanto Lesser se fuera, los demoledores caerían sobre ella como buitres sobre una carroña.

Lesser saltó del autobús en la Tercera Avenida y se apresuró por la Treinta y uno, caminando por el bordillo de la acera para así poder ver las azoteas y poderse apartar si veía caer algo encima de él.

Ante la puerta vaciló, momentáneamente asustado de tener que subir la mal iluminada escalera. Un millón de peldaños, quinientos tétricos pisos, y Lesser vivía arriba de todo. Vio en visiones manadas de ratas o de perros rabiosos, o una horda de negros que bajaba mientras él intentaba subir. Tiene la cabeza acribillada a balazos.

Carnívoros pájaros están comiéndole los sesos. Tiene otros muchos pensamientos espantosos. Basta, o dentro de poco tendré miedo hasta de respirar. Subió la escalera de dos en dos. Lesser empujó la puerta antiincendio del cuarto piso. Escuchó atentamente, conteniendo la respiración. Oía olas que lamían

dulcemente la playa. Cerró la puerta riendo descansado y se apresuró hasta su piso.

Al llegar a su puerta sintió un agudo dolor en la herida de la cabeza, como si le dieran un martillazo. Le pareció que la muerte le había agarrado de los pelos. «No es posible, no tengo nada que valga la pena robar». Pero el candado estaba en el suelo, serrado en dos. La puerta había sido forzada. Llorando de furor, agitando ambos brazos ante sí como si quisiera ahuyentar el mal, Lesser entró en su piso y encendió la luz. Lamentándose, corrió de una habitación a otra, hurgó ciegamente en el armario de su estudio, entró dando traspiés en el cuarto de estar y lo atravesó frenético entre masas de viejas páginas manuscritas, pilas de libros desgarrados y discos rotos. En el cuarto de baño, después de haber mirado en la bañera y de haber emitido un largo, prolongado y triste alarido, el escritor, al borde de la locura, se desmayó.

He aquí este maldito islote.

La canoa de guerra atraca en la húmeda orilla y los tres misioneros, una vez izados los remos y levantándose las faldas de la sotana, saltan a la arena y sacan del agua la larga embarcación.

Cruzan el aire perezoso voces susurrantes, zumbidos de insectos, instrumentos en sordina, una flauta en un bosque solitario, una mujer que canta o solloza en alguna parte.

El Ministro Jefe, vestido con una voluminosa sotana negra con capucha y charreteras de leopardo, y los dos misioneros vestidos de blanco, cubiertos con máscaras negras, vagan por las habitaciones de la gran cabaña descubriendo ocultas provisiones. Encuentran todas las pertenencias del naufragio: queso holandés, cecina, arroz, clavos, una sierra de carpintero, una botella de ron, pan de maíz, tinta y papel.

Sentados en un círculo triangular comen su carne de cabra y beben su licor. Aunque no está presente, él sabe lo que está pasando. Es un día de aquéllos.

El Ministro Jefe rompe la escudilla vacía contra el suelo y se pone de pie.

Ha llegado el momento de empezar nuestra misión. Vamos, rompe a martillazos esos discos, Sam.

De acuerdo, pero ¿es civilizado romper toda esa música?

¿Desde el punto de vista blanco o desde el punto de vista negro? ¿A qué civilización te refieres?

¿Digamos solamente humana?

¿Se cepillan a tu mujer justo delante de tu ojo humano? ¿No es así? ¿Es una cosa bien hecha ese crimen? Sam rompe los discos con un gran martillo oxidado. Salva solamente ese de Bessie Smith, uno de Leadbelly y ese viejo de Charlie Parker que le he prestado. Perfecto, dice el Jefe. Ahora ¿por qué no tiras esos libros que están en esas estanterías de bambú, Willie? Luego arrancaremos las páginas.

Willie no se mueve.

El Jefe en Persona agarra los palos de bambú, los sacude y hace caer, crujiendo, cinco estanterías de libros encuadernados en piel, manchados por el agua, salvados del mar. Los libros caen con estrépito. El Jefe les da puntapiés con sus botas de cuero mientras las páginas impresas vuelan por toda la cabaña.

Abre la puerta del armario. Dentro hay amarillentos manuscritos sobre una tela doblada que antes había sido una vela.

He traído cerillas. Hagamos una buena hoguera. Calienta en el fuego sus manos enguantadas.

Hoy hace calor, dice Sam sudando.

Esos son viejos libros que él ha escrito hace tiempo, dice Willie. Ha publicado los dos.

Entonces no importa si los quemamos.

El Jefe saca la caja de manuscritos, la apoya contra una rodilla doblada, le da la vuelta y hace caer todos los papeles sobre los libros arrancados, sacudiéndola para que se desprendan los que han quedado pegados en el fondo.

Haz una buena hoguera.

Willie se seca la frente seca.

Hace calor fuera.

¿Dónde está el que escribe ahora?

Willie señala con un dedo pálido.

El Jefe recoge la pila de pergaminos de apretada escritura que está en el escritorio hecho con tres tablas de la otra habitación. Busca en cajones y armarios hasta que encuentra también la copia. Está escrita en limpio sobre hojas de papel de color marfil.

Eso tendrás que quemarlo tú, Willie, puesto que ese tipo te ha birlado la chavala blanca y se ha meado en tu libro negro. Te ha privado de tu vida sexual normal y de la profesión que habías elegido. Debes de sentirte como castrado, ¿no? Ojo por huevo, como dicen los Libros Santos.

Willie quema por su cuenta todos los pergaminos y la copia en un barril fuera de la casa, con los ojos ardiendo por el humo espeso y un poco de acedía. Las cenizas calientes huelen a carne humana.

Hunde los dedos en la ceniza y garrapatea un mensaje de carbón en el muro.

LA REVOLUCIÓN ES EL VERDADERO ARTE Y NO TU FORMA DE MIERDA. YO SOY LA FORMA JUSTA.

Lo firma NUNCA TU AMIGO. Y vomita en las cenizas humeantes.

Después de una noche de dolor en la que resonaban todos los años de su vida, Lesser buscó en el cuarto de Willie *su* manuscrito, aunque no sería lo mismo, no sería un verdadero desquite, porque Willie había abandonado la novela. Pero la bolsa con el manuscrito no estaba allí ni tampoco se veía ningún folio. Tampoco estaba la máquina de escribir. El escritor fue a una ferretería de la Tercera Avenida y compró un hacha pequeña. Con rabia y pena destrozó a hachazos la mesa y la silla que había comprado para el negro. Con fuerza brutal hizo pedazos la lámpara llena de borlas que sangró chispas, e hizo jirones el colchón. Lesser pasó horas de piso en piso, de apartamento en apartamento, desde el sótano a la azotea, buscando a Willie Spearmint, que no aparecía por ninguna parte. El asesino había huido.

Lesser vagó por las calles luminosas, perdido sin su libro que escribir. Harry Lesser y su trabajo perdido, su tiempo perdido, su vacío doloroso. Pasó noches mareado en callejones que olían a meados, asqueado, afligido, con su yo convertido en una gran llaga abierta. Se maldecía una y otra vez por haber traído a su casa la copia de la última versión del libro. Durante años, todas las semanas había

depositado la copia del trabajo semanal en una caja fuerte de un banco de la Segunda Avenida. En la caja fuerte había también una copia de la primera versión de la novela que Lesser había estado escribiendo con tan altas e inefables esperanzas. Hacia el final de la última versión había sacado la copia de la caja fuerte para tenerla a mano cuando escribiera la última palabra y estuviera todo listo para hacer las últimas correcciones en ambas copias, una para el editor, otra para él. Ahora eran cenizas. Se veía a sí mismo enterrado en cenizas. El dolor murió lentamente. Nunca muere del todo si es por algo realmente amado. Leyó una carta mojada y manchada de tinta que encontró en un charco. Era una carta de un hombre que lloraba por el amor de una mujer que había muerto. ¿Cómo puede seguir Lesser después de la pérdida de su manuscrito? Se dice a sí mismo que el manuscrito no lo es todo, pero no lo cree. No lo es todo, no lo es todo. El libro no es el escritor, el escritor es quien escribe el libro. «No es más que un libro, no es mi vida. Volveré a escribirlo. Yo soy el escritor». Mientras la primavera estallaba con hojas y flores, Lesser, después de limpiar su cuarto y reparar lo que pudo, empezó, de mala gana, a reescribir una vez más, trabajando a base de una fotocopia de la primera versión, haciendo dos copias de cada nueva página, las cuales depositaba diariamente en la caja del banco. Eso le hacía ir más despacio, pero al cabo de un tiempo no le importaba. Lo que le había pasado a él había ocurrido a otros. Carlyle tuvo que volver a escribir su *Revolución francesa* porque el manuscrito se había quemado accidentalmente en la chimenea de J. S. Mill. T. E. Lawrence volvió a escribir *Los siete pilares de la sabiduría* porque olvidó el manuscrito en un tren. Lesser se ve corriendo detrás del tren. Había pasado lo mismo infinidad de veces antes. Harry imaginaba que esta vez tardaría menos de un año en volver a escribir el libro, porque recordaba muchas cosas de las revisiones. Había tomado nota de los cambios más importantes para recordarlos. Tenía además un gran bloc de notas para cada capítulo que el destructor no había encontrado. Willie había desaparecido desde hacía mucho. Su apartamento vacío resonaba de silencio. Maldito el día en que había llegado a aquella casa. A Irene, por el momento, la veía muy poco. Ella decía que lo comprendía. Las lágrimas asomaban a sus ojos; le volvió la espalda y sollozó, con los cabellos ya casi negros del todo. Levenspiel, a pesar de sus amenazas, no le fastidiaba demasiado. Tenía sus propios quebraderos de cabeza. Uno de ellos era que su madre loca padecía cáncer y estaba muriéndose. Había enviado al escritor una carta certificada en la que le ofrecía siete mil dólares, de los cuales cuatro mil eran de la empresa de derribos impaciente por empezar la demolición. La carta decía entre otras cosas: «Dadas las circunstancias podría obtener una orden judicial de desahucio por inmoralidad y por intentar quemarme la casa ¿por qué no acepta usted mi oferta y se va tranquilamente? Sea hombre». Antes de romperla, Lesser consideró atentamente la proposición. En un papel hizo una lista de dos columnas con las ventajas y los inconvenientes y también lo rompió.

Ciertamente aquel año tendría poco que comer, pero él, de todos modos, comía muy poco.

Está sentado en su luminoso y espacioso estudio, más espacioso que nunca, escribiendo a máquina todo lo aprisa que puede. Espera que esta vez la versión será mejor que la anterior que Willie Spearmint ha quemado tan despiadadamente.

5

Lesser escribe.

Han abierto en canal la descarnada casa de diez plantas junto a la suya, la destruyen piso por piso. Descargan los escombros en un gran camión verde. La enorme bola de hierro que la grúa arroja contra los muros vacilantes y el ruido de los ríos de ladrillos que se precipitan y de vigas que se parten ensordecen al escritor. A pesar de que tiene las ventanas bien cerradas, todo el piso está lleno de polvo de yeso. Pasa el día estornudando. A veces el suelo tiembla, parece moverse. Lesser cree que la casa se parte en dos y se derrumba con un rugido polvoriento. Lesser y su libro inacabado caen gritando entre una explosión de escombros. No era demasiado disparatado pensar que Levenspiel hiciera saltar el edificio con una carga de dinamita y luego echara la culpa a las circunstancias.

Lesser escribe por la noche en horas extraordinarias. Duerme mal, con un ojo sobre la mañana siguiente, cuando sea la hora de escribir. Los latidos de su corazón sacuden la cama. Sueña que se ahoga. Cuando no puede dormir, se levanta, enciende la lámpara de sobremesa y escribe.

El otoño es gris, lluvioso, frío. Corre hacia un invierno prematuro. La estufa eléctrica se ha estropeado y están reparándola. Escribe con el abrigo puesto, la bufanda de lana, la gorra. Se calienta los dedos dentro de la americana, debajo de las axilas, luego sigue escribiendo. Levenspiel le suministra una burla de calefacción. Lesser se queja a los funcionarios de la Vivienda, pero Levenspiel se defiende con astucia: «La caldera tiene cincuenta años. ¿Qué espera de ese viejo trasto? La he hecho reparar doscientas veces. ¿Qué debo hacer? ¿Instalar una nueva para un inquilino sólo que no quiere cooperar?».

—Échelo y ofrézcale nueve mil dólares.

La prima aumenta. Pero allí es donde fue concebido el libro de Lesser hace más de diez años, allí ha muerto (temporalmente) de muerte prematura y allí es donde está intentando renacer. Lesser es un hombre de costumbres, de orden, de trabajo constante y disciplinado. La costumbre y el orden llenan las páginas una a una. La inspiración es costumbre, orden; las ideas nacen, se formulan, se forman. Está decidido a terminar su libro donde lo empezó, donde creó su historia, donde todavía vive.

Una de las cosas más bonitas que tiene escribir es que se puede revisar, cambiar imágenes, ideas, escribir el mismo libro mejor que antes. Una parte parece ya mejor que antes, pero no todo el libro, y Lesser está preocupado por el final. Siente que no lo ha concebido como debería ser. Pero lo hará, lo hará. No hay motivo para que no lo logre, salvo que algunos finales son más huidizos que otros. Con éstos parece que uno está tratando secretamente con la muerte, aunque la fidelidad que uno persigue es abarcar la vida, lo vivo. Algunos finales exigen que uno engañe a la Esfinge.

¿Y si escribiera ahora mismo el final y partiera de donde estaba, que subiera a la montaña desde el llano? «A lo mejor me sentiría más seguro. Si encontrara el final ahora, tal como debe ser, podría aceptar la prima de Levenspiel, irme de este glaciar de ladrillo y escribir el resto cómodamente, tal vez en casa de Irene».

Lesser duda.

A veces lo escrito va realmente mal. Es tremendo cuando las imágenes que deberían emparejarse se repelen, cuando las reflexiones, las ideas, no quieren fundirse. Cuando olvida aquello que quería escribir y no ha escrito. Cuando olvida palabras o las palabras le olvidan a él. Escribe a máquina centro en lugar de dentro. Lesser siente a veces la pala de la desesperación que está excavando. Escribe contra acantilados de resistencia. «¿Qué dicen, que es miedo de terminar el libro? Porque una vez terminado ¿qué otra cosa podría terminar? ¿Miedo de la última confesión? ¿Por qué? Si puedo empezar otro libro después de éste. Confesarme una vez más. ¿Qué es esa distante montaña oscura que hay dentro de mi cabeza cuando escribo? No desaparecerá del paisaje interior, no se hundirá, no se desvanecerá; ni se volatilizará en la luz. No se tornará diáfana, fuego, el propio Moisés descendiendo de la roca ardiente, con Diez Mandamientos en llamas bajo el brazo». El escritor querría que su pluma se convirtiera en piedra bajo la luz solar, el lenguaje en fuego. Es un deseo extraordinario para un hombre de su talla que ha dado todo lo que no

tiene. Lesser vive de sus nervios.

Irene decía que lo comprendía, de verdad.

Al principio estaba terriblemente alterada, herida por la andadura de las cosas. Había esperado que su vida sería más tranquila, más previsible que anteriormente.

—A pesar de lo que te ha hecho Willie, ha sido una acción extrema de la que supongo no debería sentirme culpable. Quiero decir que no debería sentirme culpable por no haberle dicho antes que queríamos casarnos, antes de decírselo tú. En cambio me siento culpable de lo que le ha ocurrido a tu libro. Es terrible.

Durante un tiempo estuvo nerviosa, deprimida, se despertaba a las cuatro de la madrugada y permanecía durante horas tumbada, despierta, contemplando su vida, hasta que volvía a dormirse y se despertaba tarde. Decía que comprendía perfectamente lo que Harry había sentido ante la destrucción de su manuscrito y por qué ahora se entregaba en cuerpo y alma a la nueva versión de su libro. Conocía su manera de ser ya antes. Willie le había dicho que Lesser se había casado con su libro. Decía que le amaba y que intentaría esperarle con paciencia. Lesser le estaba agradecido. Como trabajaba por las noches, se veían solamente los fines de semana. El sábado por la tarde él cogía los bártulos de afeitar y una muda de ropa interior y se iba a casa de Irene hasta el domingo por la noche. El domingo, después de cenar, Lesser iba a pie hasta la Tercera Avenida y allí tomaba el autobús hasta su calle. En general ella no se quejaba cuando él se iba. Pero un domingo, mientras él guardaba las cosas de afeitar en la bolsa, Irene dijo, repentinamente irritada:

—Realmente, Harry, no haces otra cosa que estar sentado sobre el culo escribiendo. Cuando vienes aquí, te sientas sobre el culo y lees.

—Pero no cuando estamos en la cama.

—Las cosas van así. Primero escribes, después lees, luego dedicas un poco de tiempo a echar un polvo, después vuelves a casa. Pero ¿qué vida hago yo? ¿Por qué no te tiras al libro y así ahorramos tiempo?

—La única manera de terminar un libro es no dejándolo. Si leo tus novelas policíacas, es para distraerme de la mía, aunque el sólo hecho de tener un libro en la mano me hace pensar en el mío. Pero mi intención es buena.

—Yo no digo que tu intención sea mala. De hecho, no estoy segura de lo que

quiero decir. Estoy hecha un lío. —Suspiró y le acarició la cara con el dorso de la mano—. Te comprendo, Harry, de veras. Perdona mi impaciencia.

Se abrazaron estrechamente. Él dijo que la llamaría al día siguiente. Ella asintió con los ojos secos.

En el autobús, a Lesser le pareció que su libro tenía menos importancia que la última vez que había pensado en él. Pero cuando llegó a casa y hojeó las páginas buenas que había escrito durante la última semana, el libro volvió a adquirir su dimensión y sus promesas. Lesser se sentó a la mesa y escribió a Irene una carta de amor. Recordaba los primeros días de su enamoramiento e intentaba decirle honradamente, que a pesar de que su sentimiento era ahora menos intenso —la vida que fluye, cambia, la regularidad de la relación sexual que aminora el deseo, su libro eternamente en la cabeza—, él la quería de verdad y deseaba su amor. Después de mandarle esta carta recordó que le había escrito una casi igual la semana anterior.

Irene estaba más guapa que nunca. Llevaba botas altas y ceñidas de color marrón con hebillas doradas sobre las pantorrillas. O bien botas de ante rojo atadas con cordones negros. Andaba con la gracia de sus pies ligeramente vueltos hacia dentro. Llevaba costosas faldas cortas, blusas bordadas y sombreros que parecían exóticas flores de lana. Se había cortado diez centímetros el pelo para eliminar la parte todavía rubia. La cabellera le llegaba ahora hasta los hombros. Llevaba las cejas bien depiladas y las uñas rosas, largas y finas, con grandes medias lunas. Usaba arracadas de estructura compleja que gustaba contemplar en el espejo. Había abandonado la esencia de gardenia y variaba constantemente de perfume. A Lesser le encantaba ver cómo se vestía. Lo hacía despacio, con un cigarrillo colgado de los labios mientras escogía lo que iba a ponerse. Se concentraba en el acto de vestirse. Lesser se preguntaba si Willie, al cruzarla por la calle, la habría reconocido a primera vista.

Irene preguntó a Lesser cuánto le faltaba para terminar y Lesser le dijo que seis meses, aunque pensaba que serían unos diez. No le dijo que a veces temía que el libro pudiera morir antes del final, temor que no había tenido en ninguna de sus otras novelas. Irene dijo que, en ese caso, ella podría seguir en la compañía Off-Broadway si hacían otra obra, aunque no estaba segura. Pensaba también seguir el psicoanálisis. Había estado a punto de interrumpirlo, pero, dado que sus proyectos habían cambiado, podía seguirlo por otros seis meses, aunque le parecía que ahora ya sabía lo más importante de sí misma.

—Comprendo, por ejemplo, que no soy del tipo de las emancipadas: preferiría casarme y tener hijos. A lo mejor eso te desilusiona, dado el gran número de mujeres que hoy día piensan lo contrario.

Lesser dijo que no.

—Imagino que una sola persona creadora en la familia basta y sobra —dijo Irene. Se rió burlándose de sí misma—. Me he convertido en una burguesita de mierda. Lesser dijo que si lo que deseaba era una familia, merecía tenerla.

—Sí, eso es lo que quiero, pero ¿quién se merece nada? ¿Quieres tú de verdad casarte, Harry?

Él dijo que sí, sin añadir nada más. No añadió, por ejemplo, después de haber terminado el libro.

Irene le dijo a Lesser que después de haberse marchado Willie, había pensado en mudarse de apartamento por miedo a que él volviera. No le apetecía nada verlo después de lo que había hecho con el manuscrito de Lesser. Willie no le había devuelto la llave, así que cuando decidió no mudarse hizo cambiar la cerradura. Pero Willie no había aparecido y a veces le molestaba haber hecho cambiar la cerradura, como si este hecho encerrara un significado simbólico que le concernía, pero que no comprendía bien. Lamentaba no saber dónde vivía ahora y a veces le preocupaba pensar si tendría qué comer. Le hubiera gustado hablar con Willie como con un amigo, para saber qué pensaba y qué hacía. Cuando no escribía o por lo menos no escribía tanto como escribía en los últimos tiempos, Willie creaba siempre a su alrededor interés y excitación. A pesar de que al final había demostrado más amor por su libro que por ella, Irene lo recordaba con cariño.

—Está claro que me atraen los hombres que son como vosotros —dijo a Lesser—. Hombres que les importa más su trabajo que yo. Tal vez porque eso es lo que me gusta. No estoy segura, pero sospecho que es así, aunque mi psicoanalista no quiere hacer ningún comentario sobre eso. A lo mejor es que soy incapaz de hacer cosas que yo admiro y quiero estar cerca de hombres que sí las pueden hacer. Me gustan los tíos con imaginación, aunque a veces son unos hijos de puta egoístas y hacen la vida más complicada de lo que es.

Mientras hablaba tenía una expresión inquieta, la mirada incierta e intentaba una sonrisa que no era una sonrisa, pero tampoco dejaba de serlo.

Cuando los fondos de Lesser empezaron a escasear seriamente, el escritor

limitó sus gastos a lo estrictamente necesario, exceptuando algunas idas al cine o a cenar fuera con Irene. Pero Irene, que había observado cómo cada vez le costaba más trabajo desprenderse de un dólar, insistió en prestarle algún dinero. Lesser aceptó, con la condición de devolvérselo en cuanto percibiera el anticipo por el libro. Había pensado, como ya había hecho otras veces, en pedir a su agente un anticipo dando como garantía la primera versión de la novela, pero después decidió no hacerlo. Prefería enseñar solamente el libro terminado. Podría mostrar la parte de la novela que estaba ya lista, pero no le gustaba porque podía dar una idea equivocada de lo que faltaba.

Ni siquiera era capaz de decir cómo sería hasta que no la hubiera acabado.

Irene le recordó que si aceptaba los nueve mil dólares de Levenspiel no tendría preocupaciones.

—Podríamos casarnos, Harry, y trasladarnos a un apartamento mayor con un estudio tranquilo y bien iluminado para ti. ¿Qué diferencia hay en escribir en otro sitio que no sea ese depósito de cadáveres en que estás viviendo? Yo seguiría trabajando y tú podrías concentrarte en tu trabajo.

Lesser dijo que ya lo había pensado, pero que ahora se le estaba dando bien la cosa y no quería interrumpir la corriente teniendo que empaquetar todas sus cosas, trasladarse a un apartamento nuevo, desempaquetar lo suyo y lo de ella, y acostumbrarse a trabajar en un sitio nuevo además de a la nueva vida de casado. Tenían que esperar un poco.

—Creía que pretendías algo más de la vida —dijo Irene—. Eso dijiste la primera noche que nos acostamos.

Dijiste que querías que la literatura fuera solamente la mitad de tu vida.

—Así es, y gracias a ti ahora me siento menos tenso y menos solo. Por el momento el libro tiene prioridad.

—Ahora y para siempre, hasta que la muerte os separe. Y si no es este libro, será el próximo.

Lesser, al buscar en uno de los cajones de la cómoda de Irene unas tijeras pequeñas para cortarse los pelos de la nariz, encontró una instantánea. Era Willie que se reía contemplando un huevo que tenía en la mano, bastante guapo sin la perilla ni el bigote a pesar de sus ojos salientes. La risa le impresionó.

—Lo he tratado como un hombre.

—Harry —dijo Irene una noche de fines de noviembre mientras estaban sentados a la mesa en casa de ella comiendo *sándwiches* y una ensalada de tomates comprados en una tienda próxima —, dime de qué trata realmente tu libro. Todo lo que sé es que trata del amor. Sin revelarles demasiado el argumento, Lesser le dijo que su libro se llamaba *El final prometido*, título y cita tomados del *Rey Lear*. Dijo que se trataba de un escritor, un tipo con una barba negra, de treinta y cinco años, pero prematuramente viejo, al cual muchas veces tortura el pensamiento de haber malgastado gran parte de su vida, más de aquella a la que tenía derecho a malgastar, o en todo caso su esencia. Su nombre, en la primera versión, era Lazar Cohen. Noche tras noche se despierta sudando, asustado de sí mismo, lleno de angustia porque le resulta difícil dar amor. Su novia actual todavía no lo ha descubierto, pero pronto lo hará. Siempre le ha preocupado el amor y lo ha sentido muchas veces por alguien, pero no generosamente, fácilmente, ni tampoco ha sido capaz de mantenerlo mucho tiempo. Es la vieja historia del dar. Él puede y no puede. No da bastante, tiene demasiadas reservas inconscientes, su yo está obstruido. Amar hasta cierto punto no es amar. Su vida traiciona su imaginación.

En fin, ese escritor se pone a escribir una novela sobre alguien que es como él todavía no es. Cree que puede enseñar a amar de acuerdo con un viejo ideal. Ha resistido durante años a esta idea: el éxito no está asegurado y puede ser un asunto que no valga la pena. Sin embargo, en el curso de los tres libros que ha escrito ha logrado infundirse más valor, ¿por qué no probar con el amor? Por algún milagro de transformación, escribiendo aprenderá la traición y la generosidad y acaso algún tipo de sufrimiento. Lo que al final puede suceder, a pesar de las dudas del escritor, es que invente ese personaje que en cierto sentido amaré por él y en cierto sentido lo amaré a él; es decir, ya que las palabras se levantan y caen en todas direcciones, que en este libro el escritor de Lesser al crear el amor del mejor modo posible y expresarlo con la imaginación, extenderá su propio yo y su espíritu. Y así, con un poco de suerte, podrá amar a su novia real como quisiera amarla, y a cualquier otro ser humano en un mundo enloquecido. La historia se desenvuelve alrededor de este tema trágico. La cita del *Rey Lear* es: «¿Quién puede decirme quién soy yo?». Así, Lesser escribe su libro y su libro escribe Lesser. Por eso le toma tanto tiempo.

Irene dijo que era una idea maravillosa y que estaba segura de que el libro sería maravilloso también.

«Esta es una carta importante, Lesser. Léala más de una vez. He descubierto que estoy enfermo, el médico me lo ha dicho. Tengo siempre dolores alrededor del

corazón. He dejado de fumar, pero como si nada. Mi familia está preocupada en serio. Lesser, usted me ha proporcionado preocupaciones y sufrimientos inútiles. Pero yo soy un *rnensch*. Diez mil dólares son absolutamente mi última oferta. Considérela atentamente. Le comunico que he recibido por correo una oferta de Tishman & Co. ofreciéndome comprar este inmueble para levantar un edificio de muchas plantas y estoy pensando aceptarla. Ellos se librarán de usted de un modo o de otro, puede estar seguro. No crea que sus abogados son como mi *shtunk* que no ha logrado echarlo a usted después de todo lo que me ha hecho. Tienen medios para conseguir lo que quieren y usted perderá más de lo que imagina. Ahórrese esa molestia».

«Pero si yo vendo, usted no sacará nada —una porquería— y yo perderé el capital en lugar de hacerlo producir. Piense en lo que le digo con atención, aunque no le quede ni una brizna de consideración por las preocupaciones ajenas. Esta es mi última proposición que le hago, Lesser. Le doy mi palabra. Este es el final».

El edificio de al lado se había convertido en un enorme agujero cubierto de pálidos ladrillos rotos y fragmentos de yeso que emanaban un olor acre después de la lluvia. A Harry le parecía que su casa, sostenida en sus cuatro costados por el aire, oscilaba con el viento. Las cucarachas, sin vivienda, emigraron a la desgraciada propiedad de Levenspiel para vivir con sus parientes. Y también alguna corpulenta rata que el escritor encontraba corriendo por la escalera, resoplando a causa del largo viaje. Lesser metió toda la comida en el frigorífico, comprendidas las latas de conserva. Muchas veces comía frío para no oler a cocina y también para ahorrar tiempo. Las tuberías, aunque no saboteadas, se estropeaban cada vez más. De los grifos de la cocina y del baño salía un chorrito de agua color de orín que él bebía como si fuera vino y con la que se lavaba. Durante dos gélidos días, el agua caliente salió fría como el hielo. Mientras, Lesser gritaba protestas a los de la oficina de la Vivienda desde una cabina pública de teléfono. Aquéllos le aconsejaban que tuviera paciencia, que el casero estaba enfermo, pero que había prometido hacer lo que pudiera. El escritor calentaba ollas de agua para afeitarse y lavar sus pocos platos sucios. Durante una semana el retrete no funcionó. Después de haber probado algún sucio retrete de otro piso, que tampoco funcionaba, tuvo que pagar diez centavos cada vez para usar el urinario público del metro, hasta que finalmente llegó el fontanero.

Una noche le despertaron sirenas en ambos oídos. Un incendio en la casa de enfrente. Agazapado en paños menores ante la ventana, Lesser vio un resplandor en el cuarto piso, pero no llamas. Las ventanas de la casa encendida se iluminaron aquí y allí. La calle retemblaba de motores que bombeaban, de mangueras que se

retorcían, de hombres que corrían. Lo que ardía fue rápidamente apagado, pero dejó a Lesser asustado de su miedo: estallaría un incendio en su casa y terminaría con lo que había quedado de sus bienes literarios y de todo tipo. Se veía a sí mismo bajando desnudo la escalera de incendios, apretando contra el pecho su nuevo manuscrito. A veces, mientras escribía, se imaginaba al casero jadeante aplicando una cerilla a un montón de basura en el sótano para ver qué ocurría. Una noche intranquila, Lesser bajó para echar un vistazo. Buscó entre los bidones cubiertos de telarañas y en la vieja vivienda del portero llena de papeles. Aunque no encontró nada digno de mención subió muy excitado. «La parte inútil de mi imaginación». Lesser se reprochó haberse dado de baja del teléfono, estúpido modo de ahorrar dinero. Subía las escaleras de mala gana. «Cómo odio este sitio». A la mañana siguiente escribió mal y se sintió lleno de dudas sobre el amor y el matrimonio.

Tenía aquella siniestra sensación de que alguien le había estado observando en el sótano. ¿Un hombre con un solo ojo? ¿Con una sola pierna? Feos pensamientos. «Será mejor que me controle, bastantes líos tengo para que encima me los invente». Si había alguien, sería algún pobre desharrapado que buscaba refugio para pasar la noche. A lo mejor Levenspiel había alquilado una némesis para destrozarle los nervios. Contra su voluntad, Lesser comenzó a investigar quién podía ser. Si era un vagabundo o un *hippy* descarriado, llamaría a la policía para que los echaran. Fea acción para alguien sin cobijo, pero él tenía que protegerse de las distracciones. Lesser pensó en hacer que arreglaran la cerradura del portal, para controlar la inmigración clandestina, pagándolo de su bolsillo. Podía incluso cambiarla y enviar un duplicado de la llave a Su Señoría para que no pudiera denunciarlo por impedirle la entrada en su casa. Pero en su estado de ánimo actual, Levenspiel era capaz de romperla sólo para fastidiarle. Además no podía permitirse gastar diez dólares más después de la elevada cuenta del cerrajero que había tenido que pagar para arreglar su puerta: tres grandes cerraduras nuevas y un sistema de alarma.

Con el hacha de corto mango en la mano húmeda, más como advertencia que como arma, el escritor, empezando por la planta baja, registró todos y cada uno de los apartamentos. A medida que iba subiendo de piso no encontraba a nadie, nada nuevo. En el que fue apartamento de Willie, donde Lesser había visto la eternidad a través de una ventana rota, se asombró al ver esparcidos por el suelo combado de la cocina los restos de los muebles que él había comprado para el negro y que, en un momento de furia y de ceguera, había hecho pedazos. Lesser, con la madera, formó una pirámide. Instintivamente buscaba una vez más en los armarios empotrados por ver si hallaba un rastro del manuscrito de sagrada memoria. Ni una sola página resucitada, pero no podía evitar seguir buscando. Muchas cosas

que a veces era difícil, por no decir imposible, reconstruir en la actual reelaboración, estaban bien escritas en el original destruido: palabras, pasajes, enteras descripciones que no conseguía recordar por más que se exprimiera el cerebro. En el quinto piso, exceptuando algunos restos de excrementos humanos que parecían tener por lo menos un año, y en el sexto, no encontró nada. Ninguna señal de vida que reseñar. Quitándose de la cabeza una posible presencia, volvió al trabajo. Pero se le ocurrió que tenía que haber registrado otra vez el sótano. ¿En busca de qué? ¿Del invierno?

Es invierno.

El viento gime. Lesser escucha y le dice que se vaya a la mierda. Frías olas lamen la playa desnuda. En el mar plomizo flota algo que no sabe qué es. Sospecha aún que Levenspiel ronda por allí apoyado en su muleta.

O acaso es su abogado. O tal vez un nuevo parásito que deja tras de sí una estela de humo. Si fuera supersticioso, lo estaría pasando muy mal. Mientras escribe, recuerda el pasado muerto, imágenes huidizas. La muerte de su madre en un accidente callejero cuando él era un niño. Había salido a comprar una botella de leche y no había regresado jamás. Muerte de su hermano mayor en la guerra anterior a esta guerra. Había desaparecido, «desaparecido en acción de guerra», nunca más se había vuelto a saber de él. Sin una última palabra. A lo mejor estaba todavía esperando un tren en alguna selva asiática. Muertes inútiles. La vida es tan frágil, fugaz. Una de las cosas que tiene escribir un libro es que uno mantiene a la muerte en su sitio. Un padre anciano al que hace años que no ve. Sería hora que le escribiera. En cuanto termine tomo el avión para Chicago y voy a verlo. Piensa, también, en Holzheimer y en algunos otros inquilinos que han vivido y muerto en la casa, antes que Levenspiel decretara el Éxodo. Lesser siente un exceso de miedos innaturales: miedo diario de que le roben las páginas que cotidianamente añade a su manuscrito, que se las arrebaten en la calle antes de depositarlas en la caja del banco; de que esa miserable casa se derrumbe como un hipopótamo herido vomitando sus páginas perdidas, o de que alguien le pegue una paliza en las escaleras del metro y él se quede allí, incapaz de arrastrarse hasta su casa. Allí está su libro abandonado sobre la mesa y sólo la habitación lo lee. Al día siguiente —Levenspiel jura que Lesser se ha trasladado a San Francisco— llegan los demolidores y con las grúas arrancan los intestinos de la casa, el corazón (allí donde él escribía) y golpean su esqueleto. ¿Final del libro, de la era, de la civilización? ¿El absurdo destino del hombre?

Juraría que ha oído pasos en el rellano. Coge el cuchillo del pan de un cajón

de la mesa de la cocina. Imprudentemente abre la puerta de par en par y no ve a nadie. ¿Se trataba de alguien real? ¿De una presencia negativa como en una película? ¿El fantasma blanco de un hombre negro que vaga por los pasillos? Va a ver al médico de Irene y éste le dice que padece una forma de deficiencia de vitamina B. Le dan inyecciones, se encuentra mejor y escribe más aprisa.

Una mañana, mientras el escritor, bajo la nieve de enero, está vaciando la papelera en el abollado cubo de la basura que hay delante de la casa, descubre que está lleno de folios amarillos escritos a máquina, arrugados, hechos una pelota. Lesser, aterrado, deja caer con estrépito la tapa del cubo de la basura.

Willie ha vuelto. Lo había sentido en los huesos.

Lesser, cubierto con una gorra y un abrigo pesado, dejó la papelera llena de papeles blancos rotos sobre la nieve blanda y, conteniendo el aliento helado, levantó de nuevo la tapa y hurgó entre la masa de folios hechos una pelota, desdobló algunos y los leyó con prisa. No hay duda, es la máquina de escribir de Willie; inconfundibles aquellos caracteres tiesos e inelegantes. Una tras otra, Lesser extrajo unas veinte pelotas de papel de un total de por lo menos doscientas, y luego puso cuidadosamente en orden, lo mejor que pudo, los folios desarrugados. Algunas páginas faltaban, pero Willie reescribía tanto que no costaba mucho esfuerzo colegir lo que decía. Eran apuntes para cuentos, esquemas cortos y largos, principios de novela, cartas de exhortación a sí mismo, páginas de su antigua novela, páginas de una nueva que trataba de un protector sádico y de su puta. A juzgar por la cantidad de trabajo que había en el cubo solamente, Willie llevaba por lo menos dos semanas en la casa. ¿Dónde? A lo mejor había ido trasladándose de piso en piso. Él sabía que yo le buscaba, ¿me estaría buscando él a mí?

Después, sin saber exactamente por qué, pero pensando que siempre es mejor saber que no saber, fue otra vez de piso en piso escuchando, no para enfrentarse necesariamente con Willie, sino al menos para saber dónde estaba. Lesser tenía que poner las cosas en orden, hacer planes si fuera necesario. ¿Acaso telefonar a Levenspiel y hacer que arrojaran al intruso para proteger la propiedad de los dos? Sin embargo... mientras escriba no es peligroso o por lo menos así parece. En los pisos segundo y tercero, Lesser, que se movía furtivamente, no oyó nada. En el tercero, después de haber abierto cuidadosamente la puerta antiincendio, escuchando con el aliento contenido para así detectar mejor, para absorber cualquier fuente de sensación procedente del suelo, oyó finalmente, angustiado, un débil ruido de escribir a máquina con un ritmo que reconocía.

Ha vuelto Willie. Lesser localizó el apartamento y se detuvo, tenso, ante la puerta. Pensó en abandonar el edificio, pero ¿adónde iría? ¿Iba a meterse en aquel momento en el jaleo del traslado? ¿Y por qué debía hacerlo con la novela sin terminar? El libro, en aquel momento, progresaba fantásticamente. El día anterior había sido excelente, ocho páginas escritas a máquina... cosa rara para Lesser. Había tenido la sensación de que a floraban de nuevo o recordaba completamente algunas de las escenas que había sido incapaz de reconstruir o que se producía una formidable recombinación de acontecimientos que hacía concebir la esperanza de alcanzar un efecto mejor que antes. Y, además, el final justo. Y sobre todo ¿quién es el inquilino legal que paga?

¿Por qué había vuelto Willie? ¿Es venganza lo que busca? ¿Más venganza? Lesser se estremeció dentro del abrigo. Decidió que había regresado para escribir: Willie era un escritor. Eso decía en las desesperadas notas que se dirigía a sí mismo y que Lesser había encontrado en el cubo: «Tengo que escribir mejor. Mejor y mejor. En negro, pero mejor. Sólo en negro. Ahora o nunca». Había vuelto a la casa porque no tenía dinero para pagar ningún alquiler. Tal vez había regresado para terminar el libro empezado allí. Uno prefiere no variar de sitio cuando está escribiendo un libro. Uno no tiene ganas de andar por ahí cuando está metido de verdad en algo.

Aquella noche, Lesser trabajó hasta tarde, más tarde que de costumbre. A veces se detenía para escuchar, preguntándose si Willie habría subido furtivamente las escaleras y aplicado su envidioso oído a la puerta para escuchar al escritor escribiendo como un condenado a máquina.

Leía lo que el otro tiraba a la basura. Lesser vaciaba su papelera en el cubo de la casa de enfrente para que Willie no pudiera ver su trabajo.

Durante un tiempo, Willie estuvo reescribiendo el desastroso último capítulo de su novela sobre Herbert Smith y su madre. El chico tiene quince años y se droga. Roba para pagarse el vicio. La madre es una borracha, maloliente, destruida, incapaz de estar serena una hora al día.

De cuando en cuando, el chico se mete en su cuarto para darse una inyección o para dormir en el suelo mientras ella ronca en el colchón empapado de orines. El suicidio no se produce. La madre muere desatendida por falta de nutrición, mientras Herbert se masturba en el retrete común del rellano. Cuando entierran a la madre en el cementerio de los pobres, no asiste nadie a fingir dolor. Al día siguiente, el muchacho va a la tumba e intenta experimentar alguna emoción. Intenta imaginar los sentimientos de su madre sobre su propia vida, pero lo deja correr. Se

encuentra mal porque necesita pincharse. Se va, pero al volver la cabeza desde la cancela ve que encima de la tumba negra de su madre hay un Cristo. El muchacho vuelve sobre sus pasos para quitar aquel blanco de encima de la tumba de su madre.

Esta parte del capítulo era excelente, pero Willie no había proseguido.

Tal vez no había tenido valor para continuar. Tal vez no podía.

Había escrito diversas versiones de un extraño y chocante cuento titulado «Goldberg sale de Harlem». Un judío propietario de un barrio pobre, vestido con un abrigo de cuello de piel, va a recolectar el sucio dinero de los alquileres, y tres ancianos y una jamaicana lo asaltan en un oscuro vestíbulo. El judío se debate y grita, pero ellos lo apuñalan hasta que la sangre le sale por la nariz. Después arrastran su gordo cadáver escaleras abajo hasta el sótano.

—Cortémosle un pedazo de carne a ver a qué sabe —dice un viejo.

—Sabe a judío, que no es un buen sabor —dice la jamaicana.

Luego le quitan la ropa apuñalada y dejan el cadáver en el sótano.

Por la noche, tarde, van a una sinagoga, se cubren con los *yarmulkes* y rezan como si hablaran en yiddish.

En otra versión, la sinagoga era una mezquita y los negros bailaban ritualmente.

Willie había escrito el cuento por lo menos cuatro veces, pero no le había salido como quería. Una semana después todavía lo estaba intentando.

Entonces escribió varias páginas experimentales. Una se titulaba «Destino manifiesto». Decía así:

negro, blanco, negro, blanco, negro, blanco, negro, blanco, (hasta el final de la página)

negro, blanc, negro, blanc, negro, blanc, negro, blanc, (hasta el final de la página)

negro, blan, negro, blan, negro, blan, negro, blan, negro, (hasta el final de la página)

negro, bla, negro, bla, negro, bla, negro, bla, negro, bla, (hasta el final de la página)

negro, bl, negro, bl, negro, bl, negro, bl, negro, bl, negro, (hasta el final de la página)

negro, b, negro, b, negro, b, negro, b, negro, b, negro, b, (hasta el final de la página)

negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, negro, (dos páginas)

NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO NEGRO
(cinco páginas así)

NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NERA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA
NEGRURA NEGRURA NEGRURA NEGRURA (Así hasta el final del libro).

Había algunos poemas cortos que pertenecían a «Destino manifiesto»:

El blanco no tiene esplendor, no hay luz para el blanco; el negro resplandece de verdad, tiene luz dentro.

Te quiero. Mujer Negra. Tócame por amor, hazme TODO NEGRO.

Lesser encontró tres variantes de un poema de amor dedicado a Irene. No sabía qué había sido escrito antes si éstas o «Te quiero, Mujer Negra».

Irene reina perdida echo de menos estar entre tu Rollo de Gelatina.

Mi chavala nació blanca. No es culpa mía. Yo soy negro como la noche. No es culpa mía. Yo solía joder con ella. Ahora jodo a mi suerte. No es culpa mía.

Irene, Chavala Blanca, dejaste al Caballero Negro. Willie jodea su suerte. Hola, triste Ojos azules.

Lesser dejó de hurgar en el cubo bajo la nieve.

He aquí la doble ceremonia nupcial celebrada en su mente.

El viejo Jefe de la tribu, el custodio nupcial, mientras aguanta con sus manazas las patas estremecidas del cabrón moribundo, gruñe al tiempo que la sangre espesa se escurre de la herida semejante a una vulva en el vestíbulo de su gran cabaña. Eso es para los espíritus. La sangre no lo hará *kosher*, pero la novia blanca, morena, judía, hermosa, no es verdaderamente ortodoxa. En fin, es un amplio vestíbulo y hay mucha sangre roja.

En esta fresca mañana de verano tropical, el descarnado Jefe de pelo blanco y ojos negros, que lleva un gorro de piel de cabra con una pluma de águila sobre la cabeza desdentada, ha degollado limpiamente un ruidoso cabrón para la hija de su hijo; el hombre nacido bajo una mala estrella que fue a América contra el consejo del oráculo de las Colinas y las Cavernas. Murió en su sangre, apuñalado en el pecho, en el estómago y en los riñones, durante una partida de dados en Boston.

—Feh — dice una voz al fondo.

—Sha — dice su hijo.

Ambas novias han sido alegremente conducidas a la choza nupcial por un cortejo de parientes, vecinos y algunos forasteros curiosos. Las muchachas del clan,

ungidas y adornadas, han cantado poemas a lo largo del polvoriento sendero del bosque, acompañadas de gongs, pequeños tambores y una flauta de metal tocada por un cojo, mientras los jóvenes sudorosos, llevando largas lanzas, bailan saltando y gritando, con sus miembros viriles ondeando igual que un racimo de uva bajo sus taparrabos.

En la dirección de la cornuda luna diurna, un riachuelo corre hacia el mar formando un arco desde el inquieto océano. Los jóvenes apoyan las lanzas contra el tejado de paja de las cabañas que rodean la plaza sin hierba. Los gallos y las gallinas enloquecen entre la muchedumbre y pican los pies de la gente. Un viejo da un puntapié a un gallito. Un seco viento de tierra trae el olor maduro del estiércol de vaca.

—Feh.

—Sha.

Un hombrecillo, moreno de cara y manos escrupulosas, la piel como la leche cuajada, intérprete del Jefe para el matrimonio, que una vez en el lejano pasado trabajó como ayudante de bibliotecario en Whitechapel, dice que aquel olor es una buena señal. Es un auspicio de abundancia.

—¿Abundancia de qué? —pregunta Willie.

—La vaca que no come no produce excremento.

Parientes e invitados a las bodas se amontonan en la granja sin ventanas, nubosa por el humo del fuego de hierbas. Los notables de la tribu con blandos sombreros y vestidos de colores vivaces se sientan en sus banquillos de madera tallada. Algunos ancianos de la tribu desenrollan pieles de cabra y se sientan en ellas con las piernas cruzadas, fumando en pipa y hablando de vacas. El tabaco les hace estornudar. Las ancianas, con ornamentos y collares de marfil, dan con voz aguda instrucciones a las más jóvenes, las cuales preparan los pollos y los boniatos y llenan de cerveza las calabazas. Junto a las mohosas paredes de la larga cabaña, los jóvenes y las doncellas hacen planes, riéndose, para más tarde entre la hierba. Casi todos se divierten. Los que llegan de lugares lejanos, parientes y amigos del novio y de la novia, con estados de ánimo diversos, se contemplan y esperan.

El custodio del matrimonio, con la toga azul anudada sobre el huesudo hombro izquierdo, y el intérprete están sentados contra la pared, mientras el nervioso rabino de barba crespa y sombrero negro contempla perplejo la asamblea.

Una pareja nupcial está sentada ante el jefe desdentado, la otra está de pie ante el rabino que se seca la seca frente con un mugriento pañuelo. Lesser y Mary, que visten menos cosas que los demás, están sentados en una piel de leopardo. Él se frota los brazos porque tiene piel de gallina a pesar del fuego que hay en la plataforma y que ilumina la larga cabaña. Willie, vestido que impresiona, luce un sombrero de terciopelo negro y una túnica amarilla recamada encima de su mono recién lavado. Irene, aderezada inmaculadamente, con su espesa cabellera hecha un moño sobre la oreja izquierda, se ha enrollado alrededor de la cabeza una bufanda de flores. Lleva largas arracadas y un ramo de lises y margaritas. Bajo el baldaquín nupcial de seda, sostenido por palos triangulares de eucalipto que exudan una linfa aromática, el rabino se encuentra incómodo, pero dispuesto a actuar. Es un hombre macizo, de media edad, con pantalones sucios de barro que le caen encima de los tacones cubiertos de fango seco. Sus uñas de fumador están manchadas de amarillo. Lleva la barba sin cuidar. Tiene la expresión ausente. Con el ceño fruncido lee una y otra vez el contrato matrimonial. Luego, acercándose a los ojos, lo lee de nuevo.

El Jefe habla con voz gutural al hombre de la piel de leche cuajada que está a su lado y el intérprete, con voz aguda, repite las palabras a Lesser y a su prometida. Ella parece tranquila, pero él ve que su corazón late con fuerza bajo el seno.

—Él dice: «Cuando nuestra hija negra se casa con un blanco, nosotros no nos regocijamos, pero es menos malo que si lo hace nuestro hijo, puesto que la mujer blanca le hará apartar su cabeza de su poblado y de su familia».

—Él dice: «El padre de mi hija, mi hijo, está entre los muertos. Por eso me pide que hable con su voz, y así él la da a este hombre blanco para que sea su esposa. Este es su deseo. El precio de la novia es de diez vacas, que serán pagadas y nosotros aceptaremos. He dicho esto a los dioses del matrimonio y he dicho a las sombras de mis antepasados que ella se casará ante la gente de la tribu, sin avergonzarse ni esconderse. Las vacas no están enfermas, son gordas y tú no nos has engañado».

El anciano Jefe, reteniendo la imagen de Lesser en sus dos ojos negros, asiente.

—«Nuestra hija vivirá contigo y guisará tu comida y cuidará tu jardín si tú lo plantas. Y parirá un hijo varón para proseguir tu linaje a fin de que tu nombre y tu presencia permanezcan en esta tierra después de tu muerte. Ella satisfará tu corazón y tú debes tratarla con dulzura».

El novio, con una falda de rafia ahumada que le llega de la cintura a las rodillas por encima de los pantalones cortos, promete que así lo hará. Lleva el collar de cuentas verdes y violetas que Mary Kettlesmith le dio una vez, un gorro de piel de cabra de color rojo sangre en la cabeza y ahora sostiene en la mano una larga lanza enmohecida.

Su novia, con una pluma púrpura en la mano, dice que también ella será dulce. Tiene entre el pelo sedoso florecitas azules y le han frotado las piernas con tanino. Un collar rojo de tres vueltas pende entre sus succulentos senos. Bajo su corta falda de embarazada su vientre está en flor.

—Ahora estáis casados —dice el intérprete—, sin embargo, según nuestras costumbres, el matrimonio no es válido hasta después que haya tenido lugar el nacimiento de vuestro primer hijo.

—Es un largo matrimonio —dice Lesser.

—Tú lo has querido así —dice Mary.

¿Quién lo ha querido así? ¿Qué estoy haciendo aquí tan lejos del libro que he de terminar? ¿Por qué estoy desafiando la fortuna? ¿Quién te dirá lo que no sabes?

El Jefe habla nuevamente:

—«Yo soy un anciano con muchas estaciones y tú eres joven. Tú conoces más libros, pero yo soy más sabio. Yo he vivido mi larga vida y sé lo que ha ocurrido. He tenido seis mujeres y veintinueve hijos. Muchas veces me he sentado con la muerte y conozco el pesar de muchas pérdidas. Escucha mis palabras».

Lesser, temiendo no escuchar, escucha con atención.

—Él dice: «Cuando el espíritu maligno intente trepar hasta tu ojo, mantenlo cerrado hasta que se duerma». Él dice: «No claves tu lanza en el vientre de aquellos que no son tus enemigos. Si alguno obra mal, el mal no muere. Vive en la cabaña, la plaza, el poblado. La ceremonia de la reconciliación es inútil. Los hombres pronuncian las palabras de la paz, pero no perdonan. Él dice si estás seguro de recordar sus palabras».

—Dile que he entendido.

—Él dice que entenderás mañana.

Los ojos del anciano Jefe se agarran con más fuerza a los de Lesser. Lesser escucha aún más atentamente.

—Él dice: «La oscuridad es tan grande que pone cuernos al perro». Él dice: «El ratón que se crea un elefante se partirá la espalda».

—He entendido.

—Él dice que mañana.

—Como sea lo escucho.

—Él te dice: «Come el fruto donde lo encuentres. El tigre que desgarrar sus propias entrañas no digiere su comida». Él te dice: Disfruta de la vida, pues las sombras se llevan remando los años en rápidas barcas y traen la oscuridad. Transmite mi sabiduría».

—Lo haré. Estoy escribiendo un libro.

—Él dice que no quiere que sus palabras estén en tu libro.

Lesser permanece en silencio. El Jefe se levanta.

—Salud a ti y a tu esposa.

Liberado de su mirada, el novio se levanta tranquilizado.

El intérprete bosteza.

El Jefe bebe vino de palma de una calabaza.

Un joven toca un tamboril.

El escritor, disfrutando de la vida, inicia una danza con los pies descalzos y la lanza. Los hombres de la tribu baten el ritmo con las manos. La falda de rafia del escritor cruje, los aros que lleva en las pantorrillas tintinean mientras él blande la lanza de un lado a otro para ahuyentar los espíritus sucios. Gruñe a cada lanzada.

Terminada la danza, su pobre padre, A. Lesser, antiguo sastre lleno de salud, reducido ahora a piel y huesos, viejo irritable en una silla de ruedas de aluminio, dice a su sudoroso hijo:

—Deberías avergonzarte de bailar como un *schvatzter*, sin ropa.

—Es una danza ritual, papá.

—La culpa la tengo yo por no haberte dado una educación hebrea.

El anciano llora.

El novio habla a su esposa encinta.

—Mary, poco amor hay en mí, no me preguntes por qué, pero intentaré darte el que te corresponde.

—¿Por qué, entonces, Harry, todo eso?

—Pienso que por el tipo de persona que eres. Lo demás lo sabré después.

—*Okay*, entonces.

Se besan.

—*Okay* —dice el intérprete escrofuloso.

El rabino entona una plegaria en hebreo.

El parloteo tribal cesa.

Irene y Willie, bajo el baldaquín de seda blanca, sorben en copas de cristal Mogen David importado. Los padres del novio, huesos blancos en tumbas negras, no pueden regresar hoy de su viejo país, pero Sam Clemence, un testigo de Harlem, EE. UU., a pesar de padecer una terrible diarrea y de una intensa sensación de pérdida personal, permanece allí de pie por su amigo Willie.

El padre, la madre y la hermana pequeña de Irene, rubia genuina, están reunidos a un lado del baldaquín. El padre, David B. Belinsky, es un tipo de rostro lozano y pies inquietos, con sombrero negro de fieltro y traje de alpaca, camisa a rayas y ancha corbata. Fabrica botones. Sonríe amedrentado. La madre, alta, pasa el día sentada en casa: lleva un sencillo vestido blanco, zapatos ortopédicos y una pámela azul que le tapa los ojos. Sólo se le ve la mitad de la nariz. La hermana, entristecida, está casada con un agente de seguros que gana mucho. Ella cuida de la casa y de tres niños pequeños

A pesar de que la larga cabaña del Jefe no es un barco, todos los presentes parece que estén mareados.

El novio, después de haber buscado concienzudamente en los bolsillos, dice que le parece que se ha olvidado el anillo nupcial. Todos se miran atónitos. El padre suspira momentáneamente tranquilizado, pero el rabino dice que está permitido dar a la novia una moneda en lugar del anillo, así que Willie le entrega una moneda de diez centavos caliente que saca de uno de los bolsillos del pantalón y que Irene mantiene apretada en la mano durante toda la ceremonia.

En el segundo asalto —durante el primero había escuchado atentamente las palabras—, Willie repite lentamente lo que dice el rabino:

—*Hare at mekudeshet li betabaat zu, kedat moshe veyisrael.*

—¿Qué estoy diciendo? —pregunta a Irene.

—Te lo he dicho: «Tú te prometes a mí con este anillo de acuerdo con la ley de Moisés y de Israel».

Willie se humedece los labios secos.

—¿Eso sólo para el matrimonio?

—Eso basta cuando tú quieras. Dijiste que nos casaríamos si la ceremonia se celebraba aquí.

Él asiente y se besan.

Los invitados gritan: Ya.

El rabino recita las siete bendiciones.

Willie, con dos golpes de bota, rompe la copa de vino.

—*Mazel Tov* —dice Lesser.

Los músicos acarician y baten los tambores, ligera y alegremente. Suena una flauta de bambú.

—Ahora sois marido y mujer —dice el rabino—. Siento ganas de llorar, pero

¿por qué debería hacerlo si el Señor dice: Regocijaos?

—Willie e Irene, escuchadme. ¡Oh, cosa difícil es un matrimonio en las mejores circunstancias! ¿Cómo será, pues, si además uno es negro y el otro blanco? No digo sino que el mundo es imperfecto. Pero vosotros lo habéis querido así y yo os deseo salud y felicidad y las mejores circunstancias para vosotros y vuestros hijos. Los rabinos colegas míos me critican duramente por haber llevado a cabo esta ceremonia, pero ante mí mismo sé que Dios lo permite y por eso lo he hecho.

«Willie e Irene, para gozar de los placeres del cuerpo no necesitáis una educación universitaria, pero vivir juntos en el amor no es tan fácil. Además del amor, lo que preserva el matrimonio es lo que preserva la vida: la confianza mutua, la comprensión recíproca, la generosidad y también la firmeza de ánimo, para que podáis hacer aquello que no es fácil hacer cuando se debe hacer. ¿Qué más puedo deciros, hijos míos? O bien me entendéis o bien no».

«También os pido que recordéis que un matrimonio es un pacto solemne. Los dos convenís que os amaréis recíprocamente y que protegeréis vuestro matrimonio. Quisiera recordaros el pacto de Abraham con Dios y, a través de él, el nuestro. Si seguimos siendo aliados de Dios, será más fácil ser aliados uno del otro».

—Así lo haré —dice Irene.

—En mi casa nunca ha habido ningún dios —dice Willie—. ¿De qué color es?

—Del color de la luz —dice el rabino—. Sin luz ¿quién es capaz de ver el color?

—Menos el negro.

—Un día Dios reunirá a Ismael con Israel para que vivan como un solo pueblo. Y no será éste el primer milagro.

Willie ríe, llora, luego permanece mudo.

—Bailemos —dice Irene.

Los invitados, incluso los notables, se levantan, alzan los pies y bailan. Algunos jóvenes intentan imitar a las parejas recién casadas meneando las caderas y los hombros, pero lo dejan y comienzan a pisotear el suelo, a agitarse y a girar. Las mujeres sirven pollo con ajonjolí y tomate, boniatos asados y vino de palma.

Algunas muchachas, con flores en el pelo, danzan en círculo. Los jóvenes negros gritan y arman jaleo mientras dan vueltas a su alrededor.

Los que tienen ganas de llorar, lloran. Una boda es una boda.

Irene pregunta a Lesser, mientras bailan un último baile juntos:

—¿Cómo te explicas todo eso, Harry?

—Es algo que imaginaba, como un acto de amor, el final de mi libro, si me atreviera.

—No eres tan arriesgado —dice Irene.

FIN

Lesser levantó la tapadera del cubo de la basura y un olor caliente a cosa podrida le llenó la nariz. Retrocedió como si le hubieran golpeado la cara.

«Una rata muerta», murmuró, pero lo único que vio fue una masa de hojas de papel azulado hechas una pelota. Willie había terminado el amarillo. Tapándose la nariz se acercó al cubo. Se apartó, desarrugó y reunió varias hojas de papel de al menos tres cosas que Willie estaba escribiendo.

En este cuento, en un caliente atardecer de verano, mientras el olor a col y a costilla de cerdo flota en el aire lleno de reflejos alrededor de los edificios de la calle 141 cerca del río, cuatro negros se apostan en cuatro tejados de alquitrán a lo largo de la calle, dos a cada lado, formando un cuadrilátero irregular. La gente que está ante los portales pliega las tumbonas y se mete en casa apresuradamente. Llega un Chrysler azul y se detiene en la esquina. Los negros del tejado abren fuego desde cuatro puntos contra el policía negro de uniforme que baja de su coche nuevo. Dos balas le hieren en el vientre, otra cerca de la columna vertebral, otra en la nalga derecha. El policía gira sobre sí mismo agitando los brazos como si intentara mantenerse a flote en un remolino, pero está ya muerto cuando cae sentado en la acera ensangrentada, mirando sin verlo un palomar que hay en una azotea desierta. El cuento se titula «Cuatro muertes para un cerdo».

Lesser encontró un *blues* de protesta que Willie aparentemente había escrito de un tirón: «Los últimos días de Goldberg», titulado también «Blues de Goldberg».

*Goldberg, and Mrs. Goldberg, goodbye goodbye All your life been cheatin us poor black Now we gon take that gold pack off your back Goldberg, and Mrs. Goldberg, goodbye goodbye Your day is gone past You better run fast. Goldberg, and Mrs. Goldberg, goodbye goodbye Comin a big U. S. Progrom Well, I'm gonna sing and hum.*³

Lo había firmado: «Willie Shakespeare Ciego».

En relación con este *blues* había un escrito titulado «El primer pogrom de los EE. UU. de A.». Un grupo de guerrilleros del ghetto con gorras y chaquetas de cuero negro, decide que puede contribuir a la causa de la Revolución demostrar que en los EE. UU. de A. es posible un pogrom. Cierran las dos salidas de una calle comercial, la calle 127 entre la Avenida Lenox y la Séptima, atravesando grandes camiones. Después, rápidamente, de acuerdo con unas listas preparadas de antemano, sacan de una lavandería, de una zapatería, de una casa de empeños y de diversos comercios de los que son propietarios, a ambos lados de la calle, todos los sionistas que encuentran, machos, hembras y los de en medio. Ninguna de aquellas porquerías de los nazis que rompían las ventanas y obligaban a los sionistas a barrer la calle o a frotarse la cara con mierda de perro. Trabajando rápidamente en pequeños grupos, los guerrilleros ponen en fila a una docena de judíos que gimen y se retuercen, entre los cuales está Goldberg, delante del Liquor Emporium de éste, y los matan a pistoletazos. Los guerrilleros desaparecen antes de que se oigan las sirenas de la policía.

Willie había escrito el pogrom doce veces y Lesser renunció a buscar más folios. En una de las versiones, algunos empleados negros intentan proteger a sus antiguos dueños, pero son disuadidos por varios disparos hechos al aire. A uno que insiste lo matan junto a los sionistas. Le disparan en la cara como advertencia para los demás Tíos Tom.

Al pie de la última página había una nota escrita a mano con caligrafía de Willie: «No es que yo odie a los judíos. Pero si siento algún odio, no lo he inventado yo, sino que yo he nacido en los grandes EE. UU. de A. y aquí suceden cosas que se te meten en la piel. Y además porque conozco a los judíos. Y porque el movimiento de libertad de los negros está en contra de ellos».

La niebla se filtraba en la casa llenando todos los apartamentos vacíos, todas las habitaciones heladas, con un olor de agua muerta. La playa hedía en la marea baja. Una bandada de gaviotas, empujada por el huracán, había ensangrentado el acantilado al pie del cual estaba pudriéndose. Salvo en el piso de Lesser, no había luz en ningún rellano; bombillas rotas, robadas, desatornilladas de los portalámparas. Las sucias escaleras estaban iluminadas a intervalos descendentes

por bombillas que difundían una luz acuosa. Lesser reemplazaba las fundidas, pero no duraban mucho. Brillaban como fanales a la orilla del mar en una noche húmeda. Nadie reemplazaba las bombillas fundidas en el piso de Willie.

Una noche, Lesser oyó pasos mientras bajaba y miró por el hueco de la escalera. A la incierta luz entrevió un negro de espesa barba con una crespa cabellera que parecía una planta peligrosa sobre la cabeza. O un casco de Aquiles. Por un instante pareció una estatua de hierro que bajara la escalera. Lesser sintió que le fallaba el corazón y se detuvo. Cuando volvió a mirar cuidando de enfocar bien la vista, el hombre había desaparecido. ¿Era su imaginación asustada? ¿Una ilusión óptica? ¿Podía ser Willie? Lesser no le había podido ver bien la cara, pero estaba seguro de que el negro llevaba en la mano un objeto reluciente. ¿Una navaja? ¿Un cuchillo? ¿Un sable de la guerra civil? ¿Contra qué atávico enemigo? «No contra mí: si era Willie, ya se había vengado —y más que vengado— destruyendo mi mejor creación». Invirtiendo la marcha, Lesser fue corriendo a su piso, cerró las tres cerraduras con tres llaves, controló automáticamente su polvoriento manuscrito, y luego buscó algo con qué defenderse llegado el momento. Abrió la puerta de la alacena. Allí estaba el hacha colgada de su gancho. La puso en la mesa al lado de la máquina de escribir.

Agitado, deseoso de saber si se trataba de Willie o de otro negro que vivía en la casa —tal vez una banda—, bajó de puntillas al piso de Willie. La puerta estaba abierta, una flecha de luz mitigada caía sobre el rellano oscurísimo. ¿A quién espera? ¿A Elías? ¿La inspiración? Tic tic tic. «Hijo de puta ¿qué estará escribiendo ahora? ¿Un hijo que asesina a su madre? ¿O alguien que muere en un pogrom?».

Willie, con el cabello a la africana, largo doce centímetros, el pesado suéter verde sobre el mono remendado —¡Ecce Homo!—, sus anchas espaldas hacia la puerta, estaba sentado en un cajón de verdura escribiendo furiosamente en la L.C. Smith colocada encima de un cajón de huevos puesto de pie.

«Eh, Bill —pensó Lesser en el rellano, conmovido por la visión de un hombre escribiendo— ¿cómo van las cosas?». Uno no puede decir eso en voz alta a alguien que deliberadamente le ha destruido el original casi terminado de la más prometedora novela de uno, producto de diez años de trabajo. Uno puede entender su historia y posiblemente la de uno mismo, pero uno no puede decirle nada.

Lesser no dijo nada. Se fue de puntillas.

Tal vez Willie sube y escucha ante su puerta cerrada cómo trabaja. No es un

ratón que escucha la comida, sino un hombre, un escritor, mejor en los cuentos, Bill Spear. «¿Por qué escucha? ¿Para saber si he sobrevivido? Escucha el final de mi libro. Para oírlo. Para saber que, a pesar de ciertas desgracias, impedimentos, tragedia real, finalmente lo he terminado. Quiere creer que yo lo he conseguido —debe creerlo— para poder seguir con su tictic; para terminar su libro negro, cualquiera que sea. Le falta fe en su obra y escucha la mía para saber si alcanzo el final prometido». Si Lesser lo logra, también puede él.

«Pero soy incapaz de imaginar qué es lo que oye. Si su oído es sensible, percibirá diversos matices de fracaso. Tal vez escucha con oído malo, los dedos cruzados, para impedirme hacer lo que él no puede. A lo mejor me embruja con recortes de uñas, mechones de pelo que ha tomado de un peine mío roto en el cubo de la basura. Quiere que sucumba, que me haga pedazos, que me consuma. Escucha, imagina, anhela mi último irreversible fracaso».

Una noche de invierno se encuentran en las escaleras heladas. La oscuridad asciende de los pisos inferiores. Es Willie, aunque parece más alto, más delgado. Tiene la cara llena de bultos y el pelo hirsuto sobre la cabeza. Es Lesser, que ahora lleva una perilla leninesca y que hormiguea de terror. Willie sube, Lesser, pronto a saltar si el otro salta, va hacia abajo. Se miran, se oyen respirar, con un aliento blanco que se levanta con el frío. Los ojos hinchados de Willie tienen el color de la pintura negra, sus labios sensuales están ocultos por un espeso bigote y una barba finamente tejida. Tiene los dedos toscos y huesudos cerrados en enormes puños. Lesser se levanta el cuello del abrigo, pretende deslizarse junto al negro en silencio. Ve a los dos, mutuamente repelidos, echarse a un lado para dejarse paso. En cambio, reprimiendo el odio, hace un esfuerzo jadeante.

—Te perdono, Willie, por lo que me hiciste.

—Te perdono que me perdones.

—Por haberme quemado el libro...

—Por robarme la chica que quería...

—Ella escogió libremente. Yo también. Te he tratado como hubiera tratado a cualquier hombre.

—Ningún judío puede tratarme como un hombre, macho o hembra. Vosotros pensáis que sois el Pueblo Elegido. Muy bien. Pues estáis equivocados. Desde ahora somos *nosotros* el Pueblo Elegido. Pronto lo vas a ver y así perderéis

vuestro jodido orgullo.

—Por amor de Dios, Willie, somos escritores. Vamos a hablarnos como dos personas que escriben.

—Yo toco un tambor diferente del tuyo, Lesser. No quiero oír hablar de tu jodida forma. Con esa palabra desbaratas mi confianza en mí mismo. Por tu culpa soy incapaz de escribir como escribía antes.

Los ojos chispeantes, se precipita escaleras abajo. Lesser sube e intenta escribir.

No le sale nada. Del papel se levanta un ligero olor desagradable.

Lesser tiene miedo de la casa, lo que se dice miedo. Las cosas familiares tienen un toque de extrañeza. Moho verde en un lápiz. Un jarro roto sin que nadie lo toque se parte en dos. Una flor seca cae al suelo. El suelo se inclina. No logra reconocer la taza en la que suele beber. Una puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra. Pasa más de la mitad de la mañana buscándola y no la encuentra. ¿Será Levenspiel que va dando portazos? Como si la casa se hubiera hecho mayor, hubiese fermentado un par de pisos inútiles, vaciado aún más los cuartos. El viento, triste música marina sobrenatural, vive en ellos y se mueve a través de las paredes como a través de los árboles en el bosque. Canta sobre su cabeza. Lesser lo escucha mientras escribe. Lesser escribe «el viento ha cesado», pero lo sigue oyendo. Teme dejar su habitación, aunque le da náuseas, porque a lo mejor no vuelve nunca. Sale raramente, una vez a la semana para comprar algo. A veces se queda adormilado sobre el trabajo y sale al rellano para hacer un poco de ejercicio. De lo contrario, escribe.

Al releer las palabras ve escenas que no ha escrito o que piensa que no ha escrito. Como cuando Willie echa una cerilla encendida en un cajón lleno de trapos empapados en petróleo, en el sótano, y un rugiente árbol de fuego florece, con la copa en llamas atravesando cada piso que se deshace. Lesser, para salvar su manuscrito —hace semanas que no deposita lo que escribe en la caja fuerte—, corre a la salida de incendios. La ventana está bloqueada por espesas ramas de fuego entrecruzadas, cargadas de frutos inflamados. Lesser vuela hacia la azotea. A su alrededor, largas plumas de humo llenas de chispas, cuernos de ceniza incandescente, ascienden hacia el cielo enrojecido. Masas de casas ardiendo en una selva de fuego. De cerca, como el sonido de las olas al romperse, llegan gruñidos, gritos, sollozos. ¿Quién grita? ¿Quién se está muriendo? ¿Es una pelea? ¿Un

pogrom? ¿Una guerra civil? ¿Adónde puedo ir con mi manuscrito?

Lesser escribe. Está escribiendo este libro sobre el amor. Necesita y debe hacerlo. Sólo debe imaginarlo hasta su final imprevisto mientras pone palabras sobre el papel. Irene se ha ido a San Francisco. Le ha escrito una nota de adiós, sin darle la dirección. «Ningún libro es más importante que yo», ha escrito. Con o sin ella, él debe terminar, crear amor con el lenguaje y ver adónde lo lleva, sí o no. Tal vez este hombre del libro aprenderá dónde está y con él Lesser. Aunque si uno debe hacer un largo viaje para capturar el amor, tal vez parte ya vencido. Ningún largo viaje puede servir. No obstante, es mejor buscar algo que simplemente no tenerlo. Alguien dice que buscar es ya tener. Lesser lo sabrá con certeza cuando haya terminado el libro. Qué pena, lo había escrito tan bien en el original que Willie quemó. Le parece que lo entendía mejor que ahora, a pesar de que ahora lo ha pensado dos veces, del doble trabajo empleado. Era un buen libro hasta el casi final. Lo recuerda casi todo, pero no es capaz de exponerlo como antes. ¿Cómo es posible escribir lo mismo dos veces? Es igual que intentar volver forzosamente al ayer. No hubiera tenido que hacer otra cosa que abrir la mano y dejar que las palabras brotasen de ella. Tenía sólo que escribir la última escena y hacer saltar la última visión. Hubiese venido, habría completado la novela, liberada por mí, liberándome. La libertad favorece el amor. Me hubiera casado con Irene y hubiésemos ido a San Francisco. Hubiera vivido con ella. Ella respeta mi trabajo. Habríamos podido hacerlo juntos.

Se ve a sí mismo sentado en su cuarto intentando eternamente terminar su libro tal como debe terminar. Si por lo menos Willie no hubiera destruido las dos copias del manuscrito. Si por lo menos hubiera sobrevivido una. Lo ve claramente, cada palabra en su sitio. Llorando su manuscrito perdido, Lesser se levanta de la mesa hundido, furioso. Descuelga el hacha y baja de dos en dos los escalones. Abre la puerta antiincendio y recorre silenciosamente el rellano. Cuando oye a Willie que escribe a máquina, Lesser, conmovido y asqueado a un tiempo, se esconde en un piso al otro lado del rellano. Allí permaneció, pasando de la delectación anticipada al desaliento, hasta que el negro salió a tomar café o tal vez porque se le había terminado el papel azul. Lesser entró en su cuarto, leyó la hoja que estaba en el carro —nada excepcional— y la arrancó. Luego, golpe a golpe, con los ojos arrasados en lágrimas, hizo pedazos con el hacha la máquina de escribir de Willie. Cada golpe producía una música metálica. Golpeó la máquina hasta convertirla en pulpa metálica. Sangraba tinta negra. El hacha sobrevivía con la hoja mellada y rota. Lesser temblaba como si tuviera fiebre, pero durante un rato sintió una extraordinaria sensación de descanso. No le importaba lo que había hecho. Le producía náuseas, pero creía que a partir de aquel momento escribiría mejor.

Lesser, incapaz de dormir por las noches, contempla desde una ventana del sexto piso a Willie que, al amanecer, hurga en los cubos de la basura de la acera de enfrente. Día tras día ha ido reuniendo los folios blancos rotos de Lesser para saber cómo va su libro. Durante semanas no ha encontrado nada en el cubo, pero Willie sigue buscando. La primavera está al caer. Tampoco hay nada en el cubo abollado de Levenspiel, ninguna pelota de papel azul escrita a mano. Dos veces vacían los cubos a la semana y nunca hay ninguna palabra dentro de ellos.

El casero, enfermo, pálido, con mal aliento, había empezado a tapar las puertas del primer piso con hojalata que luego clavaba con largos clavos. Un mes después de haber terminado el primer piso, comenzó a clavar la hojalata en los marcos de las puertas del segundo. «Bravo —pensó Lesser— pronto me libraré de Willie Spearmint. O bien lo clava dentro y no puede salir, o bien lo clava fuera y no puede entrar. En cuanto deje de infestar esta casa terminaré mi trabajo».

El escritor estaba mareado de no escribir. Cuando escribía le mareaban las palabras sólo pensar en ellas.

«No obstante, cada mañana, yo cogía la pluma estilográfica y la movía sobre el papel. Trazaba líneas, pero no palabras. Una gran tristeza cayó sobre mí».

Se perseguían mutuamente en los rellanos. Cada uno sabía dónde estaba el otro, aunque el terreno había cambiado. Los árboles del piso de Holzheimer habían resbalado de las paredes hasta el húmedo suelo. Allí habían echado raíces, proliferado, e inundaban el rellano y las escaleras, entre enormes helechos, cactus de dientes de sierra altos como hombres, plantas omnívoras en putrefacción. Ambos apenas si se oían respirar.

—Sanguijuela judía comenegros.

—Gorila antisemita.

Sus metales brillaron bajo una luz oculta, tal vez la luz de las estrellas que se filtraba verdosa por los densos árboles. La montura metálica de las gafas de Willie destelló por un momento. Golpearon, apuntando cuidadosamente. Lesser sintió cómo su hacha mellada se hundía en el hueso y los sesos mientras la afilada espada del negro, de un solo tajo zumbante y candente, separaba los huevos del blanco del resto de su cuerpo.

Cada uno, pensó el escritor, siente la angustia del otro.

Notas a pie de página

¹ Idiota en yiddish. (N. del T.)

² Espíritu maligno. (N. del T.)

³ Pienso que dejar este *blues* en el pintoresco inglés de Willie añade algo al tono de la novela y contribuye a recrear un ambiente que es difícilísimo describir en castellano. (N. del T.)